

Bianca

De la oficina al dormitorio

Cathy Williams

Cathy Williams

De la oficina al dormitorio

Bianca (Amante para un millonario 20) [1774]

Argumento:

El era el jefe… y ella una secretaria eficiente y dispuesta a todo…

Para el mujeriego Gabriel Gessi, Rose siempre había sido su eficiente secretaria. Pero cuando volvió de las vacaciones con aquel increíble cambio de aspecto, Gabe decidió que quería sacarla de la oficina y llevársela al dormitorio.

Rose llevaba años enamorada de su guapísimo jefe, pero su resolución de olvidarse de él se vino abajo cuando le pidió que se fuese a trabajar con él… a una apartada isla del Caribe. Rose sabía que el sexy italiano era el rey de la persuasión y que no pasaría mucho tiempo antes de que pudiera incluirla en su lista de conquistas…

20° Serie Multiautor Amante para un millonario

De la oficina al dormitorio (2007)
Título Original: *The Italian boss's secretary mistress* (2006)
Serie Multiautor: 20° Amante para un millonario
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1774
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Gabriel "Gabe" Gessi y Rose

Capítulo 1

No eran todavía las siete y media y Gabriel Gessi ya estaba en su mesa de trabajo. Era su rutina diaria. Media hora de carrera en la cinta del gimnasio, media hora de piscina, una ducha rápida, afeitarse y a la oficina listo para enfrentarse a la dureza de su vida diaria. Las únicas interrupciones de su rutina de ejercicio físico las constituían sus frecuentes viajes transoceánicos, aunque solía hacer todo lo posible para empezar el día en plena forma física.

Los tres meses anteriores no se había desviado de su rutina, incluso a pesar de que sus costumbres se habían visto alteradas por una serie de molestias con las que nunca había pensado que tendría que enfrentarse. Gabriel Gessi vivía en el reducido mundo de la suprema riqueza y no estaba acostumbrado a tener que tratar con los problemas vulgares de la vida. Sus subidas de adrenalina estaban provocadas por agresivas operaciones, adquisiciones y negocios, no por las prosaicas alteraciones de la rutina que jalonan el ritmo normal de vida de la mayoría de las personas.

La alteración número uno había surgido en forma de una trabajadora temporal que había superado el proceso de selección bajo la fachada de chica eficiente pero que, después de una semana, se había convertido en una especie de caos emocional que pasaba la mayor parte del tiempo sollozando discretamente en un pañuelo y murmurando débiles excusas sobre un problema con un novio.

Gabriel no tenía tiempo para mujeres con problemas con sus novios y menos para mujeres que lloraban. Había tenido que deshacerse de ella, pero las que habían aparecido después habían sido unas mediocres. No podía imaginarse cómo las incompetentes que se ponían delante de él habían conseguido alguna vez en su vida un trabajo lucrativo.

Se había deshecho de la última el viernes anterior con un audible suspiro de alivio. De todas formas y contra todo pronóstico esta última había durado más de una quincena, aunque tenía que reconocer que sólo había sido porque él se había tragado su irritación y, con una paciencia admirable, había tolerado su insufrible tendencia a encogerse de miedo cada vez que él hablaba y que se dirigiera a él en un volumen de voz tan bajo que siempre tenía que decirle que alzara la voz. Y cada vez que le decía que hablara más alto, ella daba un brinco y tiraba algo. Café, agua, su taza de té. Algo en estado líquido parecía estar esperando siempre cerca de él para ser derramado de modo accidental.

Toda esa situación había sido extremadamente cansada y estaba encantado con la idea de que su vida volviera a la normalidad. Por primera vez en tres meses había mirado a través de los cristales ahumados de sus cuatro pisos de oficinas sin fruncir el ceño.

Rose volvería ese mismo día. La vida volvería a su curso normal dejándole tiempo para levantar un imperio sin tener que preocuparse de los engorrosos aspectos prácticos de la vida.

No eran todavía las ocho y, aunque esperaba que ella apareciera entusiasmada por volver a tomar el timón, tampoco podía razonablemente pensar que apareciera, como él, al amanecer. Seguramente se estaría recuperando todavía de los efectos del cambio de hora. Volar desde Australia era suficiente para tumbar al viajero más experimentado, y Rose no lo era. Aunque una parte importante de su negocio estuviera relacionado con la industria del ocio, incluyendo una buena lista de lujosos hoteles esparcidos por todo el mundo, el conocimiento que ella tenía del extranjero era limitado. En los cuatro años que llevaba trabajando en su empresa sólo había ido de viaje con él unas cuantas veces y siempre a Europa. Daba lo mismo. La necesitaba de vuelta en la oficina para estar seguro de que durante sus ausencias las cosas funcionaban como un reloj.

Era la hora de que los empleados empezaran a llegar, tiempo que solía dedicar a revisar los correos electrónicos que habían entrado durante la noche, pero ese día Gabriel lo que hizo fue acercar la silla a la enorme ventana y mirar el ajetreo de la jungla de edificios de hormigón que se dibujaba contra el cielo de mayo.

Los últimos tres meses le habían hecho ver cuánto confiaba en

Rose. Estaba bien pagada, pero estaba considerando subirle el sueldo. O ponerle un coche de la empresa, aunque no se la podía imaginar conduciendo para ir al trabajo. ¿Quién lo hacía? Incluso él o tomaba un taxi o lo llevaba su chófer para evitar el horroroso tráfico de Londres.

De pronto Gabriel se dio cuenta de lo poco que sabía de la vida de Rose. Tenía un talento especial para esquivar las preguntas personales.

¿Tendría carné de conducir? Suponía que todo el mundo lo tenía, pero ella a lo mejor no.

No se había dado cuenta de que eran las nueve hasta que la vio de pie en el hueco de la puerta que separaba su despacho del de ella.

Durante unos segundos sintió una emoción inusual, después miró el reloj e hizo girar la silla.

Rose respiró hondo y soltó el aire muy despacio. Eso la tranquilizaba. A pesar de que lo veía todos los días, tenía un efecto desestabilizador sobre ella. Tres meses sin verlo hacían que el efecto se multiplicara hasta hacer que se sintiera confusa, aunque su rostro permaneciera tan agradablemente inexpresivo como siempre.

—Son las nueve — dijo Gabriel frunciendo el ceño —. Normalmente llegas a las ocho y media.

La brusquedad del tono hizo que ella abandonara su inmovilidad y se dirigiera a la silla que había en frente de la mesa de Gabriel.

—Veo que no has cambiado, Gabriel —comentó seca — . Sigues evitando las normas de la más mínima cortesía. ¿No me vas a preguntar por mi viaje a Australia?

—No me hace falta. Ya sé por tus correos que lo has pasado bomba. Estás cambiada. Has perdido peso.

Rose no pudo evitarlo. Se ruborizó.

Intentó recordar lo que le había dicho su hermana sobre salir de la rutina en la que se encontraba y abandonar su fantasía con un hombre que era un peligro para la salud cuando se acercaba a las personas del otro sexo.

Pero era tan increíblemente atractivo. Era imposible no sentir un cosquilleo subir desde las puntas de los pies cuando lo miraba.

—Sí — admitió bajando la vista hacia la carta que tenía en su regazo —. Hacía mucho calor. He vivido a base de ensaladas. Siento

que hayas tenido tantos problemas con mi sustitución — dijo cambiando de tema —. Sinceramente, pensaba

que Claire trabajaría mejor, sino no la hubiera contratado. ¿Cuál ha sido exactamente el problema?

Gabriel, sin embargo, seguía impactado por el cambio. No estaba seguro de si le gustaba lo que estaba viendo. Recordaba a la Rose gordita que había visto la última vez con un traje azul marino y una blusa blanca de cuello redondo. En su lugar, había una Rose muy delgada y bronceada que mostraba un sorprendente buen tipo dentro de una falda negra que dejaba ver una parte del muslo y una ceñida camiseta del mismo color que revelaba unos pechos que eran bastante más grandes que un puño. Lo único sensato en ella eran los zapatos planos.

—No sabía que tenías piernas — reflexionó en voz alta.

—Claro que tengo piernas, Gabriel. ¿Cómo crees que me las arreglo para ir de un sitio a otro? ¿Con alas?

—Pero siempre las habías ocultado… —se incorporó en la silla, apoyándose en la mesa y la miró calculador — . Son muy atractivas, pero deberías observar un poco más de decoro en el trabajo — Rose se quedó boquiabierta de indignación por el tono de las observaciones —. ¿Qué te has hecho en el pelo? Parece diferente.

—No me he hecho nada en el pelo, Gabriel. ¿Podemos cambiar de tema? — jugueteó con la carta sin saber todavía cómo se la iba a dar y resistir después el proceso de ver cómo la leía.

—¿Por qué? Estoy fascinado por la transformación. Creía que ibas a ayudar a tu hermana con su nuevo hijo. No sabía que ibas a hacerte una transformación completa.

—¡He ido a ayudar a Grace!

—¿Y durante el proceso decidiste emprender una dieta de choque, cortarte el pelo y pasarte el día en bikini para ponerte morena.?

Rose contó hasta diez y se preguntó qué era exactamente lo que veía en un hombre tan arrogante.

—¿Has estado alguna vez en compañía de un recién nacido, Gabriel?

—No, es algo que siempre he tratado de evitar.

—Ya, porque deberías saber que el llanto de un bebé y los paseos en bikini para ponerse morena son algo que no encajan.

—Seguro que tu hermana haría que te ocuparas de la cosa todo el tiempo.

—No es una cosa. Es un bebé. Un niño precioso. Se llama Ben —su voz se suavizó al recordar el sentimiento que le provocaba verlo tan pequeño entre sus brazos. Una sensación que había hecho que tomara la determinación de cambiar el rumbo de su vida.

Grace, dos años mayor que ella, parecía tan increíblemente feliz. Al lado de ella, Rose había tenido una visión muy desagradable de su propia vida y sus tristes limitaciones. En dos años cumpliría veintiocho, la misma edad de su hermana, ¿acunaría entre sus brazos a un bebé al lado de un marido cariñoso o continuaría haciendo lo mismo que hasta ese momento: trabajar para un hombre para quien no era más que una secretaria eficaz? ¿O sería la eterna profesional que dedica la vida a mejorar su casa y su nivel de vida y nada más? Ninguna de las dos cosas valía mucho la pena. Se notaba una cierta nostalgia en su voz mientras le contaba su experiencia en Australia. El marido de Grace, Tom, era cirujano y necesitaba descansar por las noches para poder operar con seguridad. De ahí que el apoyo de Rose fuera algo más que un lujo. Había asumido su parte de levantarse por la noche y acostar al niño después de que comiera, pero había disfrutado cada minuto.

Gabriel apenas escuchaba su charla sobre el niño. Estaba mucho más pendiente de la bronceada criatura que tenía delante. La bronceada criatura con abundantes pechos hacia donde sus ojos se sentían repentinamente atraídos.

Para evitar el riesgo de parecer patéticamente lascivo tras experimentar una indeseada sensación en el bajo vientre, Gabriel se arrellanó en la silla y trató de concentrarse en lo que Rose decía sobre el bebé. Nunca había visto esa suave mirada en sus ojos.

—Espero que este viaje no haya metido ideas raras en tu cabeza —dijo interrumpiéndola en medio de una frase. Rose parpadeó.

—¿Perdón?

—¿Viaje? ¿Ideas? ¿Tu cabeza?

—No sé de qué estás hablando — dijo Rose sin rodeos.

—Estoy hablando de que mi secretaria perfecta haya decidido de pronto que ha llegado la hora de la maternidad. El tema de los niños puede ser contagioso. Lo sé por experiencia.

—Oh, de verdad, Gabriel… —Rose sintió que la ira crecía dentro

de ella y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no levantar la voz —. ¿Y cómo lo sabes?

—Tengo dos hermanas y un hermano y mis dos hermanas tienen hijos, casi de la misma edad. Tengo claro que muchas mujeres se sienten afectadas por sentimientos maternales en cuanto están cerca de un recién nacido.

Rose miró al peligrosamente atractivo rostro que tenía delante y no se sorprendió por el tono que utilizaba cuando se refería a los bebés, la paternidad y todo lo que ello implicaba. Era un hombre para el que asentarse era una posibilidad que ni siquiera se planteaba. ¿Por qué complicarse una vida completamente satisfactoria? Tenía la mujer que quería con mover un dedo, ¿para qué elegir sólo una y después cometer el error de tener un hijo con ella? ¿Un exigente llorón que pondría coto a todas sus posibilidades de movilidad?

—No estoy pensando en ser madre pronto —dijo Rose con frialdad — . Creo que es necesario tener una pareja estable antes de tomar una decisión así.

Sólo con esa frase Gabriel había visto más del interior de Rose que en todo el tiempo que hacía que la conocía. Había pensado siempre que no había ningún hombre, pero sólo porque ella nunca lo había mencionado y las mujeres normalmente no pueden evitar hablar del hombre que hay en su vida. En ese momento lo había confirmado y sintió agrado.

—¿Y no hay ningún hombre en tu vida? — se arriesgó a pesar de que la cara de ella mostraba claramente su deseo de abandonar el tema.

Rose se ruborizó al ser consciente de la grieta que había abierto en su armadura. Había mantenido su relación en un plano estrictamente laboral mediante el sistema de asegurarse de no revelar nunca aspectos de su vida privada. Había pensado que así no se daría cuenta nunca de lo que sentía por él. Por supuesto ya no importaba. Estaba perdiendo debido al calor del momento. El ser consciente le dio la fuerza que necesitaba y sonrió despreocupada.

—Vienen y van —dijo ella en tono gracioso — . Ya sabes cómo es eso —la pequeña mentira había valido la pena sólo por ver la expresión de sus ojos. Rose sonrió recatada encantada al ver que él acababa de ser consciente de que ella tenía una vida fuera de la

empresa — . Da lo mismo… —acarició la carta nerviosa — . Y ahora que te he contado mi viaje a Australia, hay algo que tengo que entregarte. — se inclinó hacia delante y depositó el sobre blanco encima de la mesa mientras una repentina ola de nerviosismo le recorría el cuerpo.

Pero se recordó a sí misma que estaba haciendo lo debido. Lo había hablado con Grace y sólo decir en voz alta sus propios pensamientos había sido suficiente para darse cuenta de que necesitaba hacerlo, de que necesitaba escapar de la poderosa red que Gabriel había tejido alrededor de ella durante años de modo que siempre lo tenía en la cabeza, a todas horas. En otros cuatro años más estaría tan amarrada a él que sería incapaz de encontrar ninguna otra pareja que resistiera la comparación.

Miraba receloso la carta, pero finalmente la tomó de la mesa, la abrió y revisó el contenido. Varias veces. Obviamente pensando que había malinterpretado algo. Finalmente, cuando los nervios de Rose estaban a punto de saltar, dijo con mucha suavidad:

—¿Qué está pasando aquí, Rose? — la conmoción y la incredulidad llameaban en sus ojos.

Rose se encogió al sentir que su habitual asertividad la abandonaba.

—Es mi carta. de. dimisión.

—¡Sé lo que es! ¡Sé leer! ¡Lo que no entiendo es por qué la tengo delante de los ojos! —la placentera anticipación con que había empezado el día al pensar que su vida volvería a la normalidad parecía parte de un pasado muy lejano.

Primero ella había llegado más tarde de lo habitual con un cambio de imagen que haría que cualquier hombre se volviera a mirarla y como si eso no fuera ya bastante problema, le había dejado una carta de dimisión en su mesa sin ningún tipo de prelimares.

Gabriel, además de furia y desconcierto experimentaba una especie de sensación de traición.

—Sólo siento…

—Quiero decir sin previo aviso — interrumpió sacudiendo la hoja de papel en el aire—. Te presentas aquí a cualquiera sabe qué hora.

—Las nueve menos cuarto —objetó Rose — . Quince minutos

antes de la hora a la que técnicamente empieza mi jornada de trabajo.

Gabriel decidió ignorar sus alegaciones.

—¡Y de pronto me dices que me dejas plantado!

—No te dejo plantado —Rose se aclaró la voz y se obligó a mirarlo a los ojos — . Te estás poniendo melodramático.

—¡No te atrevas a acusarme de ser melodramático! — gritó Gabriel haciendo que ella llegara a temer que toda la oficina se acercara a ver qué pasaba.

Gabriel se puso en pie y apoyó las dos manos en la mesa.

—Te he dejado ir a Australia — tronó — , un enorme inconveniente para mí.

Rose, aunque no quería agitar un trapo rojo delante de un toro, tampoco iba a permitir que Gabriel sugiriera que se había largado tres meses y lo había dejado plantado. De hecho, se podían contar con los dedos de una mano el número de veces que no había estado disponible. Había trabajado más tardes de las que podía recordar, había comido en la mesa de trabajo y cancelado citas.

—Arreglé perfectamente lo de mi suplencia — señaló ella con tranquilidad.

—¡Arreglaste que viniera una persona en medio de una crisis emocional! ¡Una mujer que me ha mantenido todo el tiempo que ha estado aquí al borde del ataque de nervios! No es ésa mi idea de una suplente perfecta.

—¿Y las demás? — Rose estaba conteniendo su enfado con dificultad.

—Inútiles. Me sorprende que hayan conseguido encontrar un trabajo alguna vez. No sé en qué piensan las agencias para tenerlas en su archivo.

—A lo mejor deberías haber leído antes los informes — dijo Rose en un murmullo tan tenue que él no pudo oírlo.

—¿Qué estás diciendo? —rugió y Rose dio un brinco y miró nerviosa por encima del hombro.

—¡Nada! — dijo ella para aplacarlo.

Gabriel pegó un empujó a la silla y rodeó la mesa hasta donde estaba sentada ella, apoyada contra el respaldo de la silla con las manos en el regazo.

—¡Bien! — dijo él inclinándose ante la silla de Rose hasta

colocar el rostro a la altura de la mirada de ella.

Sabía que su carta de dimisión no iba a encontrar un recibimiento favorable. Era buena en su trabajo y con el paso de los años Gabriel se había acostumbrado a ella. Al contrario que las anteriores secretarias, Rose nunca le había tenido miedo. Había presenciado sus ataques de rabia ante algunos episodios de incompetencia de sus empleados y siempre se las había arreglado para rebajar la tensión. Habitualmente siguiendo el método de ignorarlos.

Su imperturbabilidad, ella lo sabía, significaba mucho para él. Y Gabriel era consciente de la enorme cantidad de cambios en su rutina que supondría su dimisión. La vida privada podía ser animada y llena de cambios, pero Gabriel quería que su vida laboral fuera ordenada y sabía que eso lo conseguía con la predecible conducta de ella.

—¡Estoy esperando!

—No voy a decir ni una palabra hasta que… dejes de inclinarte sobre mí, Gabriel. Me estás haciendo sentir. amenazada.

—¿Qué crees que voy a hacer? — de forma involuntaria sus ojos se detuvieron en los pechos apreciando el escote que podía ver debido a la profunda V del cuello de la camiseta.

Al ver que ella no respondía se apartó y lleno de frustración se pasó los dedos por el pelo negro. Rose al instante sintió que recuperaba un ritmo respiratorio cercano a la normalidad.

—No podían ser tan inútiles todas las suplentes, Gabriel — miró por encima del hombro y se encontró con los ojos de él—. Intimidas a la gente. Seguramente las asustaste.

—¿Yo? ¿Intimido a la gente? — se apoyó en la mesa para mirarla desde arriba — . A lo mejor alguna vez —admitió reacio — . Pero en el mundo de los negocios sabes que intimidar un poco puede ser una buena táctica. ¿Es por eso que te vas? ¿Porque no te gusta trabajar conmigo? — Gabriel frunció el ceño. Estaba contenta con su trabajo cuando se había marchado a Australia.

Y en ese momento estaba allí, entusiasmada con la idea de buscar mejores pastos. Como si existieran. Por lo que se refería a él, hacía un buen trabajo. Con un salario adecuado, sería difícil que consiguiera uno igual en otra empresa de Londres. Seguramente en todo el país.

Se preguntó qué le habría dicho su hermana sobre el trabajo. Seguro que como vivía en cualquier agujero en el campo, había animado a Rose a optar por una situación semejante. Seguro que le había dicho que abandonara el ritmo endiablado de la ciudad y buscara algo más tranquilo.

—¿Ha tratado esa hermana tuya de convencerte de que te marches de Londres…? —frunció el ceño mientras las piezas del rompecabezas empezaban a encajar en su cabeza — . ¡No me digas que eres los bastante estúpida como para considerar trasladarte a Australia! — la conmoción mezclada con algo más recorrió a Gabriel como una descarga eléctrica —. ¡Sólo porque tu único pariente vivo reside allí! ¿Y qué pasa si ella decide marcharse a otro lado? ¿Qué pasa si a su marido o a ella los destinan a otro sitio menos agradable? ¿Arrancarás tus raíces y los seguirás? — soltó una carcajada de escepticismo.

—¿Si soy tan estúpida por qué tanto alboroto si me voy?

—Deja de buscar cumplidos, Rose — Gabriel empezó a pasear por el despacho y Rose siguió su recorrido por el rabillo del ojo. Volvió hasta la silla y se apoyó en ella para poder mirarla con desaprobación—. Sabes que valoro lo que haces. No hace falta que lo diga. ¿Estás pensando en marcharte a Australia? — trató de imaginársela viviendo en el interior, en medio de ningún sitio, claro que a lo mejor no vivía sola.

Los ojos azules de Gabriel se detuvieron en la delgada figura que tenían delante, la piel bronceada por tres meses de sol, el pelo castaño con destellos cobrizos que caía por encima de los hombros. No, cualquier ranchero neandertal del interior estaría encantado de hacer el papel de hombre de las cavernas para ella. Ese pensamiento hizo que le rechinaran los dientes y la miró con el ceño fruncido.

—No —dijo Rose—. No estoy pensando en irme a Australia y sé que valoras mi trabajo.

—Entonces, ¿por qué? — dijo lanzando una mirada a la carta que había encima de la mesa —. ¿Un párrafo educado es todo lo que merezco después de ser un jefe generoso y ejemplar durante cuatro años?

—No creí que prefirieras un discurso floreado. De todos modos no había mucho más que decir. Me voy porque creo que ahí fuera hay cosas que todavía puedo hacer y no puedo hacerlas trabajando

aquí. Aun así, sí, has sido un jefe muy generoso.

—¿Cosas que hacer?

—Yo. sí.

—¿Qué cosas?

—Un curso de gestión empresarial, de hecho… —entre otras cosas, pensó ella, como llevar una vida propia, una vida que incluía encontrar una pareja adecuada, establecerse, tener una familia.

—¿Quieres hacer un curso de gestión empresarial? —lo dijo como si ella hubiera revelado el secreto deseo de ir a la luna.

—¡Sí! — Rose levantó la barbilla y su rostro normalmente sereno se encendió al darse cuenta de que él no podía creer que tuviera ninguna ambición más allá de las que él le permitía —. Me fui de casa cuando cumplí dieciocho — soltó, revelando más de su vida de lo que nunca había hecho — cuidé de mi madre y cuando murió hice un curso de secretariado, acepté una serie de trabajos temporales sólo para conseguir la suficiente experiencia como para poder hacer un curso intensivo realmente bueno. Si te acuerdas, llegué aquí con un contrato temporal. y terminé quedándome permanentemente.

—Nunca habías dicho. —murmuró Gabriel al ver la consternación en su rostro. Así que su fría y tranquila secretaria tenía fuego dentro. Por supuesto él lo había sospechado desde el principio —. ¿Qué hacía tu hermana mientras cuidabas de tu madre? — preguntó curioso aprovechando la ventana que había abierto en su vida privada.

Rose miró aquel diabólico y hermoso rostro y trató de replegarse a su seguro territorio, pero no tuvo éxito.

—Grace fue a la universidad, después conoció a Tom y todo se volvió. muy ajetreado para ella. Así que. Da lo mismo. Ésa es una de las cosas que quiero hacer.

—¿Y ya has mirado esos cursos?

—Bueno.

—No tiene sentido que hagas un curso de ésos sólo para descubrir que te capacita para volver aquí.

—Gracias por el consejo, Gabriel. Me aseguraré de la clase de curso en que me matriculo — la miraba pensativo, tan pensativo que se dispuso a escuchar alguna otra recomendación que no le iba a gustar — . Naturalmente, trabajaré los días que marca la ley antes

de irme —dijo en medio del incómodo silencio. Ninguna respuesta. Se preguntó si sería para que se sintiera culpable —. Me tomaré un par de meses libres después de salir de aquí, disfrutaré el verano. a lo mejor hasta me voy al extranjero. y después empezaré el curso en septiembre.

—Y nunca se te ocurrió comentármelo. A lo mejor podríamos llegar a una solución satisfactoria para los dos.

—No. Quiero decir.

—¿Por qué no? ¿Porque por debajo de todo esto hay algún problema por trabajar para mí?

—¡Claro que no! — no quería dejar a Gabriel con la idea de que tenía algún efecto sobre ella.

—¿Entonces por qué no viniste a discutir el asunto conmigo?

—Porque no lo había pensado hasta que he estado en Australia — admitió Rose—. He tenido tiempo para reflexionar y para darme cuenta de que necesitaba un cambio si quería avanzar en mi carrera…

Gabriel, ante la perspectiva de enfrentarse a otra sucesión de secretarias inútiles, maldijo mentalmente a la hermana de Rose.

—Estoy de acuerdo contigo — dijo él de pronto.

—¿Sí?

—Claro que sí —se recostó y cruzó las manos detrás de la cabeza — . Eres joven, lista. —se permitió los cumplidos para luego ir más allá — . Quieres una carrera más allá de recibir órdenes de mí. No es que te haya dado muchas responsabilidades. De hecho, considerando que tus obligaciones originales eran ordenar papeles, mecanografiar y atender las llamadas, has hecho un largo camino. Pero eso es por.

Rose trató de mantenerse tranquila ante el cambio de rumbo. Ya sabía que Gabriel era impredecible. No había previsto ninguna reacción ante su dimisión porque en realidad no sabía la cantidad de ellas que podía haber. Y ahí estaba, aceptándola. ¿Por qué se sentía decepcionada con una respuesta que sabía que era inevitable?

—Puedo entender tu deseo de ir más lejos. Después de todo yo soy un ejemplo perfecto de alguien que ha hecho algo así.

—No estoy pensando en grandes alturas.

—¿Te he contado alguna vez que mis padres empezaron sin

nada? ¿Qué mi padre empezó de trapero? El dinero justo para sacarnos adelante y que desde pequeños supiéramos lo importante que era estudiar y sacar lo más posible de nuestro talento.

—No te preocupes, Gabriel, no competiré contigo en dos años.

Sus miradas se encontraron y él pudo apreciar el tono irónico. Podía no tener mucha información sobre su vida, pero en cierto sentido la conocía mejor que nadie y ciertamente se había dado cuenta de su extraño sentido del humor mucho antes que ninguna otra persona. Incluso Grace no parecía conocerla tan bien.

—Si me lo hubieras dicho antes habría estado encantado de financiarte el curso.

—¿Cómo?

—Días libres. Incluso dos días a la semana. Mantendrías el salario con la única condición de que entrenaras a alguien para que te sustituyera los días que no pudieras venir. Y cuando acabes te garantizo un puesto en el último piso. Había pensado también en recompensar tus esfuerzos con un coche de la empresa…

—No estoy segura..

—Así que, volvemos a esa razón invisible para marcharte y dado que no influyen las ofertas que pueda hacerte, tendré que concluir que tiene algo que ver conmigo.

—¡Ya te he dicho que no!

—¿Entonces por qué no abandonas la idea, Rose? — se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa — . No quiero que te vayas. —la recorrió con los ojos azul marino de un modo que casi era una caricia y Rose sintió un placer culpable. «No quiero que te vayas». Eran palabras de amante — . Te necesito —dijo en un murmullo — . Si el arreglo no te satisface, entonces puedes dejarme. Sin resentimientos — después hizo algo que no había hecho nunca: dijo «por favor».

Capítulo 2

La mañana siguiente encontró a Rose al teléfono buscando frenética cursos de dirección de empresas. Cuando había comentado de pasada a Gabriel el deseo de un cambio en su carrera, no tenía ni idea de que tendría que rendir cuentas. Sí, en algún sitio en las profundidades de su mente, había jugado con la idea de tener algo más de cualificación, pero en realidad su decisión de marcharse se había basado en cuestiones más pragmáticas. Simplemente había pensado que era el momento de liberarse de la dominante presencia de Gabriel en su vida.

De algún modo había maniobrado hasta encontrarse en la poco envidiable posición de embarcarse en un curso que se suponía que iba a ser analizado en profundidad. Además iba a tener que entrenar a alguien para que ocupara su sitio cuando ella lo dejara.

Cuando había comentado su situación con Grace, la dimisión había parecido la mejor situación, a miles de kilómetros, bajo el calor del sol de Australia y la visión de su trabajo en Londres como un sueño borroso, se había imaginado aquello como un corte limpio: su carta de dimisión, alguna sorpresa del lado de Gabriel y una oferta tentadora para persuadirle de que abandonara su decisión, pero ella no vacilaba. Pasaban los años y se veía a sí misma metida en una relación con un hombre misterioso, alguien amable y cuidadoso, con sonido de campanas de boda en el horizonte.

No había tenido en cuenta la realidad de volver a la oficina, verlo por primera vez en tres meses. No había tenido en cuenta lo devastadora que podía ser su sonrisa y no había previsto que su poderoso jefe la mirara con aquella mirada asesina.

Menos mal que él estaba fuera todo el día y así podía dedicarse

a buscar cursos. Había encontrado dos que podían ajustarse a lo que ella quería y que estaban bastante cerca y bien comunicados. Para la hora de comer había quedado para recibir más información antes de que terminara la semana.

Lo que la mantenía a flote cuando se daba cuenta de lo rápidamente que había abandonado su idea original era que lo que le había prometido a Gabriel era probar, teniendo la posibilidad de marcharse en tres meses si las cosas no iban bien.

A las seis y media seguía en su mesa haciendo todo el trabajo que había dejado a un lado por la mañana para buscar los cursos. Notó la presencia de Gabriel al ver su sombra sobre la mesa. Levantó la vista y se quedó sin respiración cuando sus miradas se encontraron.

—Supongo que echabas esto de menos… —alzó las cejas y sonrió — , dado que eres la única que sigue aquí esclavizada cuando todo el mundo se ha ido ya — dejó un montón de carpetas en la mesa de Rose—. Algo más para mantenerte ocupada, pero puedes ponerte con ello mañana. Un par de problemas con el nuevo hotel del Caribe. Necesitamos buscar un proveedor más serio. Robert, el de Barbados, podría ayudarte con esto — dio la vuelta a la mesa para ver qué hacía ella en el ordenador y Rose se sintió aliviada de que no la hubiera pillado mirando universidades de Londres — . Esto era lo que echaba de menos —murmuró con sinceridad — . Tu eficacia. Saber que puedo irme de la oficina y que al volver no voy a encontrarme el caos y a una incompetente llorando detrás de una mesa.

Rose cerró lo que estaba haciendo en el ordenador y sonrió mostrando los dientes. ¡Y eso era lo que ella no había echado de menos! Su interminable aprecio por ella como eficiente secretaria.

—Por eso me gustaría llevarte a cenar esta noche.

Rose giró la cabeza con cuidado de no rozarse con él.

—¿Perdón?

—Te estoy invitando a cenar —repitió Gabriel sorprendido por su falta de entusiasmo — . Has estado fuera del país tres meses — frunció el ceño y trató de disimular su desagrado por la falta de expresión de ella —. Hay asuntos del trabajo que tenemos que comentar y no hay forma de que encontremos tiempo para hablarlos en la oficina.

—Bueno…

—Si no te pongo rápido al día con las cosas, te empezarás a retrasar y lo último que necesito es perder tiempo durante el día para resolver los problemas.

—Por supuesto —dijo Rose amablemente — . Iré por la chaqueta —apagó el ordenador consciente de que él la miraba todo el tiempo.

Se puso una chaqueta de lino blanco que se acababa de comprar y que era ideal para la primavera.

Asociado al cambio de talla había ido un cambio de armario. Se había deshecho de la anticuada ropa que tenía y en su lugar había una buena colección de ropa con formas, texturas y colores que antes nunca había sido capaz de ponerse.

—Espero que no acabemos muy tarde — dijo recogiendo el bolso de al lado de su silla — . Todavía tengo maletas que deshacer. Además no tienes que preocuparte porque me retrase con el trabajo. Me llevaré el fin de semana a casa alguna de las carpetas para asegurarme de cómo van las cuentas.

—Bien.

—¿Adónde vamos? —dijo Rose mirando la ropa que llevaba — . No voy vestida para ningún sitio muy elegante.

Gabriel no solía ir a sitios muy elegantes y ella lo sabía. Le había reservado bastantes mesas como para darse cuenta de que no eran su estilo. Se le ocurrió una pequeña maldad:

—Conozco un italiano muy bueno —dijo ella haciendo una pausa para mirarlo —. Además está cerca de mi casa así que puedo volver luego relativamente rápido cuando hayamos terminado.

—Bien — Gabriel ya estaba lamentando su invitación.

No quería que fuera una cena de trabajo a pesar de lo que había dicho y se vería forzado a hablar del trabajo cuando lo que realmente quería era relajarse y, si era honrado consigo mismo, descubrir algo más sobre la mujer que se había ido a Australia y vuelto completamente cambiada.

—No te importa, ¿verdad?

Gabriel le encogió de hombros.

—Cualquier restaurante es bueno si se trata de trabajo.

Llamó a su chófer para que los recogiera en frente del edificio y se dio cuenta de que estaba escasamente interesado en lo que Rose

tenía que preguntarle sobre lo que había pasado en la oficina durante su ausencia.

Para cuando llegaron al restaurante, unos cuarenta minutos después debido al tráfico por el final de la jornada, Gabriel estaba harto de fusiones y adquisiciones. Incluso estaba más harto del tono interesado pero impersonal de la charla de Rose. No podía recordar haber tenido antes una urgencia similar de traspasar la tranquila superficie y ver qué había debajo.

—Espero que no sea demasiado informal para ti, Gabriel.

Gabriel entornó los ojos y trató de descubrir si había algo de insolencia en aquellas palabras, aunque cuando la miró lo que vio fue una amable preocupación.

—¿Por qué iba a ser demasiado informal? — preguntó él mientras entraban.

Era más un pub que un restaurante, lleno de gente que salía del trabajo y se arremolinaba alrededor de la barra mientras otros se sentaban en la mesas de madera en grupos pequeños y animados. Y, para su sorpresa, parecían conocer a Rose. Alguien se materializó a su lado, sonrió y le dio a Rose dos besos en las mejillas antes de llevarlos hasta una mesa al fondo.

—Porque sé que sueles ir a sitios más caros.

—Sí, ¿de verdad?

—Sí —dijo volviéndose hacia él y mirándolo seca — . No te olvides que los reservo yo — bajó la mirada y se deslizó en el asiento —. A las mujeres guapas les gustan los restaurantes caros, dijiste una vez.

—¿He dicho yo eso?

—Sí.

—Estoy sorprendido de que no me acusaras de ser frívolo.

Rose se encogió de hombros, lo miró y luego miró al infinito.

—A cada uno lo suyo. Además, trabajo para ti.

—Eso nunca te ha detenido a la hora de decir lo que pensabas.

Rose se ruborizó y permaneció en silencio. Sí, siempre había dicho lo que pensaba, no había tenido nunca miedo de estar en desacuerdo con él y él le había permitido ser todo lo abierta que quisiera. ¿Sería eso por lo que habían aparecido los sentimientos a pesar de que había tratado desesperadamente de mantenerlos sujetos? Podía ser un jefe autoritario con ninguna tolerancia a

cualquier cosa que se pareciera a la pereza o la estupidez, pero también era el hombre más razonable y dispuesto a escuchar cualquier opinión viniera de quien viniera. Ése era un lado increíblemente convincente de su personalidad y había estado expuesta a él durante cuatro largos años.

—¿Es tu local? — preguntó Gabriel cambiando de tema y mirando alrededor hasta que su mirada volvió a ella — . No me imaginaba que éste fuera tu clase de sitio.

—¿Por qué? — preguntó Rose con aspereza.

—Porque… es demasiado ruidoso.

—¿Y yo soy una persona más de biblioteca?

—Estás poniendo en mi boca cosas que yo no he dicho, Rose.

—Estoy cansada — se sintió agradecida por la interrupción del camarero. Pidió sin preocuparse de mirar el menú— . ¿Por qué no me pones al día de lo que pasa? Sé un poco por tus correos, pero si me das más detalles será más fácil recuperar el ritmo.

—El vuelo desde Australia es muy largo — dijo Gabriel evitando el tema del trabajo que le pareció insoportablemente aburrido en ese momento — , puedo entender que estés cansada. Y supongo que también echarás de menos a tu hermana, ¿no?

—Sí, claro. Aunque están pensando en volver a vivir a Inglaterra una temporada el año que viene. Ambos creen que es momento de volver ahora que el pequeño Ben ha entrado en escena.

Llegó la comida y Rose se alegró al notar la sorpresa en la cara de Gabriel al comprobar la calidad de los platos.

Gabriel levantó la vista y la miró antes de que ella pudiera desviar la suya.

—Ahora es cuando voy a escuchar un sermón sobre la estupidez de la gente que paga enormes facturas por una comida que podría conseguir por la mitad de precio…

—No, claro que no.

—Supongo que vendría a lugares como éste si no fuera porque los clientes y las mujeres esperan un entretenimiento más elaborado.

—Puedo entender lo de los clientes, pero a lo mejor tienes que cambiar de clase de mujeres.

—¿Por qué dices eso?

—¿Decir qué?

Rose, que realmente no había estado prestando mucha atención a lo que decía, alzó la vista para encontrarse con los ojos azul medianoche fijos en ella. ¿No se suponía que tenían que hablar del trabajo? ¿No era eso por lo que estaban allí?

—Nunca he sabido lo que realmente piensas sobre mis. mis mujeres., porque supongo que tendrás alguna opinión después de estos años. Después de todo, las has conocido a todas.

—En realidad, no. — oh, sí, claro que tenía opinión.

Guapas, cabezas huecas, inofensivas. Durante algún tiempo se había preguntado cómo un hombre tan dinámico y astuto como Gabriel, podía estar interesado en el estereotipo de la rubia tontita. Entendía que necesitara tener entre sus brazos una mujer hermosa, pero ¿no se sentiría más desafiado por una mujer que tuviera algo que decir? Después, gradualmente, había descubierto la verdad desnuda: no quería que lo desafiaran. Ya tenía bastante con su trabajo. Lo que quería era docilidad. Cuando, eventualmente, decidiera sentar la cabeza, querría sin duda la misma docilidad, una mujer que estuviera encantada de servirlo, tuviera sus hijos y le esperara paciente mientras él trabajaba.

—¿Es por eso que me miras con esa desaprobación? — preguntó Gabriel y pilló a Rose dándole vueltas al modo de llevar la conversación a aguas más tranquilas.

—¿Te miro así?

—Claro que sí. Tu boquita está apretada con un gesto de desaprobación.

Rose lo miró y él sonrió sabiendo que había acertado. Hasta ese momento ella había rechazado cualquier intento de Gabriel de llevar su relación a un plano más cordial, pero algo había cambiado, y aunque Gabriel todavía no sabía lo que era, estaba disfrutando con el cambio.

—Lo que haces con tu vida privada es sólo asunto tuyo —dijo Rose—. Si decides salir con mujeres con un cociente intelectual de una cifra es tu problema.

—Ah, nunca te tomé por una elitista intelectual — murmuró Gabriel.

—¡No soy una elitista intelectual! —se defendió calurosamente.

—Entonces, ¿cómo puedes criticar a las mujeres que les gusta estar rodeadas de mucho dinero? A menos que tú hayas estado

antes en esa posición — hizo una pausa —. ¿Has estado?
—No, pero…
—Quiero decir que, ¿cómo sabes que no disfrutarías si te llevaran a los mejores restaurantes? ¿Te compraran perlas y diamantes? ¿Yendo a pasar el fin de semana a París o Venecia?
—No recuerdo haberte reservado muchos vuelos a París o Venecia para un fin de semana — dijo Rose acida.
Gabriel no tenía problema en gastar ingentes sumas de dinero en regalos, pero el poco tiempo libre que tenía lo dedicaba invariablemente a visitar a su familia en Italia. Además no creía que él hubiera reservado un vuelo en su vida.
—Sabes a lo que me refiero — dijo Gabriel en tono irritado.
Ante la disyuntiva entre abandonar el tema de conversación y dejar clara su opinión, Rose optó por guardarse sus pensamientos para sí misma.
—No hace falta que me compren cosas caras para saber que no es eso lo que quiero. Mis padres me inculcaron que el dinero no da la felicidad.
—Oh, ya sé que el dinero no puede comprar la felicidad — añadió Gabriel rápidamente—. Al menos no la felicidad de las cosas que duran, pero sí puede comprar diversión.
—Eso es si piensas que la diversión es tener aventuras de seis meses y después a otra cosa — murmuró Rose.
—Entiendo que tú no piensas así.
—Esta conversación es ridícula. ¿No se suponía que íbamos a hablar de trabajo? Aparentemente necesito ponerme al día para no quedarme rezagada.
A Gabriel no había nada que le interesara menos en ese momento que hablar del trabajo, y menos cuando la alternativa era mucho más apasionante.
—No hay posibilidad de que te retrases con el trabajo, Rose — dijo en tono pacificador. Miró al camarero para que se llevara los platos vacíos y cuando les ofreció otra copa de vino la miró para averiguar si ella quería y se encontró con una expresión dubitativa.
—Por favor, no me digas que ese desagradable concepto llamado diversión tampoco incluye un poco de alcohol ocasionalmente. — estaba seguro de que eso haría que ella se enfureciera, y así fue.
—¡Claro que bebo algo de vez en cuando! Tengo más vida que el

trabajo, Gabriel.

—Háblame de ella — dijo tras pedir al camarero que trajera dos copas más de vino. Grandes —. Nada de novios derrochadores que serían insanos y malos para el alma…

Rose abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró. En su lugar le dedicó una mirada torcida.

—El diablo encuentra trabajo para las manos ociosas, Gabriel. Lo siento mucho por esas pobres chicas si eres así con ellas.

—¿Así cómo? — preguntó él.

—Hiriente.

—Ninguna de ellas habría estado preparada para entenderlo.

—O a lo mejor las respetabas más. — insinuó Rose tranquila.

—No seas ridícula. ¿De verdad piensas eso? ¿Qué no te respeto? —al ver que no respondía, se pasó las manos por el pelo y le dedicó una mirada de frustración—. La mayor parte de ellas eran unas inútiles. Me refería a eso cuando te decía que te necesito, Rose —la miró de soslayo y añadió malvado —. Necesitarte y quererte. — vio cómo el color invadía sus mejillas.

Rose, acostumbrada a su resplandor, su impaciencia y su temperamento, que rara vez se dirigía a ella, estaba descolocada por el tono de flirteo, algo que siempre había pensado reservaría para sus citas. No le gustaba, le hacía sentirse vulnerable así que se las arregló para decir sin ninguna inflexión en la voz:

—Te crees que es así, Gabriel, pero nadie es indispensable, y menos una secretaria — dio un sorbo y lo miró por encima del borde de la copa.

—No te subestimes.

—No lo hago, pero no puedo creerme que tu vida laboral se colapsaría si yo no estuviera.

—Puede que no se colapsara —admitió Gabriel—, pero marcharía considerablemente peor. Me he pasado tres meses descubriéndolo.

Le divertía darse cuenta de que ella nunca le había dicho lo que opinaba sobre las mujeres en su vida; también notar cómo había recurrido a muy pocas palabras para decir de modo implícito que le disgustaba cómo llevaba su vida privada. Su vida privada era asunto suyo y de nadie más. Decidió no hacer caso a la voz que le decía en su cabeza que había sido él quien había preguntado. No

estaba bien atacarla porque lo que ella había dicho no le gustara.

—Entonces —concluyó ella — , si no soy buena seleccionando gente, tendrás que decirme qué estás buscando.

—¿Seleccionar a alguien?

—Para los días que esté en la universidad.

—¿Cuántos días serán?

—Te lo podré decir al final de la semana y podré empezar a hacer la selección en unas pocas semanas.

—Naturalmente tú te seguirás encargando de los clientes importantes y todo lo que sea de naturaleza confidencial — hizo una señal para pedir la cuenta y contempló la posibilidad de tener delante una interminable fila de inútiles — . La cualidad clave que busco es la capacidad de funcionar sin comportarse como conejillos asustados cada vez que digo algo.

—Lo intentaremos — dijo Rose en tono paciente mientras miraba el reloj y se daba cuenta de que era más tarde de lo que pensaba y no habían tocado los temas de trabajo — . No hemos comentado los asuntos del trabajo — señaló.

—Y ahora tienes que irte o te convertirás en una calabaza, ¿verdad? — frunció el ceño y tecleó el número secreto de la tarjeta de crédito —. Te dejaré en tu casa.

—No hace falta. Vivo cerca, iré dando un paseo.

—De ningún modo. Nunca dejo a una mujer volver sola a casa por la noche.

—Lo hago todos los días, Gabriel. ¿Te crees que tomo taxis para ir y venir al trabajo? La parada del autobús está aquí mismo y voy andando a mi casa tranquila y segura, no importa lo escuro que esté — no sabía por qué se estaba molestando en protestar porque sabía que Gabriel siempre hacía lo que quería y en ese momento quería hacerse el caballero y acompañarla a casa.

—Necesitas un coche — dijo él de pronto.

—¿Necesito qué? — preguntó Rose deteniéndose y mirándolo boquiabierta.

—Un coche. Un coche de empresa. Que no tengas uno ha sido un descuido por mi parte.

—Debes de estar desesperado por retenerme —dijo irónica— si me estás ofreciendo un coche…

—No es inusual que una asistente personal tenga un coche de la

empresa — mantuvo abierta la puerta del coche para que entrara —. ¿Dónde vives?

Rose le dio la dirección al conductor. Estaba siendo un día de primeras veces y se estaba dando cuenta de que alguna de ellas no le estaban gustando. Era la primera vez que Gabriel estaba consiguiendo atravesar las barreras que con tanto cuidado había levantado. No era que hubiera compartido confidencias con una botella de vino, pero había visto parte de lo que había detrás de su máscara para el trabajo y eso no era bueno. También era la primera vez que había flirteado con ella. Era la primera vez que habían comido juntos en un restaurante los dos solos.

Ninguna de todas esas primeras veces contribuía a aplacar sus nervios después de volverlo a ver tras tres meses de separación.

Era extraño, pero parecía como si una puerta que había entre ellos se hubiera abierto. A lo largo de los años se las había arreglado para hacer frente a sus sentimientos hacia él teniendo mucho cuidado de dejar claro que sus papeles estaban bien definidos. Era su jefe, un hombre al que respetaba al mismo tiempo que alguien que le daba órdenes que tenía que cumplir. Con el paso del tiempo sus órdenes habían dejado de parecerlo, pero nunca se había hecho la ilusión de que para él fuera otra cosa diferente de una herramienta útil.

Algunas de las cosas que le había pedido que hiciera iban más allá de los deberes de una secretaria: regalos para algunas de sus amigas, flores al final de una aventura, reservas de restaurantes. Lo había hecho, sin embargo. Ella nunca había dado una opinión y él nunca se la había pedido. Pero esa noche algunas barreras habían caído y se sentía como un caracol sin caparazón.

En pocos minutos el coche se detuvo delante de su casa. Abrió la puerta, dijo un rápido gracias acompañado de una sonrisa y se dio cuenta de que él la había seguido hasta la casa. Le pidió las llaves.

—Mi madre siempre me decía que había que acompañar a las damas hasta la puerta. Estás temblando.

—Hace un poco de frío —Rose miró los largos dedos mientras abrían la puerta de su casa —. Creo que he vuelto de Australia acostumbrada al calor — él le tendió las llaves y sus dedos se rozaron—. Bueno… —Rose se plantó en medio del hueco de la puerta y lo miró de un modo absurdo —. buenas noches y gracias

otra vez por la cena. Siento no haber tenido más tiempo para comentar los asuntos del trabajo. A lo mejor puedo mirar tu agenda para la semana que viene y ver si tienes algún momento para que comentemos los asuntos más complicados.

—Te dejaré una nota con los archivos que tienes que revisar primero para que les eches un vistazo durante el día cuando tengas un momento — puso un pie en el hueco de la puerta, pero Rose no se dio cuenta, estaba demasiado ocupada preguntándose por qué le había invitado a cenar para hablar de algo que se resolvía con una nota.

—Podías haberme dicho eso desde el principio, Gabriel.

—Es cierto —admitió enseguida — , pero quería discutir contigo los detalles de tu sustitución temporal.

—¡No empezaré el curso hasta septiembre! No es urgente, estamos en mayo.

—Finales de mayo —dijo Gabriel—, antes de que te des cuenta estamos en julio y ya sabes que la vida normal se interrumpe durante el verano. El proceso de selección tiene que empezar más pronto que tarde — Rose dejó escapar un suspiro de frustración —. ¿Hay algún problema?

—No, en absoluto. Tú pagas mi sueldo, ¿cómo va a haber problemas? — sonrió para que pareciera una broma, pero no vio ningún humor en los ojos de él.

—En otras palabras, lo que te pago compra tu obediencia incluso aunque no estés de acuerdo con lo que te pido — Rose se ruborizó y bajó la cabeza y en ese momento se dio cuenta de que él había llegado con los dos pies a la altura de la puerta — . Estoy empezando a pensar que toda esa charla sobre avanzar en tu carrera y que trabajar para mí te impide seguir adelante no es más que una tontería… — avanzó el pie un poco más y se apoyó en el marco de la puerta con los brazos cruzados — . Me estoy oliendo un motín y la experiencia me ha enseñado que los motines habitualmente surgen por motivos personales.

—Te estás pasando de imaginación, Gabriel. —dijo mordiéndose el labio nerviosamente y preguntándose adónde quería llegar con todo aquello — . Si tuviera. algún problema personal en trabajar contigo, te lo habría dicho.

—¿De verdad? —dio un paso y la sobrepasó sorprendiéndola —

. El dinero puede comprar lealtades, pero lealtades sólo superficiales y eso no es bueno para mí — estaba maravillada de cómo se las había ingeniado para entrar en su casa.

—¿Podemos hablar de esto por la mañana?

—¿Por qué? Son sólo un poco menos de las nueve. Te recobrarás antes del cambio de hora si tratas de mantener tus horarios normales. Si hay algún problema subyacente quiero saberlo.

—Ya te lo he dicho. — esperó ser ella la única que notara la desesperación en su voz.

—Nunca te he impedido que me dijeras lo que pensabas — dijo Gabriel despacio recorriendo el avergonzado rostro de ella con la mirada —. Y me sentiría ofendido si pensaras de mí que soy tan autocrático que te reduciría el sueldo si expresaras tu opinión.

—¡Por supuesto que no pienso así!

Gabriel podía reconocer una respuesta sincera cuando la escuchaba. Y estaba seguro de que ella lo conocía lo bastante bien como para saber que no trataría de controlarla con el cheque de la paga, pero algo en el tono bajo de su voz y en la mirada esquiva, había picado su curiosidad. Y la curiosidad era un sentimiento sin explotar para Gabriel. El frenético ritmo de su trabajo le proporcionaba adrenalina suficiente, pero llevaba en el juego lo bastante como para que la incertidumbre y los nervios hubieran desaparecido. Además tampoco había mujeres que estimularan su curiosidad. Interés, todavía, deseo, sí, pero curiosidad, en absoluto. Así que estaba como un perro con un hueso, sobre todo porque sus ideas sobre su eficiente secretaria estaban en proceso de desmantelamiento.

—¿Por qué no haces una taza de café?

—¡No!

—Porque por detrás de tanto «sí, señor» y «no, señor» en realidad no puedes soportar estar encerrada conmigo ni un minuto más.

Aquello estaba tan lejos de la verdad que Rose soltó una carcajada después de la cual Gabriel dejó que sus músculos se relajaran.

—De acuerdo. Puede ser un café rápido. No quiero hacer esperar a tu conductor — se dirigió a la cocina añadiendo otra primer vez a la lista: la primera vez que Gabriel entraba en su casa.

Sabía que había salido fuera a decirle al chófer que esperara. Para cuando volvió, el café estaba hecho solo y sin azúcar, como le gustaba a él.

Rose se había sentado en la mesa de la cocina y había colocado la otra taza en el extremo de la mesa convenientemente alejada de ella.

—Bueno, cuéntame — dijo Gabriel mientras se sentaba.

—¿Cuándo quieres que empiece con las entrevistas, el próximo lunes o antes?

—Explícame tu observación sobre obedecerme por el dinero.

—Siento si he dicho eso, no quería decirlo.

—¿Desde cuándo piensas así? ¿Los últimos meses o desde que volviste de ver a tu hermana?

—No importa, Gabriel — dijo casi en un grito.

—A mí sí. Dime qué es lo que te desagrada. Puedes hablar conmigo. Descubrirás que soy muy comprensivo. No quiero perderte y si has estado albergando alguna objeción sobre cómo llevo las cosas, es el momento de sincerarse.

Capítulo 3

El restaurante del edificio de cristales de las oficinas, como todo lo demás, era espectacular. Era una más de las ventajas invisibles de trabajar para Gabriel. Estaba abierto todo el día, servían una sorprendente cantidad de comidas de primera clase y estaba tan subsidiado que con unas monedas se podía comer un desayuno con el que pasar todo el día. Con frecuencia Gabriel, cuando no estaba atendiendo a algún cliente o siendo él atendido, salía de su santuario y se presentaba a comer. Hacía eso para tomar contacto con sus trabajadores. Rose siempre se reía porque la expresión tomar contacto con sus trabajadores era algo ridículo aplicado a Gabriel Gessi. Charlaba con ellos, escuchaba sus ideas y después volvía a decir algo, pero si se rascaba la superficie era fácil apreciar el temor que había en sus respuestas. No sólo era rico y poderoso, sino que su aspecto era capaz de provocar que sus empleados se pusieran nerviosos y empezaran a sudar.

A esa hora, las dos y media, la estampida de la comida había llegado y se había marchado. Al lado de la ventana había dos pequeños grupos de personas: tres chicas de la cocina que se estaban tomando un café y un bollo y un par de hombres que charlaban animadamente sobre sábanas estampadas.

Aparte de eso, estaba vacío. Un momento ideal para que Rose se tomara una taza de café y se detuviera a pensar con calma sobre lo sucedido la noche anterior.

Gabriel le había pedido su opinión y, para empezar ella no se había resistido a su invitación. Cuatro años de costumbre habían salido en su rescate, salvándola de sucumbir a sus insinuaciones. Lo había mirado burlona, bajado los ojos y prestado mucha atención a la taza de café.

Él, en cambio, la había mirado fijamente por encima del borde de la taza sin ninguna prisa por marcharse. Después, cambiando de tema, había bromeado con ella sobre la clase de curso que quería hacer y la cualificación que conseguiría cuando lo terminara, si quería un trabajo supervisando a otra gente o por su cuenta. Preguntas inocentes como las que haría cualquier jefe interesado, nada de qué preocuparse.

Cuando Gabriel le había preguntado por sus padres, por lo que hacía su padre para ganarse la vida, ella no se había resistido porque la cuestión había ido envuelta en un inteligente comentario sobre la influencia de los padres sobre los hijos.

—Según mis padres —había dicho él levantándose y llevando su taza a la pila— debería haberme casado hace años. De hecho llevo un considerable retraso con los dos críos y el perro — había dicho sonriendo, una sonrisa de autodesaprobación que invitaba a entrar en la crítica ligera a su disoluta forma de vida.

—No puedo imaginarte con dos chavales —había dicho Rose apoyando la barbilla en las manos, mirándolo y apreciando cómo su gran tamaño llenaba la diminuta cocina.

Ni en sus más salvajes fantasías se hubiera imaginado que su carta de dimisión, su despedida para tener una vida sin él, haría que lo viera sentado en su cocina compartiendo una taza de café como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Sólo puedo imaginarme lo del perro.

—¿Qué clase de perro? — había preguntado él.

—Uno grande.

—¿Porque yo mido un metro ochenta y cinco?

Claro, ese comentario había sido una invitación a mirarlo y durante un segundo su corazón había parecido detenerse. Más de un metro ochenta de puro hombre con ojos azules y pelo negro.

—Es mejor que te vayas — había dicho de repente poniéndose de pie.

—Lo haré en un cuarto de hora. Le he dicho a Harry que se fuera a echar gasolina en lugar de esperar y no creo que haya vuelto todavía.

—¿Por qué has hecho eso? — había preguntado Rose consternada mientras salía de la cocina en dirección a la sala de estar.

—Porque —su voz había sonado justo detrás de ella— me llevan los demonios de pensar que está ahí sentado a oscuras esperándome.

—Puede encender la luz y leer.

—Debería acordarse de venir con un libro.

Rose le había dedicado una larga mirada y después se había sentado.

—Harry siempre viaja con un libro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque una vez le pregunté cómo soportaba llevarte a los sitios y después esperar, algunas veces durante horas.

—¿Has estado teniendo largas conversaciones con mi chófer? —por el tono de voz parecía como si le hubiera estado ocultando un sucio secreto.

—A veces vamos juntos andando hasta la parada de autobús si salimos a la misma hora. Y no hay necesidad de mostrarse tan extrañado, Gabriel. La gente tiene vida fuera de la empresa.

—¡Ya lo sé!

—Bueno, pues deja de actuar como si todo lo que ocurriera fuera de tu pequeño mundo no existiera.

—No vivo en un pequeño mundo — protestó Gabriel.

—Claro que lo haces — decidió rebajar el nivel de la crítica recurriendo a generalidades — . Es normal que sea así. Cualquiera en tu situación lo haría. Manejar una corporación tan grande como la tuya, tener que dar órdenes la mayor parte del tiempo, chasquear los dedos y saber que todo el mundo obedecerá, no es el mundo real.

—¿Soy un mezquino dictador?

—No, claro que no. ¡Eso no es lo que he dicho!

—Doy órdenes, chasqueo los dedos y espero obediencia. Supongo que lo siguiente es dar la real orden de que todos mis súbditos se arrodillen a mi paso.

—Lo siento si te he ofendido.

—Me has ofendido — dijo Gabriel con frialdad —. Trabajas para mí y como mi empleada estás autorizada a dar una opinión y valoro tus opiniones. Me habría gustado que hubieras tenido agallas para decirme esto un poco antes en vez de esconderte como un ratón sonriendo y obedeciendo mientras albergabas resentimientos

desagradables.

—No he estado albergando ningún resentimiento — negó Rose.

—¿No? —Gabriel se sentía como si le hubieran dado un puñetazo por debajo de la cintura y no le gustaba la sensación.

Además de un hombre que trabajaba duro y apostaba fuerte, era una persona de un autocontrol excepcional. En ese momento podía sentir su férreo control retorcerse y eso le resultaba desagradable. Sobre todo considerando que esa mujer no era nada más que su secretaria. Una valiosa miembro de su equipo, pero nada más que eso.

—No… si hubiera tenido algún problema por trabajar para ti… bueno, te lo habría dicho. no me hubiera escondido como un ratón —esa descripción le había dolido porque podía imaginarse cómo había llegado a ella: llegaba, hacía su trabajo y se iba a casa. Su propia confusión emocional le hacía una persona más callada de lo que era por naturaleza, pero ¿cómo iba él a saberlo? Lo que veía era a una eficiente secretaria que nunca decía nada que supusiera la expresión de un sentimiento. Un competente ratón asustado. Tres meses antes, un ratoncito regordete.

No era la primera vez que se sentía rodeada por las imágenes de las mujeres con las que él salía. En su cabeza componían una larga y hermosa procesión. Las había conocido a todas, o al menos a la mayor parte, porque siempre quedaba con ellas a la salida del trabajo y nunca salía a la hora que había dicho, así que tenían que permanecer allí, con las largas piernas cruzadas, los perfectos rostros sin expresión por el aburrimiento mientras miraban alrededor o intentaban entablar una pequeña conversación. Rubias, morenas, pelirrojas… Gabriel no mostraba preferencias. Su único criterio era que fueran guapas y con poco nivel intelectual.

De vez en cuando, Rose descubría en alguna un objeto de joyería que había comprado ella. Una pulsera de diamantes, una gargantilla, a lo mejor un pañuelo de Hermes.

Lo había mirado en ese momento y se había visto a ella misma a través de sus ojos. Un ratoncillo regordete y silencioso cumpliendo sus órdenes. ¡Se había convertido en su secretaria perfecta! Eso hacía menos sorprendente que casi se hubiera desmayado cuando había vuelto de Australia con una imagen completamente nueva y le había presentado su carta de dimisión. Se había vuelto

encantador y había desplegado todos sus encantos económicos, pero su decisión de quedarse no había tenido nada que ver con ninguna de las dos cosas.

Era una mujer distinta. Tenía un aspecto diferente y por dentro había cambiado. No iba a esconderse nunca más porque no tenía nada que perder. Había decidido cambiar el sentido de su vida y si seguía trabajando para él era sólo para esperar el momento oportuno.

Le gustaba eso de «esperar el momento oportuno». Le infundía valor.

—No tengo ningún problema en trabajar para ti, Gabriel, porque no te tengo miedo. Llevo trabajando el tiempo suficiente contigo como para saber.

—¿Cómo manejarme?

—Cómo interpretar tus cambios de humor.

—Eso está bien.

Rose adoptó un expresión presumida y sonrió.

—Sí, sí, lo está. Lo que no quiere decir que no vaya a aprovechar para plantear algunas exigencias ahora que me has convencido para que siga trabajando contigo. No quiero que olvides que voy a dedicar tres meses a preparar a alguien para que asuma completamente mi trabajo cuando decida marcharme.

Gabriel se sentía inclinado a dejarle claro que no pensaba aceptar ningún tipo de chantaje, emocional o de otra clase, pero recordó la sucesión de suplentes inútiles y decidió callarse. No quería que Rose se marchara, pero si lo hacía, quería estar absolutamente seguro de que dejaba en su lugar a alguien absolutamente responsable y capaz.

—¿Cuáles son tus exigencias? Creo que en el tema económico he sido bastante tentador.

—No es una cuestión de dinero, en realidad… —Rose respiró hondo y lo miró —. En primer lugar quiero tener algún permiso si tengo que quedarme hasta tarde trabajando.

—¿Algún permiso? —dijo Gabriel incrédulo — . ¿Cuánto permiso tienes en mente? ¿Una semana? ¿Un mes? — saltó de la silla y se puso a dar vueltas por la habitación con el ceño fruncido.

La esperanza con que se había levantado esa mañana se había ido volviendo frustración a cada minuto que había pasado. Y todo

porque su seria secretaria había desaparecido tres meses y había vuelto convertida en una rebelde. Cualquiera sabía las ideas que su hermana le había metido en la cabeza.

—Un día o dos pueden ser suficientes — dijo Rose con calma.

La salita color crema con su pequeña chimenea y sus estantes de libros cuidadosamente colocados parecía diminuta y atestada con él dentro.

—¿Y tenemos que ponerlo por escrito? — dijo Gabriel con sarcasmo.

—Creo que estoy siendo razonable.

—¿Quieres decir, que es una práctica común para alguien en un trabajo de responsabilidad, bien pagado, desde luego muy por encima de la media, trabajar a reglamento a no ser que le den días libres?

Rose había visto antes a Gabriel en acción. Intimidaba físicamente a sus oponentes.

—No estaba diciendo que trabajaría a reglamento, Gabriel, sólo que mientras que yo nunca pongo objeciones a quedarme hasta tarde, tú con frecuencia me has pedido que me quede en la oficina, a veces hasta medianoche trabajando en asuntos en los que se agotaba el plazo.

—Con frecuencia es un poco exagerado — murmuró Gabriel.

—De cualquier modo, voy a estar muy ocupada estudiando y creo que es una cuestión de delicadeza que lo respetes.

—¿A qué te refieres con quedarse hasta tarde?

—Todo lo que pase de las seis y media —Rose se quedó esperando las consecuencias, pero no ocurrió nada.

En lugar de eso se la había quedado mirando calculador y, después de unos segundos, se había encogido de hombros y había dicho:

—Bien.

—¿No te importa?

—Bueno, naturalmente será un inconveniente, pero tienes razón. Vas a tener que estudiar. Lo último que quiero es distraerte. —bajó la vista — . Tendrás que

asegurarte de que sea quien sea quien te sustituya no va a estar todo el tiempo mirando la hora.

—Te va a resultar difícil encontrar a alguien temporal a quien

no le importe quedarse hasta la hora que tú decidas.

«Sea quien sea quien te sustituya». Le daba vueltas todo el tiempo a esa expresión y eso le hacía sentir un escalofrío, a pesar de que eso era, precisamente, lo que había querido desde el principio.

—No si le pongo dinero suficiente delante y la promesa de que el trabajo se volverá fijo con todas las ventajas que eso conlleva.

—¿Me estás despidiendo ya? —dijo Rose en tono ligero — . Creía que era indispensable.

—Y así es.

Pero algo a lo largo de la conversación le había hecho cambiar de opinión. Probablemente que ella hubiera dejado claro que acceder a seguir en el trabajo suponía algunas condiciones que él encontraba desagradables. Quería a alguien que obedeciera ciegamente. Quería poder decirle a las cinco y media que iba a venir dos abogados a las seis y que tenía que quedarse hasta que estuvieran atados los más mínimos detalles. No quería ni oír hablar de compromisos exteriores ni quería darle ningún día libre.

Mientras ella estuviera callada y competentemente invisible, su mundo funcionaría perfectamente. Habría dinero para ella, coches de empresa. Gabriel ni quería ni necesitaba la molestia que suponía una secretaria que insistiera en tener una opinión propia. Y Rose había pasado cuatro años siendo servicial y guardándose sus opiniones.

—Hay algo más — dijo ella.

—¿Desde cuándo has decidido que ser puntillosa es un buen activo en tu carrera? — el tono suave de su voz se compensaba por el gesto contrariado.

—Creía que te gustaba escuchar las opiniones de tus empleados — dijo Rose con tono inocente.

—Por supuesto que quiero escuchar lo que piensan mis empleados —dijo Gabriel irritado —. Y haz el favor de no dedicarme más aburridos discursos sobre mi pequeño mundo — la miró con expresión de enfado —. ¿Qué más reclamaciones has estado alimentando?

—Esas mujeres tuyas…

—¿Qué mujeres? —le llevó unos segundos saber de qué estaba hablando, se puso en guardia —. No sigas por ahí, Rose.

Rose podía entender que corría el peligro de convertirse en la

secretaria diabólica. Sintió unos pocos segundos de piedad por él. Estaba a punto de decirle que ocuparse de sus mujeres no era parte de su trabajo y que no pensaba volver a hacerlo.

—Tengo derecho…

—Pero eso no incluye predicar sobre la forma en que conduzco mi vida privada fuera del trabajo. Eso está fuera de tus atribuciones —la expresión repentinamente dura hizo enfurecerse a Rose.

Él podía preguntarle por su vida privada y después dar su opinión, pero ella no tenía el mismo derecho. Tres meses antes ni se le hubiera ocurrido hablar así, de hecho la parte más amable de ella quería decirle que ni soñaba con opinar sobre su vida privada, que los cambios que ella tenía en la cabeza eran de naturaleza más práctica, pero no se sentía especialmente amable en ese momento.

—¿Qué crees que voy a decir, Gabriel? Parece que puedas leer el pensamiento.

—No hace falta ser un genio para saber lo que tiene en la cabeza — espetó él.

Empezaba a tener la sensación de que su maravillosa secretaria se había ido a Australia y se había quedado allí. En su lugar estaba aquella agresiva criatura con un hacha afilada en la mano y él apoyado encima del tajo.

—¿Sí? — dijo Rose con una mueca.

—Vas a dejarme claro que desapruebas mi conducta con el otro sexo. Ya me lo has dicho. Por supuesto, ni se te ha pasado por la cabeza que las mujeres con las que voy disfrutan saliendo conmigo, incluso aunque nos separemos — Rose levantó las cejas —. Pasamos un buen rato — se escuchó decir a sí mismo mientras se preguntaba por qué se estaba defendiendo delante de alguien a quien no debía explicaciones — . Tomamos una copa, cenamos. entre otras cosas — le supuso una satisfacción ver que la expresión de superioridad de ella se apagaba por el rubor —. Y créeme, Rose, cuando llegamos a esas otras cosas, quedan muy satisfechas.

—Suerte que tienen —dijo recobrándose rápidamente—. Copa, cena y cama antes de pasar al libro de historia.

Gabriel estaba conmocionado. ¿De dónde salía eso? Ella se enrojeció y apartó la vista, pero no se disculpó. Su hermana le había dado largas charlas sobre la estupidez de estar enamorada de un hombre que ni siquiera la vería aunque bailara desnuda encima de

la mesa. Para él, Grace se lo había advertido, ella sólo tenía una dimensión. La única forma de recuperar su autoestima era cortar por lo sano y dejar el trabajo.

Bueno, no iba a dejar el trabajo, pero se había convertido en una mujer con valor que no tenía miedo de expresar su opinión.

—¿Te pido perdón? — dijo Gabriel con voz de sorpresa.

—Ya me has oído, Gabriel.

—¿De dónde has sacado ese lenguaje?

—¿Qué lenguaje? No creo haber dicho nada obsceno.

—No, pero…

—Entonces está bien — el diagnóstico de su hermana había sido brutalmente acertado.

Rose podía hacer frente a cualquier cosa si se trataba de trabajo duro y habilidad. Cualquier cosa que quisiera hacer, había dicho Grace, la conseguiría porque era inteligente y ambiciosa. Por desgracia tenía razón, porque en lo que se refería a asuntos del corazón era una completa inútil. Había dejado que aquellos sentimientos por su jefe crecieran durante cuatro años como una idiota. Su hermana no tenía ninguna habilidad para cualquier cosa relacionada con cuestiones administrativas, pero en lo que se refería a temas sentimentales era increíblemente práctica.

—En realidad no me importa lo que hagas con las mujeres con las que vas y vienes. Lo que me importa es que afecten a mi vida.

—¿Y cómo ocurre eso? — preguntó Gabriel con repentino interés.

—Te digo cómo. Conoces a una mujer. La bañas en regalos, yo compro los regalos habitualmente en mi hora de comer o durante el fin de semana. Siempre en mi tiempo libre. Luego están los restaurantes que hay que reservar. Las flores que hay que enviar con el mensaje adecuado a la gente adecuada. Algunas veces tengo que quitarte de encima a mujeres llorosas que no han captado tu punto de vista de que es un privilegio haber salido contigo y que ya es hora de que busquen la salida más próxima. Algunas veces parecen haber tenido la ilusión de que les importabas — en su voz estaba implícito el «pobres locas».

La sorpresa crecía dentro de él cada minuto que pasaba. Nunca había notado ningún resentimiento en ella cuando le encargaba esos asuntos, desde su punto de vista era parte del trabajo de una

asistente personal ocuparse de los incidentes que él no podía resolver por sí mismo. ¿Qué había de malo en encargar unas flores por teléfono? ¿O darse un paseo hasta una joyería para comprar una pulsera? ¿No se suponía que a las mujeres les gustaba comprar joyas?

—¿Estás celosa? —la voz de Gabriel era como la seda y en respuesta, el corazón de Rose se puso a toda velocidad, porque la verdad era que eso únicamente se lo reconocía a sí misma por la noche cuando estaba sola en su casa. Siempre que había hecho todos esos encargos se había imaginado que eran para ella.

—Por supuesto que no — dijo fríamente—. De verdad te crees… — se contuvo por lo pelos.

—De verdad me creo ¿qué?

—Nada.

—No, dímelo. Después de todo hoy parece el día de las revelaciones.

Rose lo miró y se preguntó cómo reaccionaría si le dijera la verdad. Si estaba sorprendido por lo que había escuchado hasta ese momento, podría quedar en estado catatónico si realmente le revelara todo.

—De acuerdo. Ya que preguntas. ¿de verdad te crees que podría estar celosa de esas mujeres que eliges para salir? —Rose se rió a carcajadas — . Para empezar no parecen las más listas de la clase.

—¿Quién quiere que sean listas? — Gabriel se preguntaba qué hacía hablando de eso, pero era algo tan inusual que decidió seguir adelante.

La mujer cuyos pensamientos nunca había conocido se había convertido en algo fascinante. De hecho, no podía dejar de mirarla, aunque era reacio a reconocer que podía ser debido a su cambio físico.

—Una mujer inteligente es una especie sobre valorada —dijo cruzando los brazos y dirigiéndose a la estantería para ver los libros que había en ella. Pero primero la miró a la cara para ver como había reaccionado a su sentencia incendiaria. Estaba gratamente escandalizada, así que decidió seguir a ver dónde llevaba ese camino —. Quiero decir, que una mujer inteligente acabará volviendo loco a un hombre — sacó un libro de su sitio sorprendido al comprobar que era una primera edición y que no sería barato.

Una mujer inteligente con gusto. Dejó el libro en su sitio y se volvió a mirarla —. La eterna discusión. la seriedad. el tedio de la eterna discusión con alguien con su propio punto de vista. —fingió un bostezo y se alegró de ver que los ojos de ella se incendiaban — . ¿Has notado que una mujer inteligente siempre tiene un punto de vista y siempre vuelve sobre él incluso aunque todo el mundo esté dando cabezadas de aburrimiento?

—¿Has notado — Rose se metió a discutir a pesar de que su sentido común le decía que era ridículo— cómo una guapa tontita puede decir tal cantidad de estupideces que se te quitan las ganas de vivir.?

Gabriel le dedicó una corta y devastadora sonrisa que le hizo apretar los puños en el regazo. Después se echó a reír a carcajadas hasta que murmuró divertido:

—No negaré que algunas veces pueden decir tonterías, pero te aseguro que cuando estoy en la cama con una de ellas no se me quitan las ganas de vivir.

Rose respiró hondo. Gabriel había dejado de inspeccionar los libros y por un segundo habría jurado que se dirigía hacia ella, pero entonces se sentó con la felicidad en los ojos al recordar las pasadas conquistas.

—Y entonces… —siguió ella con voz glacial aunque por dentro hervía de rabia —, se supone que debería sentir lástima de ellas. Puedes pensar que las tratas bien, y lo haces, pero lo que una mujer quiere está más allá de lo que el dinero puede comprar.

—¿De verdad?

—De verdad. Las pulseras y los pendientes son bonitos, pero pasear por el parque lo es más, lo mismo que una comida casera y la charla delante de una chimenea, o una excursión a la playa un día de sol.

—A lo mejor para ti.

—He tenido suficientes conversaciones con las mujeres que tú has descartado como para saber que siempre tienen el corazón más roto de lo que tú te crees — dijo Rose a la defensiva consciente de que había ido demasiado lejos por hablar sin pensar—. ¿Tienes una remota idea de lo difícil que es tranquilizar a alguien deshecha en lágrimas y que se pregunta qué ha hecho mal?

La conversación, que había empezado como un reto agradable,

había tomado una deriva incómoda y Gabriel frunció el ceño disgustado.

—No sé adónde queremos llegar con esto. — dijo él.

—Me has presionado para que te diera mi opinión.

—Lo que es distinto de la pura crítica — dijo negando con la cabeza y tratando de recuperar el control.

—Sólo porque no estás de acuerdo con lo que he dicho — se sintió obligada a puntualizar.

—¿Cómo es posible que nunca me haya dado cuenta de lo obstinada, dogmática y exasperante que evidentemente eres?

«Entonces a lo mejor no te importa deshacerte de mí cuando haya entrenado a otra», pensó Rose, pero se lo guardó para ella. Quería irse, no que la echaran. De ese modo, se demostraría a sí misma que tenía el control, con iniciativa en lo que se refería a su estado emocional.

No lo miró porque no confiaba en sí misma cuando hablara. Dogmática, testaruda y exasperante no eran insultos fáciles de pasar por alto con una sonrisa amable y un cambio de tema.

Más incómodo que su súbita explosión de sinceridad era el prolongado silencio de ella. Gabriel, a pesar de que ponía pasión en el trabajo, era increíblemente controlado con las mujeres. Ellas nunca conseguían ponerlo nervioso. La calma del rostro de Rose aumentaba su incomodidad hasta convertirla casi en frustración.

—No tengo ni idea de por qué alguna de las mujeres con las que alguna vez he salido se han podido preguntar qué han hecho mal — se escuchó decir a pesar de que aquello era reconocer una debilidad — . No sería porque no supieran lo que había desde que la cita estaba anotada en la agenda. Nadie puede criticarme por no jugar limpio. Los paseos por el parque, la comida casera y el mirar al fuego… Bueno, no practico esas escenas domésticas porque pueden dar una impresión equivocada. De hecho, no creo que nunca haga ese tipo de cosas con nadie.

—¿Por qué no? — dijo Rose alzando la vista reacia y mirándolo a los ojos con curiosidad.

—No soy así —dijo Gabriel bruscamente — . Y volviendo a tus reclamaciones. Nada de horas extra sin día libre y nada de tareas adicionales más allá de lo debido.

Rose asintió con la cabeza.

—Bueno, nada de tareas adicionales que no. bueno, que no tengan que ver con el trabajo. Lo siento — se sintió obligada a añadir porque sabía que establecer reglas después de cuatro años era un poco temerario.

—¿Algo más?

—No, eso es todo. Y Gabriel, es sólo porque necesito mi tiempo para estudiar.

—Esperemos que valga la pena — se puso de pie, se metió las manos en los bolsillos y la miró ponerse de pie y alisarse la ropa. Al menos ese tranquilizador hábito no había cambiado.

—Así será —aseguró Rose dirigiéndose a la puerta principal—. Será un trabajo duro, pero al final seré capaz de empezar una carrera satisfactoria por mí misma No es —se dio prisa en añadir— que no haya sido muy feliz trabajando para ti.

—Conmigo. Aunque no me lo puedo creer después de todo lo que me has dicho esta noche.

Los dos se detuvieran en la puerta al mismo tiempo. Sus miradas se enredaron. Los ojos marrones con los de profundo color azul y Rose tuvo que apoyar la mano en la puerta cerrada para estabilizarse.

—Así que vas a intentar conseguirlo todo, ¿no? —dijo Gabriel arrastrando las vocales — . El buen trabajo, el coche veloz, los niños y el marido hogareño que se quedará en casa y te cuidará de todo. — se apoyó en la puerta y la miró.

Era evidente que era lo bastante inteligente como para conseguirlo todo, pero hasta ese momento nunca había pensado en ella con interés. Para ser sincero, tenía que reconocer que siempre había pensado que él era bastante para ella.

—No lo sé —ya que él estaba a punto se irse sentía que podía relajarse —. Soy demasiado anticuada como para que me guste el papel del marido.

—Ves al hombre como un protector, ¿verdad?

—No, ¡claro que no! Bueno, no en esos términos tan simples — estaba hipnotizada por la forma en que la media luz del recibidor dibujaba los ángulos de su rostro.

—¿Por qué? ¿Qué hay de malo en las cosas simples? Estoy de acuerdo contigo. Soy la clase de hombre que querría proteger a mi mujer. Sería mejor que tuvieras cuidado. Tu hombre de las cavernas

puede no sentirse atraído por una mujer que es tan capaz de cazar como él. No busques demasiada independencia… puede que eso te haga fracasar.

—Nunca me sentiré atraída por un hombre que se asuste de mi independencia — dijo Rose casi sin aliento, él estaba muy cerca y no sólo cerca, sino que también dedicándole toda su atención masculina — . Y para tu información, puede que no sea tan feminista como para querer un marido hogareño, pero desde luego seguro que no quiero un troglodita.

—Tocado — dijo Gabriel seco. Sintió la necesidad de tocarla, a lo mejor de acariciarle la mejilla, pero en su lugar abrió la puerta —, pero no soy el hombre de las cavernas que pareces pensar que soy cuando se trata de mujeres.

—¿No? No me la puedo creer.

—No deberías decir cosas así —se inclinó hacia ella provocando que Rose sintiera que la cabeza le daba vueltas y que las piernas le cederían en cualquier momento — , podría sentir la tentación de demostrarte que estás equivocada.

Capítulo 4

Desde donde estaba sentado, en la esquina más alejada del restaurante de empleados, Gabriel tenía una vista de pájaro sobre Rose, quien jugaba con la ensalada que se estaba comiendo como si estuviera esperando que de debajo de la lechuga saliera arrastrándose en cualquier momento algo desagradable. No se estaba siquiera enterando del parloteo de su mesa, parecía estar a miles de kilómetros de allí. A lo mejor era porque junio estaba rompiendo todas las marcas. Las dos últimas semanas el cielo había estado despejado y la temperatura había subido muy por encima de lo normal. Londres era sofocante. Los parques eran un mar de cuerpos blancos que poco a poco se volvían rojos. El restaurante estaba atestado debido al aire acondicionado. ¿Quién quería dejar aquella temperatura para arriesgarse al castigo del sol?

Rose no había notado su presencia porque se ocultaba tras dos personas de su equipo de finanzas y uno de los abogados de la empresa. Estaban discutiendo la minuta de su más reciente adquisición, pero Gabriel hacía un buen rato que había desconectado. En realidad no debería estar comiendo allí. No se hablaba de nada de lo que no hubiera podido ocuparse su director general, lo que le habría permitido disfrutar la vista de pájaro que tenía de su secretaria.

No era capaz de saber qué era lo que había cambiado, pero algo había ocurrido. Sus relaciones laborales cuando se había marchado a Australia, eran ejemplares. La relación ideal. Después había vuelto y no estaba seguro de si el cambio físico de ella había provocado algo en él o había sido la noche que habían salido juntos primero a un restaurante y después a su casa, durante la que había vislumbrado la fogosa mujer que había debajo del plano exterior.

Gabriel no lo sabía. Lo que sí sabía era que las últimas semanas sus ojos la buscaban, apreciando los detalles de su rostro, como las ligeras pecas que tenía en la nariz, la forma en que su cabello mostraba sombras desde el marrón al cobrizo, el contraste entre los ojos marrones y las oscuras pestañas.

Y su cuerpo. Se había descubierto pensando en su cuerpo en los momentos más inapropiados. Observando a través de la mampara de cristal que separaba sus despachos los rotundos pechos debajo de los ligeros vestidos y las finas blusas que el verano le obligaba a llevar. Había empezado a tener pensamientos tórridos con ese cuerpo que, unos meses antes, había estado tan apropiadamente oculto debajo de ropas de color oscuro. En realidad, unos meses antes, ni siquiera se había dado cuenta de que había un cuerpo, al menos en el sentido sexual del término.

Al principio le había divertido su intensa reacción ante la presencia de ella. Estaba desconcertado. Después de todo, había pasado los últimos cuatro años en compañía de ella.

Muy pronto, lo que se había instalado en su cabeza era la irritación consigo mismo y se había puesto a buscar explicaciones lógicas. Lo que sufría era una privación de sexo. Llevaba sin mantener relaciones con una mujer mucho tiempo, por lo menos tres meses. La última con quien había salido, una modelo llamada Caitlin había sido una compañera de juegos dispuesta y capaz, pero evidentemente quería algo más que un hombre del que sólo podía esperar regalos caros, restaurantes de lujo, sexo creativo y poco más. Sus frecuentes cancelaciones de citas habían llevado al inevitable enfrentamiento y se había sentido tranquilamente aliviado cuando había terminado con él.

Una vez diagnosticado el problema, Gabriel había pensado en buscarle alguna solución con la eficacia y la rapidez que él afrontaba esas situaciones. Había echado un vistazo a su agenda negra y había elegido un nombre. Una mujer a la que había conocido unos meses antes y con la que se había topado en varios eventos sociales. En cada ocasión, ella le había recordado que le encantaría que la llamara y, con esa desagradable atracción por su secretaria, Gabriel había empezado a sentar las bases de un agradable proceso de seducción.

Desafortunadamente, no había funcionado. Su primer encuentro

había tenido lugar en un club íntimo pero animado, uno de los lugares favoritos de Gabriel quien gustaba del jazz en directo y el ambiente relajado. El aburrimiento de la noche sólo podía achacárselo a la música, que había matado la conversación. El segundo encuentro había sido en un restaurante, nada de música y, por tanto, nada de excusas para explicar que se hubiera esforzado con la comida y el vino mientras miraba el reloj con la frecuencia bastante para hacerle pensar que Arianna a lo mejor no era su media naranja.

Lo que le dejaba con el problema de afrontar la cuestión de su secretaria que estaba empezando a gustarle. Una secretaria, tenía que admitirlo, que había mantenido una distancia envidiable desde la noche que se había abierto a él. Había vuelto a ser la fría reina de hielo, pero con un cuerpecito sexy y una forma de mirarlo por debajo de las pestañas que hacía que le dieran ganas de tumbar de un empujón la puerta que los separaba, agarrarla y tumbarla encima de su mesa de caoba.

Sam Steward, el abogado de la empresa, interrumpió sus agradables ensoñaciones que incluían algún rasgado de blusa y desabrochado de sujetador blanco, con una pregunta sobre el fondo de fideicomiso de una empresa con la que habían negociado y Gabriel volvió a la realidad para darse cuenta de que se había perdido la mayor parte de una conversación muy importante. Volvió a poner la atención en el tema olvidándose deliberadamente de Rose, que estaba levantándose en ese momento, mirando su reloj y alisándose la falta. Preparándose para volver a la oficina en la que se mantendría ocupada hasta las cinco y media.

Más tarde, después de unas horas revisando informes con sólo un vino helado y Mozart por compañía, Gabriel se dijo que tenía que hacer algo al respecto de su preocupante situación. Perder el sueño por una mujer ya era bastante malo, pero sufrir lapsos de concentración durante el día, era demasiado.

La única solución para satisfacer su curiosidad era llevarla a la cama. Literalmente. Y el sólo pensamiento hizo que su cuerpo se endureciera.

Hizo la llamada a las nueve y cuarto a la mañana siguiente. Y Rose la atendió como sabía que haría.

—¿No deberías estar aquí, Gabriel? He revisado tu agenda y no

tienes la primera reunión hasta las once. Con la gente de Shipley Crew… —Rose había revisado la agenda una y otra vez desde que había llegado a la oficina para averiguar la causa de la ausencia de Gabriel.

—Cancela todas mis reuniones de hoy, Rose. Frank puede hacerse cargo de los de Shipley por sí mismo o puede llevarse a Jenkins con él si necesita alguien con experiencia.

—¿Dónde estás? — era tan extraño que Gabriel cambiara su rutina de trabajo que Rose sintió un estremecimiento de aprensión.

—En mi casa.

—¿Qué haces? — respiró hondo un par de veces y repitió la pregunta en un tono menos alterado.

—Estoy indispuesto.

—¿Estás indispuesto? ¿Enfermo? Tú nunca estás enfermo, Gabriel.

—Intenta decírselo al estreptococo de mi garganta — que aclaró convincentemente.

Rose se debatía entre pensar que Gabriel, con la típica falta de aguante masculina, se había encerrado en casa por un simple resfriado dado que no estaba acostumbrado, o que estuviera realmente enfermo. Enfermo como para ir al hospital.

—Ayer parecías bien —dijo Rose—. ¿Estás seguro. —consideró la última opción —… de que no tienes resaca?

—Creo que tengo edad y experiencia suficiente para reconocer una resaca — dijo Gabriel.

—Entonces lo más probable es que sea un resfriado. Hay mucho por ahí. Me aseguraré de que se cancelen todas tus reuniones. A lo largo del día deberías decirme si tengo que cancelar las de mañana.

—Tienes que venir aquí, Rose.

—¿Perdón?

—Necesito que escribas unas cosas importantes.

—¡No puedes trabajar si estás enfermo!

—Sabes dónde vivo, ¿verdad?

—No puedo ir a tu casa, Gabriel.

—¿Por qué no?

—Porque… porque tengo una cantidad horrible de cosas que hacer aquí…

—Y yo otro montón aquí. Busca un trozo de papel y escribe mi

dirección. Y, por favor, no hagas el viaje en autobús, toma un taxi, te quiero aquí antes del fin de semana.

—Pero.

—Voy a respetar estrictamente tu horario de trabajo, Rose. No voy a pedir que trabajes hasta tarde, sólo te estoy pidiendo que cambies de entorno un par de horas. Bueno, ¿ya tienes el lápiz en la mano? — sin darle tiempo de hacer otra protesta, Gabriel le dictó su dirección y después la repitió despacio para asegurarse de que la copiaba correctamente —. ¿La tienes?

—Sí, pero.

—Debería llevarte como hora y media llegar aquí, incluso con algo de tráfico. Así que te espero sobre las diez. Me aseguraré de que la puerta delantera esté abierta para que puedas entrar — Gabriel podría haber jurado que había escuchado otro «pero» en el momento que colgó.

Rose apenas podía creer que Gabriel estuviera enfermo. Lo bastante enfermo como para no ir a trabajar. Estaba siempre tan ferozmente lleno de energía, que era difícil de imaginarlo derribado por algo tan pequeño como un virus. Volvió a mirar la dirección. Cuando pensaba en ir realmente a su casa, apartamento o lo que tuviera sentía mareos. Pero, ¿qué pasaba si estaba realmente enfermo?

El presentimiento le hizo recoger todas sus cosas a toda velocidad. Disquetes por si hacían falta, su propio portátil, correo que había que revisar y cartas que tenía que firmar Gabriel. Después cambió la fecha de algunas reuniones con un par de personas de finanzas. Tomó un taxi que justo dejaba a otra persona en la puerta de la oficina.

Se puso todavía más nerviosa cuando cerró la puerta y le dijo al taxista la dirección de Gabriel. Podía sentir cómo la blusa se le pegaba al cuerpo mientras luchaba con la ventanilla para que entrara algo de aire fresco. La falda de estampado floral hasta la rodilla, que había parecido fresquita cuando la había visto colgada del armario, resultaba terriblemente ceñida en el asiento del taxi. Todo se le pegaba al cuerpo. Incluso el pelo al cráneo, haciéndole desear habérselo recogido en una coleta.

Cuando miró por la ventanilla, pudo ver que todo el mundo iba tan incómodo como ella. Rostros enrojecidos, ventiladores

provisionales en las paradas de autobús, pañuelos secando el sudor del cuello. Pero al menos su incomodidad no pasaba de ahí. Centró la atención en la maleta negra del ordenador que estaba a su lado y trató de no pensar en que iba a su casa. Esperó que el entorno no fuera demasiado imponente, a lo mejor dado su origen y personalidad, lo que le gustaba era algo estilo casa de campo.

Se equivocaba. Lo supo en el momento en que el taxi se detuvo delante de una imponente casa de estilo Victoriano en una calle de lo más exclusiva, llena de coches de lujo en los garajes a los que sólo se les veía el parachoques delantero. Pagó al taxista y pidió un recibo mientras echaba un vistazo a la hilera de casas para comprobar que no había nada desarreglado.

La puerta, como él había prometido, estaba abierta haciendo que se preguntara cómo alguien como Gabriel podía ser tan confiado, pero cuando miró por encima del hombro, vio a Harry sentado en el coche de Gabriel al otro lado de la calle.

Bueno, estaba en su… casa. Caserón, mejor, aunque era un término poco imaginativo para describir el sitio en que se encontraba. El suelo era de madera oscura, interrumpido, en el recibidor, por una alfombra impresionante con motivos geométricos en azul y rojo. Las paredes eran color crema y habrían resultado sosas si no hubiera sido por las obras de arte que parecían horriblemente caras.

Rose se resistió al deseo de echar un vistazo a las otras habitaciones y miró a la escalera dubitativa.

—¡Estoy aquí!

Dio un salto por la sorpresa al escuchar su voz detrás de ella. Se dio la vuelta y lo vio de pie al lado de la puerta. Estaba apoyado en el marco con una bata de seda negra atada ligeramente y debajo de la cual no parecía llevar nada. Rose casi dio un grito. Sabía que debía de tener los ojos desmesuradamente abiertos mientras hacía enormes esfuerzos para no dirigir la mirada a las piernas desnudas y al trozo de pecho que dejaban ver las solapas de la bata. ¿Llevaría ropa interior?, pensó.

—Te esperaba un poco antes. Cierra la puerta, ¿quieres?

Rose estaba encantada de hacerlo. Cualquier cosa que la rescatara de la visión de Gabriel con tan poca ropa. Cuando se dio la vuelta, él había desaparecido, así que se dirigió a la habitación de

donde había salido.

Entró en una habitación impactante no por su tamaño sino por la decoración. La música de blues resultaba un dramático telón de fondo para el suelo de parquet y las paredes cubiertas de estanterías atestadas de libros. Las impresionantes ventanas de guillotina estaban cubiertas por visillos de muselina color crema que llegaban hasta el suelo y presidiendo la sala había una mesa en la que se encontraban toda clase de artilugios electrónicos. Dos ordenadores, uno portátil y otro de sobremesa, un fax, dos teléfonos. Y en la única pared que no había ni ventanas ni estanterías, había un gran sofá con estampado Paisley cuya belleza arruinaban una almohada y una sábana.

Gabriel, se dio cuenta, estaba tumbado en el sofá y la había estado mirando mientras ella observaba todo.

—Échale la culpa a mi madre y mi hermana —dijo él reclinándose con las manos detrás de la cabeza — . Yo quería todo blanco y los muebles justos para hacerlo habitable. Bueno, no te quedes ahí con la boca abierta. ¡Siéntate!

—¿Dónde?

—Bueno, sólo hay una silla disponible, a no ser que quieras sentarte en el sofá conmigo — dio unas palmadas en el sillón y Rose corrió a sentarse detrás de la mesa, lista para la acción.

Sacó el montón de cartas que llevaba, las ordenó y se quedó esperando a que le dijera cuándo quería que empezaran. Mientras tanto decidió no mirarlo porque su piel estaba provocando un desastre dentro de ella.

—¿No me vas a preguntar cómo estoy?

—Lo siento… — Rose lo miró, nerviosa —. ¿Cómo te encuentras, Gabriel?

—Terriblemente mal.

—No pareces estar tan mal — se arriesgó.

—Eso es porque estoy intentando poner al mal tiempo buena cara. Lo cierto es que he pasado una noche espantosa. Dando vueltas y sin dormir.

Rose tragó. Se imaginaba a Gabriel en una enorme cama, desnudo y delirando.

—En ese caso, deberíamos acabar lo antes posible para que puedas dormir algo. ¡Es la mejor medicina! ¿Por dónde quieres que

empecemos? He traído el correo, he pensado que querrías echarle un vistazo.

—Lo que realmente me gustaría —dijo Gabriel cerrando los ojos — sería comer algo. Ya sé que es algo que sobrepasa tus funciones y entendería que te negaras. pero no he comido nada desde. por lo menos el mediodía de ayer.

—¿Me has hecho venir para que cocine para ti?

Gabriel la miró a través de los ojos entornados y se preguntó si debía decirle que su tono no era nada atractivo. No cuando se suponía que él era un inválido y ella Florence Nightingale. De cualquier forma, ¿qué había de malo en cocinar para él? ¡No estaba pidiendo que robara un banco!

—Olvídalo —dijo Gabriel bruscamente—. Debería haber sabido que era imposible que. Lo haré yo — empezó a levantarse y Rose negó con la cabeza.

—¿Qué quieres?

Gabriel se dejó caer y fijó sus azules ojos en ella. Afuera hacía un calor espantoso. La ropa de Rose se le pegaba al cuerpo a pesar de que dentro se estaba fresco. Hacía años había instalado un ventilador de techo y había sido una gran idea, a pesar de que se usara muy poco. Un día como ése era mucho mejor que el aire acondicionado.

—Pareces acalorada.

—Lo estoy — dijo Rose mientras se recogía el pelo en una coleta.

Gabriel se preguntó si tendría idea de lo provocativa que resultaba. Al hacer ese movimiento el tamaño de sus pechos se hacía muy evidente.

—Si quieres puedes quitarte la ropa… —hizo una pausa infinitesimal—… y ponerte algo más fresco. Mi hermana tiene mucha ropa en su habitación y debe de usar tu talla. Puedes tomar algo prestado.

—¡No! —Rose estaba horrorizada. Le parecía horrible sólo la idea de ponerse la ropa de otra persona, sobre todo si suponía quitarse la suya. en casa de Gabriel. mientras él estaba.

—Era sólo una idea. Hasta donde yo sé, la ropa debe de estar limpia.

—Lo sé. Y. gracias por la oferta, estoy bien. Ahora, si me dices lo

que quieres comer, veré qué puedo hacer. ¿Un sándwich? ¿Algo de fruta?

—Una tortilla, creo. Y tostadas. También café, no. té. Con azúcar.

—Espera un momento. Voy a buscar la libreta para apuntarlo.

Gabriel sonrió. Siempre le había gustado el seco sentido del humor de Rose, incluso a pesar de que había desaparecido las últimas semanas.

—Piensa que es una buena obra que haces por un hombre enfermo.

—Sólo si tú piensas que te estás aprovechando de la bondad natural de una secretaria — Rose salió de la habitación.

Como la mayoría de las casas de Londres, no era una mansión y encontró la cocina con facilidad. Era el paraíso del soltero. Encimeras de granito negro, nevera cromada de dos puertas con dispensador de hielo, una cafetera que hacía necesario graduarse en electrónica para manejarla. Nada parecía haber sido usado nunca.

Consiguió encontrar la tostadora. Estaba brillante. Casi le pareció un crimen utilizarla para algo tan mundano como preparar algo de comer.

Media hora después volvía al estudio y lo encontraba reclinado en el sofá. La bata negra dejaba ver más parte del musculoso pecho y Rose se aclaró la garganta de modo ostensible para darle tiempo a vestirse, lo que no hizo. Simplemente se sentó, apoyándose en el brazo del sofá.

—Huele delicioso. ¿Dónde has encontrado la bandeja?

Rose levantó las cejas con gesto de pregunta aunque no le extrañó que no estuviera informado del contenido de su cocina.

—Metida en una ranura entre dos de los armarios. Nadie habría dicho que se hubiera usado antes. Bueno, como el resto de la cocina —colocó la bandeja en el regazo de él y desvió la mirada lo mejor que pudo para no ver más su excitante bronceada piel.

—No soy muy buen cocinero — dijo Gabriel mirando a la comida con evidente entusiasmo —. De hecho — hizo una pausa para mirarla — la última vez que comí algo casero fue en Italia hace tres meses cuando fui a pasar una semana.

—No puedes comer fuera siempre, Gabriel — Rose estaba conmocionada sólo de pensarlo —. Es poco práctico aunque no te

importe el dinero.

—¿Por qué es poco práctico?

—Porque… porque lo es. Además no es saludable. Haces el esfuerzo de cocinar?

—Sí. Sí, lo hago. Me gusta cocinar. Lo encuentro muy relajante.

—A lo mejor podrías venir y cocinar para mí de ahora en adelante —vio la expresión en el rostro de ella y rectificó — . Es una broma, Rose. No hace falta que busquemos un frasco de sales por si te desmayas ante la idea.

—No cocino comida exquisita — dijo tratando de rebajar un poco la tensión. Un Gabriel acorralado era un Gabriel peligroso, sobre todo desde que las líneas de demarcación entre los dos se habían vuelto tan difusas —. No creo que sea la clase de comida que a ti te gusta.

—Ésta me gusta.

—Basta ya, Gabriel, sabes a qué me refiero.

—¿Sabes que eres la única mujer a la que he permitido que me hablara de ese modo? Además de a mi madre y, por supuesto, a mi hermana que considera que tiene entre sus obligaciones meterme en casa — Rose sonrió ante la idea de alguien intentando mantener a Gabriel en casa. Volvió a su posición de seguridad detrás del escritorio —. ¿Qué te hace pensar que sabes la clase de comida que me gusta?

¿Era su imaginación o Gabriel estaba alargando el desayuno a propósito? Normalmente trabajaba a toda máquina, no era típico de él hacerla ir hasta allí sólo para charlar.

—No lo sé — dijo Rose encogiéndose de hombros y mirándose el rosa de las uñas que se había pintado el día anterior. Antes no solía pintarse las uñas, pero había empezado porque le hacía sentirse más femenina.

—¿Cómo te va la búsqueda del curso? ¿Ya está todo resuelto? — Gabriel había cambiado de táctica el ver que llevar la conversación a temas personales no funcionaba.

Por qué estaba embarcado en aquella ridícula charada estaba más allá de su propio entendimiento. Estaba en plena forma y, a pesar de que no había sido capaz de controlar su deseo de llevarla a su propio territorio, también ella lo había visto a él. ¿Por qué? ¿Por qué se le comía la curiosidad? Había pensado que era curiosidad

sexual, pero era evidente que no si consideraba que había inventado una excusa de lo más tonta para hacer que ella fuera a su casa por jugar y nada más. Un día de diario. Cuando debería haber estado reunido. Bueno, tampoco todo iba ser trabajo, se merecía un descanso y ¿desde cuándo no había llenado su imaginación una mujer?

—Oh, sí, creo que sí — se puso colorada y se concentró en la uñas.

—¿Crees que sí? ¿No deberías haberte matriculado ya?

—Sí. Sí, ya lo he hecho.

Gabriel entornó los ojos al notar su rostro de desconcierto. Podía notar el disimulo a kilómetros y se preguntó qué estaría ocultando. Algo tan aburrido como un curso de negocios no era como para tener ese aire de misterio. Durante unos segundos jugó con la idea de que su eficiente secretaria no se había matriculado en ningún curso de negocios. A lo mejor se había apuntado a uno de baile y por eso la culpabilidad se le notaba en la cara.

—¿Y?

—Empieza a primeros de octubre, pero necesito un día libre para la iniciación en septiembre. Ya te diré cuándo.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué?

—¿Todos los detalles que vas a darme?

—No hay nada más que contar. Si estás interesado puedo traerte el folleto.

Gabriel la miraba de un modo que hacía que a Rose se le encogiera el estómago.

—¿Nos metemos con el trabajo?

Preparaba para afrontar un aluvión de preguntas que estaría obliga a eludir, Rose se sintió desconcertada por el cambio de tema, pero se subió al carro agradecida y después de media hora su pulso se acercaba a lo normal, lo mismo que su voz.

Él había permanecido en el sillón sin que pareciera afectarle la incongruencia que suponía dirigir el trabajo con sólo una bata. Ella había estado en el enorme escritorio escribiendo en el ordenador y tomando notas en el cuaderno que luego transcribiría en la oficina.

Rose miró el reloj una vez. La siguiente vez que lo miró era la hora de comer. ¡Habían estado trabajando duro durante tres horas!

—Podemos dar la jornada por concluida —Gabriel la miró mientras ella flexionaba los dedos e intentaba estirarse —. Acércate.

—¿Perdón?

—Acércate.

Rose obediente, recogió todo y lo sujetó con clips de modo que pudiera llevárselo bien ordenado a la oficina.

—Siéntate — dijo Gabriel recogiendo las piernas y dejando un sitio a su lado en el sofá — . Y no te preocupes, no muerdo… — había algo suavemente excitante en su muy femenina duda.

Era un cambio frente a las mujeres que sexualmente eran tan agresivas como los hombres y no necesitaban ninguna invitación para acercarse.

—No quiero contagiarme.

—No te contagiarás de nada —qué verdad, pensó cáustico — . Simplemente voy a darte un masaje en los hombros para relajar la tensión. Venga. Siéntate, soy un masajista muy bueno.

Rosa jadeó. Tenía los nudillos blancos de tanto apretar los papeles. ¿Era en serio? ¿Darle un masaje? No había nada simple en la propuesta. Dio un paso para atrás. Pensó que a lo mejor estaba exagerando. La expresión divertida que veía en el rostro de Gabriel podía ser señal de ello, pero de ningún modo le iba a poner un dedo encima. Dio un par de pasos atrás más y, por supuesto, fue en ese momento cuando sucedió. La ley de Murphy, pensó mientras intentaba con todas su fuerzas mantenerse en pie después de tropezarse con el único reposapiés que había, el mismo que él había utilizado para dejar encima la bandeja del desayuno, el mismo que tenía que estar detrás de su tobillo izquierdo. El lugar preciso para que ella cayera al suelo de la forma menos digna, rodeada de los ordenados papeles y con la tenue falda de verano en un peligroso desarreglo. Rose se apresuró a intentar levantarse, la cara al rojo vivo y dándose cuenta con retraso que, para estar enfermo, Gabriel había saltado del sofá con una agilidad digna de mención y estaba ya, horror, inclinado sobre ella con expresión de preocupación y la bata abierta permitiendo que ella pudiera ver los calzoncillos.

¿Podían las cosas ir peor?

Rose se irguió y se estiró la falda mientras Gabriel la recogía ignorando sus gritos de consternación. Ahí estaba la falda, subiéndose, sin hacer el único trabajo que tenía que hacer.

Exponiendo mucho más muslo del que Rose tenía tiempo de esconder. Y los brazos de él eran como acero, sujetando su cabeza contra el pecho, desnudo porque la bata estaba tan desarreglada como lo estaba ella.

Todo el mortificante episodio no podía haber durado más de cinco segundos, pero a Rose le pareció una eternidad. Todo parecía estar ocurriendo a cámara lenta hasta que la dejó en el sofá, momento en que todo volvió a la velocidad normal excepto que ella no podía ponerse de pie porque Gabriel estaba arrodillado delante.

—¿Qué haces?

—Moverte el pie. Ha sido una mala caída. Tenemos que asegurarnos de que no te has hecho daño.

—Estoy bien.

—Si no hubieras huido como un conejillo asustado, no te habrías caído.

Rose quería aplastarle la cabeza con el objeto contundente más cercano.

—Si tú no hubieras…

—No hubiera ¿qué?

—¿Te importa devolverme mi pie? —le había quitado el zapato y le masajeaba el pie —. No le pasa nada. ¡Está todo bien!

—No hubiera ¿qué? — dijo Gabriel mientras se incorporaba ligeramente lo que era mucho más peligroso porque estaba al nivel de sus ojos y mucho más cerca de lo que le hacía sentirse cómoda.

Sería tan fácil deslizar la mano por debajo de la bata de seda. Cuatro años de fantasías pasaron por su cabeza como un maremoto y Rose cerró los ojos un instante.

—Bueno.

Rose abrió los ojos para ver que estaba incluso más cerca de ella. Y divertido. Y allí estaba ella, luchando desesperadamente para tratar de neutralizar el efecto que le provocaba. Cuatro años dominando una atracción mortal por un hombre que en ese momento había decidido que podía ser divertido flirtear con ella.

—Si no hubieras flirteado conmigo — dijo Rose con frialdad —. Si no hubieras olvidado que eso es algo completamente inapropiado. Esperaba más de ti.

—Flirteando. —inclinó la cabeza a un lado como si estuviera descubriendo un nuevo concepto —. Tienes razón. A lo mejor

flirtear no ha sido buena idea. A lo mejor. — su voz era de terciopelo y estaba llena de sensualidad— .debería haber hecho esto.

Durante tres segundos permaneció inmóvil. La boca de él tocó la suya con suave curiosidad, después con una urgencia que hizo que se pegara a ella respondiendo en la misma medida. Y le llevó diez segundos volver a la realidad.

—¡No! — Rose lo empujó con tal fuerza que lo echó para atrás dándole tiempo a incorporarse y poner algo de distancia entre ambos —. ¿Cómo te atreves?

Gabriel se levantó. No estaba enfadado. Y eso daba todavía más miedo.

—Haré como que nunca ha ocurrido —dijo Rose entre dientes —, pero si vuelve a suceder, me iré. ¿Me has oído? — no podía soportar mirar el zapato en el suelo, pero lo hizo, deslizó el pie dentro de él y se agachó a recogerlos papeles.

El silencio de Gabriel era incómodo. Sabía que la estaba mirando y eso hacía que se le erizara el pelo de la nuca. ¿Lo vería? ¿Notaría cómo deseaban sus pechos que los acariciaran? ¿O cómo la humedad se extendía entre sus piernas anhelando ser dulce rocío para sus manos? Rose quería morirse. Deseaba quedarse agachada recogiendo cosas del suelo para siempre, pero terminó y tuvo que incorporarse y lanzarle la mirada más fría que era capaz de poner.

—De acuerdo —Gabriel la miró — . Muy bien. Haré como que nunca ha ocurrido y tú harás como que nunca has querido que…

Capitulo 5

El proceso de selección no estaba marchando según lo planeado. Al menos según el plan que Rose tenía en su cabeza que, básicamente, era encontrar a alguien rápidamente y formarlo aún más rápido, preferiblemente antes de que empezara el curso para poder así volver a entregar la carta de dimisión y esa vez con la conciencia tranquila.

La causa era que Gabriel la estaba volviendo loca. No había mencionado nunca el beso, pero ella había pasado la anterior semana en estado de profunda ansiedad. Gran error porque así era doblemente consciente de la presencia de él. En cuanto Gabriel estaba a menos de un metro de ella, sus nervios se ponían en tensión por si había el más mínimo contacto físico accidental.

Y había habido unos cuantos, más de los habituales. Algún ligero roce de sus dedos en el brazo cuando se asomaba por encima del hombro para leer algo, brevísimos contactos cuando ella le tendía una taza de té o cuando él se sentaba a su lado para poder ver el informe en que estaban trabajando. Tenía sus sensores en estado de máxima alerta.

Su cuerpo no le permitía hacer como que no pasaba nada. Él se acercaba y ella se sentía mareada. Él la tocaba accidentalmente y ella inmediatamente sentía una oleada de excitación. Su reto de una semana antes de que haría como que no había pasado nada si ella hacía como que no lo había querido, había demostrado ser vergonzosamente cierto.

Además estaba la creciente desesperación por encontrar al suplente adecuado.

Y Gabriel no estaba cooperando en absoluto.

—Si esa mujer tiene posibilidades de ser tu sustituta —había

dicho él serio — , entonces tengo que asegurarme bien. No estamos hablando de alguien que va a estar por aquí unas semanas, alguien temporal. Necesito exactamente la clase de mujer con la que pueda trabajar bien un largo período de tiempo…

—Un hombre — señaló Rose, pero Gabriel le había dedicado una mirada que venía a decir que lo del hombre ideal ni siquiera lo contemplaba.

Habían pasado los tres últimos días revisando solicitudes y exprimiendo a las candidatas cada vez que Gabriel tenía un momento libre.

Dos mujeres que parecían ajustarse al perfil, habían sido rechazadas en el último momento por Gabriel con la excusa falsa que no se veía a sí mismo teniendo una relación laboral libre de problemas con ninguna de ellas.

—Pero si serán dos días a la semana — había dicho Rose poco convencida ya que en su cabeza tenía la idea de una sustitución a tiempo completo.

—¿De verdad? — había preguntado él y ella se había limitado a sonreír.

En ese momento, a la cinco y media, acababan de ver a la última de la cada vez más larga lista y Rose sabía que tampoco esa entrevista tendría éxito.

Odiaba ese momento, cuando tenía que cruzar la enorme zona de recepción y esforzarse por esquivar ansiosas preguntas sobre si la entrevista había ido bien o no. Esa tarde, sin embargo, no había ido tan mal. Elaine Forbes, la número trece de la lista estaba destinada a demostrar la verdad de la superstición porque su escasa cualificación había hecho más fácil de lo habitual rechazarla.

Cinco minutos más con Gabriel y estaría fuera de la oficina lista para disfrutar del fin de semana. Volvió al despacho y se lo encontró sentado en la silla de ella con los pies en la mesa y las manos cruzadas detrás de la cabeza.

—Bueno —dijo él jugueteando con un boli—, ¿qué te parece la señorita Forbes?

—Creo que podemos tacharla de la lista —dijo Rose mientras recogía sus cosas para irse.

Podía sentir sus ojos siguiéndola y se odió a sí misma por la reacción de su cuerpo. También odiaba que él invadiera su espacio.

—¿Qué te hace decir eso? — preguntó Gabriel con voz de sorpresa.

—Oh, no lo sé, Gabriel. Supongo que tendrá algo que ver con el sorprendente fracaso a la hora de resolver la sencilla prueba que le hice para ver cómo estaba de familiarizada con nuestras aplicaciones informáticas. O a lo mejor su falta de velocidad a la hora de tomar notas mientras yo hablaba — Rose conocía a Gabriel lo suficientemente bien para saber que decía las cosas una vez y esperaba que fueran comprendidas inmediatamente.

—Era realmente atractiva, ¿lo has notado?

Rose se ruborizó. Sí, lo había notado, hubiera sido difícil no hacerlo. Ciento setenta centímetros de curvas vestidas con una falda que parecía un pañuelo y un top que apenas le llegaba a la cintura. Un largo pelo rubio y unos enormes ojos verdes.

—No estoy segura de que eso tenga algo que ver — dijo descolgando la chaqueta de la percha y echándosela sobre los hombros —. Su curriculum no tenía mucho que rascar — terminó irritada por la sonrisa que veía en la comisura de los labios de Gabriel.

—Lo que no significa que no fuera capaz de ponerse al día. Con tal de que su actitud sea la adecuada…

—Y qué. —Rose estaba a punto de estallar — , ¿valoraras su adecuada actitud?

—La habilidad para trabajar en perfecta armonía conmigo. Es decir, que haga lo que quiero sin protestar.

Rose entornó los ojos y estaba a punto de preguntar si tenía algún problema con ella sólo porque había expresado un par de quejas después de cuatro años cuando se dio cuenta de que estaba de broma.

—Ja, ja.

—Admito que puede no tener el nivel de preparación para hacer frente al trabajo —concedió Gabriel—, a pesar de sus otros muy apreciables atractivos.

Rose se estaba cansado de que le tomara el pelo.

—Me voy, Gabriel.

—No tan rápido.

—Bueno, no hay mucho más que decir en el asunto de la señorita Forbes. Me alegro de que estemos de acuerdo en que la

persona que ocupe el puesto tiene que tener algo más que largas piernas, pelo largo y pechos.

—No pensaba en prolongar la conversación sobre la encantadora señorita Forbes. Iba a decirte que hay algunos correos electrónicos de los que quería ocuparme hoy. La selección hace que todo esté retrasado. Así que… tienes que quedarte una hora o así hasta que hayamos terminado el trabajo — Gabriel levantó los brazos como para protegerse de un ataque físico — . Y sí, sé que probablemente supere tu jornada laboral, pero quiero recordarte lo generosamente que se te paga.

—No tengo ningún problema en trabajar una o dos horas extras, Gabriel — y él lo sabía — . ¡Ya lo sabes! Sólo tengo problema cuando me pides que trabaje a horas ridículas. Si voy a estudiar, necesitaré todo mi tiempo.

Gabriel se estaba empezando a preguntar cómo era posible que nunca se hubiera dado cuenta de ese lado retador de la personalidad de su perfecta secretaria. ¿Cómo podía haber pensado alguna vez que era tranquilizadora? Era tan tranquilizadora como un tiburón en busca de sangre. Afortunadamente era capaz de enfrentarse a cualquier clase de tiburón y disfrutar en la pelea. También le gustaba haber conseguido traspasar la superficie y haber notado que debajo de ese cuidado frío exterior, ella le respondía. Como hombre. Estaba completamente seguro de que ella no había conseguido relegar ese beso al fondo de su mente y eso le gustaba porque él tampoco había sido capaz de olvidarlo. Sólo recordar sus fríos labios, recordar ese instante, ese breve momento cuando ella había abierto la boca y devuelto el beso con un fuego que tenía que sufrir para poder ocultar, era suficiente para que tuviera una erección.

Para Gabriel era una sensación tan novedosa que podía mantenerlo despierto toda la noche. Sospechaba que pensar en él podía mantenerla también despierta a ella. La deseaba y estaba seguro de que ella lo deseaba. Tenía el tiempo a su favor. Tiempo suficiente.

—Por supuesto que lo sé, pero todavía tenemos trabajo que hacer y me alegro de que no tengas ningún problema — se estiró y se frotó la parte trasera del

cuello — . Ahora, si quieres pasar a mi despacho, podemos

empezar a descargar los archivos que tenemos que mirar y te doy mi palabra de que no pasaremos de la hora.

«No tan rápido», le hubiera gustado gritar a Rose mientras él se marchaba a su despacho.

—Me temo que hay un pequeño problema esta tarde — dijo ella incómoda siguiéndolo hasta la puerta de su despacho con las manos en los bolsillos de la chaqueta.

Gabriel, que estaba inclinado encima de su mesa encendiendo su ordenador, la miró con el ceño fruncido.

—Creía que ya habíamos resuelto eso — dijo él.

—No me has entendido. No puedo quedarme hoy porque estoy ocupada…

—¿Ocupada?

Parecía realmente conmocionado y Rose sabía por qué. Porque en cuatro años raramente se había negado a sus exigencias de quedarse después de la hora. Había puesto su trabajo por encima de todo lo demás, eso le satisfacía y alimentaba su oculta adicción a él. Gabriel debía de haber llegado a la conclusión de que ella no tenía vida social, nada que le distrajera de su esclava dedicación a él.

—Estoy ocupada — repitió con un ligero asentimiento —. Me puedo quedar el lunes.

—No podemos esperar al lunes —dijo Gabriel irritado — . Las cosas a este nivel no pueden esperar indefinidamente, Rose. Los negocios no tienen tiempo libre para que nosotros podamos descansar.

Se encontraba ante el Gabriel sarcástico en estado puro. Era a lo que recurría para protegerse cuando estaba realmente disgustado.

—Bueno, Gabriel, me temo que no hay nada que yo pueda hacer. Si quieres, puedo ver si Emily está libre y no le importa quedarse hoy hasta tarde.

—Tengo una idea mejor, ¿por qué no cancelas lo que sea que tienes que hacer? Si vas a salir con amigas, diles que os invito a todas a salir donde queráis una tarde de la semana que viene sin importar el precio. Llámalo compensación si quieres.

—No voy a salir con mis amigas — dijo Rose como de pasada y sintiendo que él casi levantaba las orejas.

—¿No?

—No.

—¿Entonces qué es tan importante que no puedes cancelarlo?

—En realidad, Gabriel, no es de tu incumbencia —pero podía hacer que lo fuera, lo sabía y no sabía por qué se estaba empeñando en resistirse.

—Creo que merezco una excusa decente…

—Tengo una cita, si quieres saberlo. Para ir al teatro, a ver *Los Miserables.* Hace mucho que quiero ir a verla, las entradas están reservadas y ya voy muy justa de tiempo. Después Joe y yo iremos a tomar algo. Así que no hay posibilidad de que me quede hasta tarde.

—¿El teatro? ¿Joe? ¿Quién demonios es Joe? ¿Tomar algo?

—Tengo que irme o llegaré tarde.

—¿Quién es ese Joe?

—Que pases un buen fin de semana. ¡Nos vemos el lunes! —después salió volando. No ostensiblemente, pero si lo bastante rápido como para poner freno al chaparrón de preguntas de Gabriel.

Sólo respiró aliviada cuando se encontró en el taxi camino del teatro. Y sólo se encontró realmente tranquila cuando el taxi la dejó en la puerta y se encontró con Joe esperándola.

Era la primera cita y Rose se debatía entre la anticipación y la preocupación. Después de todo, no lo conocía muy bien. Se habían encontrado un par de semanas antes y de pura casualidad. Rose había ido a ver una de las universidades de la lista y se había perdido. Afortunadamente, Joe la había ayudado y había sido tan amable que había terminado por confesarle su absoluto desconocimiento del sistema universitario, sin contar la confusión que sentía al sentirse rodeada por tantos estudiantes llevando portátiles, escuchando sus iPods y, en general, haciendo que se sintiera extraña. Rose le había contado todo eso a Joe tomando un café al que le invitó él en la cafetería de la facultad.

Finalmente había conseguido encontrar el departamento que buscaba, pero el curso no era lo que ella quería. Así que la universidad no valía, pero había conocido, a Joe.

Habían intercambiado los números de teléfono y a partir de aquel peculiar encuentro había florecido una amistad telefónica. No estaba segura de lo que saldría de aquella amistad, pero estaba dispuesta a seguir el camino llevara adonde llevara.

Y la tarde fue un éxito. La obra resultó buena y, mientras

cenaban, hablaron de miles de cosas. ¡Incluso le habló de Gabriel! No sobre sus ridículos sentimientos hacia él, claro, sino sobre sus molestas e impredecibles formas. De hecho, tuvo que pararse para no resultar aburrida. Después hablaron de Joe y de lo que hacía.

Antes de que se diera cuenta era medianoche y Joe estaba buscando un taxi para ella.

—Supongo que éste es el momento en que te pregunto si quieres sufrir mi compañía otro día — dijo él dándole un beso en la mejilla.

Un final perfecto para la velada, pensó Rose. Sin presión por el sexo, sin apresurar las cosas. Además era inteligente. Rubio, ojos azules que le brillaban al sonreír… Y sonreía mucho.

—Creo que podría soportarlo —Rose no pudo evitar sonreír—. Lo he pasado muy bien.

—Además tenemos que comentar en qué curso te matriculas finalmente.

—¡Oh, ésa es la conversación más fascinante del mundo!

—Totalmente fascinante. No olvides que soy profesor. Me gusta saber en qué estáis interesados los estudiantes —volvió a sonreír y le abrió la puerta del taxi — . Así que no hay ninguna duda, tenemos que salir otro día. Te llamaré el lunes a primera hora. ¿Ese ogro de jefe te deja usar la línea del trabajo para recibir llamadas personales o tengo que llamarte al móvil?

—Al móvil — dijo Rose a toda prisa.

—¿Te ata a la máquina de escribir y te obliga a mecanografiar mil veces: «Nunca desobedeceré las normas de la empresa»?

—No, Gabriel es muy amable — era bueno para ella airear sus lamentos, pero se ponía nerviosa por las críticas de Joe — . De hecho, hay una ratio muy baja entre trabajadores y negocio, una de las más bajas de la City. Podría.

—Sólo era un chiste, Rose —interrumpió amablemente Joe — . Ahora, debes irte, Cenicienta, antes de que el taxi se marche sin ti. Te llamo mañana.

Y lo hizo. Entre sus muchas cualidades estaba la seriedad, algo que Joe sabía que todas las mujeres apreciaban. Si decía que llamaría, llamaba. Era un hombre decente. No de los que cazan a una mujer, ni le hacen regalos caros, ni dado a gestos extravagantes o desmesurados. Tampoco era un hombre que hiciera que su piel se erizara cuando estaba cerca.

Pero había alegría en su paso cuando fue a trabajar el lunes por la mañana. Joe no la había llamado, pero le había enviado un par de correos, haciendo que riera con sus historias exageradas con las que prometió aburrirle la siguiente vez que se vieran.

Llegó a la oficina y se encontró allí a Gabriel que, a juzgar por las mangas enrolladas y la corbata quitada, debía de llevara allí un buen rato. Y no parecía de muy buen humor.

Rose decidió que no iba a permitir que eso le bajara el ánimo. Fue hacia su despacho después de haber preparado su café y cuando él levantó la cabeza respondió a la sonrisa de Rose frunciendo el ceño.

—Me alegra ver que al menos una ha pasado un buen fin de semana.

—Buenos días, Gabriel — se sentó donde siempre frente a la mesa de él, con el cuaderno en el regazo lista para empezar el día — . Te he traído el café. ¿Hay algo urgente para lo que te haga falta o me pongo con los correos del viernes? No olvides que tenemos otras dos damas que ver esta tarde. He tenido las entrevistas preliminares con las dos y prometen.

—Cancélalo.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque los trabajos de construcción de una de nuestras instalaciones en el Caribe se están retrasando porque no llega un equipo de vital importancia, así que vamos a tener que tratar de resolver todo esto antes de que acabe la semana, mejor antes de que acabe el día.

—¿Por qué tanta urgencia? — Rose sabía de qué instalaciones se trataba.

Habían dado problemas desde el primer día, la isla era muy pequeña y de difícil acceso. Llevar en barco los materiales de la primera fase había sido una pesadilla. Poco a poco la estructura del hotel había ido tomando forma, pero Gabriel estaba pensando en convertirlo en una villa de sólo catorce habitaciones que se alquilaría a empresas o a personas excepcionalmente ricas que quisieran apartarse del mundanal ruido.

—Hay rumores de que se aproxima un huracán. El Eileen se cierne sobre Florida, pero existe la posibilidad de que se desvíe y eso sería fatal para el proyecto. No tiene aún bastantes ladrillos

como para soportar un grado cuatro.

—Veré qué podemos hacer… —Rose en su interior pensó que no había nada que hacer.

El concepto de urgencia era distinto en Londres que allí. La isla no tenía prácticamente infraestructuras, sólo tenía algunas tiendas, una escuela y transporte para entrar o salir.

—Bien. Mientras tanto arréglalo para que pueda volar allí. Me iré hoy si no hay nada para mañana.

—¿Irte? —Rose lo miró atónita — . ¿Vas a viajar a una isla que está en alerta por huracán? ¿Dónde te vas a quedar cuando llegues? Ya has estado allí, Gabriel, y los dos hemos visto fotografías del sitio. No hay ningún hotel.

—Siempre podré acampar en la playa — se levantó y empezó a pasear por el despacho sumido en sus pensamientos.

Mientras paseaba, Rose trató de imaginarse a Gabriel en medio de un huracán a merced de los elementos. Llegar a la isla era complicado, había que pasar por dos aeropuertos y luego tomar un barco. ¿Qué pasaba si el huracán llegaba mientras estaba en el barco? Volvió de su pesadilla y se dio cuenta de que estaba parado en frente de ella. Antes de que pudiera hacer nada, estaba inclinado sobre ella mirándola furioso.

—¡Despierta, Rose!

—Lo siento… —levantó la barbilla y se sintió aliviada porque él no pudiera leer los pensamientos.

—Estás en el trabajo, Rose, así que deja los asuntos amorosos en el dormitorio.

De pronto se dio cuenta de a lo que se refería y abrió la boca para protestar, pero inmediatamente lo pensó mejor. Se habían mezclado demasiado sus vidas personal y profesional últimamente, así que era hora de redefinir los límites.

—Bien — estuvo de acuerdo ella.

—Cancela mi agenda de toda la semana. No tengo idea de estar fuera más de un par de días, pero el tiempo es impredecible.

—Es un plan ridículo, Gabriel.

—Gracias por tu opinión. Eso es todo por el momento —parecía que su perfecta secretaria se había pasado toda la noche haciendo apasionadamente el amor con un hombre al que apenas conocía. No lo había negado y la conocía lo bastante para saber que si no fuera

cierta la acusación, se habría defendido vigorosamente. A pesar del cambio en su aspecto, su sentido de la moralidad estaba muy arraigado — . ¿Qué tal el teatro el viernes? —se escuchó a sí mismo decir—. ¿Te divertiste?

—¿Qué?

—El teatro. el viernes. Ibas a ver *Los Miserables.*

—Ah, es verdad. Sí, claro. Estupendo. Gracias — Rose se preguntó en qué momento había cambiado el tema de conversación y pensó que era el modo que tenía Gabriel de desviar su atención del enorme problema que tenía.

—Joe fue una magnífica compañía — dijo más para recordarse a sí misma que era más normal pensar en ese hombre que no en el que tenía delante.

«¿Qué significa eso?», pensó Gabriel. El simple hecho de estárselo preguntando ya le daba rabia por su propia debilidad. Nunca había pensado que no había quien entendiera a las mujeres, al contrario, las mujeres con las que había salido a cenar y se había acostado habían sido tan transparentes como el cristal. Pero Rose era diferente. Lo mismo se ajustaba perfectamente a lo que pensaba de ella, que desmentía todas sus creencias sobre ella. Había pasado de capaz, controlada, reservada, inofensiva pero ligeramente fría secretaria a atractiva, con nueva imagen, repentinamente ambiciosa y con un corazón de fuego, para luego convertirse en una vampiresa que se acostaba tranquilamente con un hombre a quien a penas conoce.

—¿Es la forma femenina de referirse al perfecto caballero? — preguntó Gabriel burlón.

—¿En el lenguaje de Gabriel Gessi, ser un perfecto caballero es un crimen? — respondió Rose con otra pregunta.

—Un crimen no…sólo un poco… aburrido…

—Joe es cualquier cosa menos aburrido, de hecho.

—No hace falta que te pongas a la defensiva, Rose. ¡Te creo! No podría imaginarte saliendo con alguien tan soso como un plato de agua. De hecho, no podría imaginarme a alguien aburrido que sepa cómo manejarte.

—No necesito que me manejen.

—Bueno, no eres muy sumisa que digamos.

—No pienso seguir discutiendo de esto — respiró un par de

veces. Hasta hacía poco había sido bastante sumisa, al menos en el trabajo —. No tengo ganas de discutir sobre Joe.

—Eres tú la que ha sacado el tema — dijo Gabriel encogiéndose de hombros. Los caballeros no solían llevarse a las mujeres a la cama en la primera cita. Así que, fuera lo que fuera lo que había pasado en la primera cita, seguramente no sería un vigoroso revolcón en el heno. Sólo pensar eso le hizo estar de mejor humor — , pero tienes razón, hay cosas más importantes de las que hablar. Cuando hayas resuelto lo de los vuelos y el transporte, házmelo saber inmediatamente. Y necesito reunirme como una hora con la gente de finanzas para informarles de lo que necesito que se hagan cargo en mi ausencia.

Su atención ya estaba lejos de la cita de ella. Típico, primero opinaba sin que nadie le preguntara y después cambiaba de tema.

—Sigo sin saber qué piensas hacer allí si llega el huracán —dijo Rose poniéndose de pie—. Puedes bromear con lo de acampar en la playa, pero la situación no tiene nada de graciosa, Gabriel — tenía el corazón en un puño —. La gente muere en situaciones como ésa, es una estupidez hacerte el valiente y pensar que tú puedes manejarla.

—Alguien tiene que hacerlo — dijo Gabriel serio — y no va a ser el capataz. Es mi negocio, mi responsabilidad.

—Eso es tan asquerosamente típico de ti, Gabriel —Rose finalmente explotó — . ¡Te crees que puedes manejarlo todo! ¡Que eres invencible, pero no lo

eres! —las lágrimas pugnaban por brotar de sus ojos, pero ella no lo iba a permitir —. ¡No es un signo de fuerza no reconocer nunca la debilidad!

—¿Estás preocupada por mí?

—¡Por supuesto que estoy preocupada por ti! — y por si la respuesta había sido demasiado dramática, añadió — . ¡Cualquiera lo estaría!

—No hay ninguna necesidad — dijo Gabriel amable. Se moría por ir hasta donde estaba ella y abrazarla. Por una vez no le agobiaba que una mujer se preocupara de él— . El edificio puede no estar terminado, pero la estructura es bastante fuerte. Ha llevado mucho tiempo, pero se ha construido a prueba de huracanes, aunque la isla no esté en su recorrido habitual. Tendré un sólido

tejado sobre mi cabeza, sólo un ala está expuesta e incluso ésa aguantará. Supongo que durante el huracán no habrá ni agua ni electricidad, pero estaré bien — sonrió —. ¿No desea todo el mundo estar en plena naturaleza? Ahora tengo mi gran oportunidad.

Rose miró aquel rostro diabólicamente bello y suspiró. Creía lo que decía de que la estructura era sólida, pero, incluso si no lo era, sabía que seguramente hubiera ido a la isla de todos modos.

—Por supuesto, si estás tan preocupada —ronroneó suavemente —, siempre podrías venir conmigo. Una buena oportunidad para que veas cuánto hay que hacer sobre el terreno y no a través del correo electrónico y los informes…

Capítulo 6

Cuanto más pensaba en ello, más le gustaba la idea de que Rose lo acompañara a la isla. Estaba absolutamente convencido de que con huracán o sin él, nada malo podía pasarles y la idea de estar con ella le parecía de lo más apetecible.

—Podremos hacer algunas averiguaciones sobre las causas que han hecho de esto una ruina desde hace meses —señaló Gabriel—. Y si estás conmigo podré trabajar el doble de rápido. Cuatro días y tendremos el asunto controlado.

Rose lo miró como si hubiera perdido la razón.

—¿Esperas que trabaje mientras ruge un huracán?

—No sabemos si el huracán va a llegar a la isla.

—Pero el informe meteorológico dice que es bastante probable.

—Los informes meteorológicos se equivocan con mucha frecuencia. De hecho, en cualquier otro trabajo, alguien que se equivocara tanto haciendo informes, estaría despedido — Rose abrió la boca para protestar, pero Gabriel ya estaba cambiando de tema hablando de sus planes en voz alta —. Por supuesto, me doy cuenta de que con ese curso en perspectiva y el brillante futuro de una nueva carrera, no se te puede pedir la dedicación al trabajo que supone salir de viaje fuera del país…

—Sabes que nunca le dedico al trabajo menos del ciento uno por cien.

—Excepto cuando hay que hacerlo a una hora inconveniente.

—No habrá nadie en la isla —señaló Rose dubitativa. Sabía mucho del proyecto por los informes, pero solo sabía de los aspectos prácticos del edificio, poco más ¿Con quién has pensado hablar sobre lo que está pasando allí si no hay nadie?

—¡Por supuesto que habrá gente allí! ¿Te crees que la gente

tiene una segunda casa a la que marcharse cuando viene un huracán?

Rose se ruborizó y lo fulminó con la mirada.

—Voy a reservar los billetes.

—Reserva dos.

—Me temo que no voy a poder hacerlo, Gabriel.

—Es por ese hombre, ¿verdad? Afecta a tu trabajo aunque sólo lleva en escena dos minutos.

—¡Claro que no! — en el fondo de su mente sabía que no tenía por qué defender su postura, pero el silencio de Gabriel, acompañado de un gesto de sus cejas fue suficiente para poner en marcha su mecanismo de defensa — . Joe ni siquiera soñaría con decirme cómo debo manejar mi vida laboral.

—No, lo olvidé. Es el perfecto caballero —Gabriel sonrió al recibir como respuesta un ceño fruncido.

—No puedo ir contigo porque…

—Sería terriblemente útil.

—Porque —Rose ignoró la interrupción— .hay demasiado que hacer aquí, sobre todo si tengo que dedicar tiempo a las entrevistas. —las inútiles entrevistas, quiso añadir.

—Soy el jefe. Te estoy liberando de eso los próximos cuatro días. Hay mucho que ganar si me acompañas.

—Puedes llevarte a Ralph. Seguramente alguien de la junta sería más útil que yo — en ese punto había virtualmente tirado por la borda el argumento de cómo iban a hacer el trabajo si iban a tener que apuntalar el edificio con sacos terreros o lo que fuera. Difícil mandar correos electrónicos en medio de una galerna.

—No creo que Ralph estuviera muy impresionado por la idea de ser mi secretario allí. Además, dudo de que sea tan bueno mecanografiando como tú. Rose. nunca has tenido problemas para acompañarme de viaje antes.

—No hemos ido a una isla en medio del mar golpeada por un huracán.

—Lo que nos vuelve a llevar a los excesivamente pesimistas informes meteorológicos. Mira, reserva los dos billetes y si decides venir, te estaré muy agradecido.

Gabriel volvió a dirigir su atención a lo que fuera que tenía en su ordenador y Rose, entendiendo la indirecta, salió del despacho y

cerró la puerta tras ella. De acuerdo, reservaría los dos vuelos. Le había dado permiso para cambiar de opinión. El gasto inútil sería una minucia para él.

Reservó todo para la mañana siguiente. Miró por internet y vio que la probabilidad de que el huracán golpeara de lleno la isla era muy remota. Seguramente podrían hacer un gran trabajo.

Se detuvo a pensar el modo tan fácil en que había asumido la idea de acompañarlo.

No quería ir, pero él tenía razón. Nunca se había quejado antes por tener que ir con él a reuniones y haber pasado la noche en el mismo hotel. Si empezaba a quejarse y no iba, Gabriel empezaría a maquinar y llegaría a la conclusión de que se había vuelto una tonta que permitía que su vida privada influyera en su vida profesional o, peor, pensaría que le daba miedo estar con él.

En el más recóndito rincón de su mente empezó a tomar forma otra idea. La posibilidad de que si el tiempo empeoraba y Gabriel acababa metido en un problema, ella querría estar a su lado.

Dónde quedaba Joe, perfecto caballero y paradigma de lo que cualquier madre querría para su hija, era una cuestión que abordaría más tarde.

Cuatro días no era mucho tiempo, incluso podía ser menos, dependiendo de las circunstancias. Era lo que se decía a sí misma a la mañana siguiente mientras lanzaba su ropa al interior de una maleta. Ninguno de los dos llevaría equipaje que tuviera que facturarse demasiados cambios de avión y demasiadas posibilidades de que se perdiera. Gabriel además llevaría su ordenador aunque cuándo podrían conectarse a una línea de teléfono era algo que nadie sabía. Por si acaso Rose había metido en su equipaje cuadernos y bolis. Las herramientas más simples eran siempre las mejores cuando las cosas se ponían difíciles.

El trabajo les mantuvo ocupados la mayor parte del vuelo hasta una de las islas grandes. Rose leyó los informes a un ritmo furioso. Juntos discutieron sobre qué era lo mejor que podían hacer para reforzar la parte del edificio sin terminar en caso de que el tiempo empeorara. Cuando no trabajaban, Rose fingía dormir. El final del viaje se les pasó entre la confusión de cambiar de aviones y finalmente subirse a un barco en el que el patrón les repitió constantemente que estaban locos emprendiendo un viaje sabiendo

que el tiempo iba a cambiar. Los huracanes raramente afectaban a esa zona y el hombre parecía extrañamente ilusionado con la posibilidad de que llegara uno.

Cuando llegaron a su destino, Rose estaba muerta. Había empezado el día antes de las cinco y había comido muy poco.

El atardecer combinado con las pocas luces que había en la calle, hacían difícil tener una idea del entorno. Tampoco le importaba porque todo lo que Rose quería hacer en la parte trasera del taxi prehistórico que saltaba de bache en bache por una carretera de un solo carril, era dormir.

¿Cómo se las arreglaba Gabriel para mantenerse durante tanto tiempo sin siquiera señales de fatiga? Ni siquiera parecía desarreglado. A lo mejor era porque había elegido la ropa cuidadosamente.

Le estaba diciendo algo en ese momento y como respuesta Rose sólo puso bostezar.

—No es la clase de respuesta que suelo provocar en las mujeres — murmuró mientras ella volvía a bostezar y él se daba palmaditas en el hombro, una irresistible invitación a que se apoyara en él. Lo que haría, decidió ella. Sólo un minuto, o dos, hasta que se acostumbrara al calor pegajoso.

Se despertó por la sensación de que el coche se detenía y abrió los ojos.

Horror, se le había caído la baba. Había una mancha de humedad en el hombro y cuando sus ojos se encontraron, Gabriel le dedicó una sonrisa.

—No te preocupes. Es algo humano.

Rose hizo como que no entendía.

—¿Qué?

—Incluso encuentro enternecedor, inocente, que apoyes la cabeza en mi hombro y se te caiga la baba.

La sensación de vergüenza acompañó a Rose fuera del coche, pero cuando vio la obra que tenía delante de ella, todo lo que tenía en la cabeza se olvidó. Estaba ante algo tan ambicioso e impresionante, incluso a medio terminar, que dio un grito ahogado de asombro.

—¿Te gusta? — preguntó Gabriel justo detrás de ella.

—Le queda bastante — dijo de modo prosaico.

—Cobarde. ¿Por qué no admites que te encanta? Es una aventura arquitectónica.

—¿Quién lo ha diseñado?

—Yo.

—¿Tú?

—No hace falta que parezcas tan conmocionada — Gabriel la llevó tomándola por el codo —. No eres la única que tiene secretos.

Rose estaba demasiado impresionada como para ponerse a discutir con él.

El glorioso y opulento hotel original con su desordenada red de construcciones a la última, se había transformado en lo que parecían ser tres construcciones relativamente juntas y comunicadas entre sí. Cada una tenía su propio torreón y alrededor un ancho jardín, todavía en sus primeras fases, pero Gabriel le contó que estarían rodeados de una cerca de maderas nobles.

La tierra que en principio iba a destinarse a las parcelas, la iba a ocupar un campo de golf de nueve hoyos.

De momento la brisa del mar era suave, aunque el conductor del taxi les había dicho que la gente que podía había empezado a abandonar la isla y quienes no podían habían empezado a cubrir las ventanas con tablas y a prepararse para lo peor acumulando comida enlatada y botellas de agua.

Rose trató de calcular cómo sería de resistente la estructura. Parecía muy sólida y estaba casi terminada, pero como no tenía ni idea de cómo se habían hecho los cimientos, no podía estar segura.

—Cualquier cosa que pueda moverse, se ha guardado por seguridad —dijo Gabriel adivinando su preocupación—. Si viene lo peor de lo peor, no habrá bancos volando ni planchas de madera por los aires.

—El cielo está tan azul… es difícil de creer que un huracán esté en camino.

—Lo sé, pero aquí el tiempo puede cambiar en cuestión de minutos. ¿No es así, Junior?

Junior, el conductor, tendría unos diecisiete años. Unos diecisiete años muy vivaces y eruditos. Entraron en el edificio acompañados por un largo monólogo informativo sobre los patrones meteorológicos del Caribe.

Rose fue la primera en pararse y mirar. La fachada ya era

impresionante, pero dentro había volado una fértil imaginación. Había esperado un edificio de ladrillo y cemento sin acabar, a lo mejor algún detalle para hacerlo un poco distinto de lo corriente. No era así. Baldosas blancas y negras eran el telón de fondo de una dramática decoración a base de agua que ocupaba una esquina del recibidor. Las habitaciones de la planta baja, explicaba Gabriel a una Rose sin palabras, se dedicarían a cocina, restaurante y otras necesidades domésticas, incluyendo un spa. En la planta de arriba estaban algunas de las habitaciones y salones que podían ser usados por los huéspedes a cualquier hora. La sensación sería la de estar como en casa pero lejos de casa.

—No conozco a nadie que tenga una casa como ésta —murmuró Rose fijándose en los detalles de la carpintería y el arte con que se había diseñado el sitio —. ¿Lo has pensado tú solo?

—Soy un arquitecto frustrado — dijo Gabriel sin darle importancia, pero cuando Rose lo miró vio que estaba sonriendo —. Deja las bolsas, Junior, vete a casa y empieza a almacenar latas de carne —sonrió a Junior que empezó a protestar—. Tenemos comida. Tenemos bebida. Estaremos bien. Puedes volver cuando haya pasado lo peor.

Rose no prestaba mucha atención a la conversación mientras se adentraba en la villa y notaba que estaba mucho más avanzada de lo que ella pensaba. Al menos allí todo estaba terminado. El recibidor de baldosas daba paso a espléndidos suelos de madera, en las ventanas había preciosas contraventanas de estilo colonial, estaban pintados paredes y techo. Todo lo que parecía faltar era el agua de la fuente que decoraba el rincón del recibidor.

—No tenía ni idea de que el sitio estuviera completamente operativo — dijo Rose en tono de acusación —. ¿Dónde está Júnior?

—Se ha ido a cuidar de su familia.

Lo que les dejaba completamente solos. Con la urgencia del viaje y el ajetreo de los preparativos Rose no se había detenido a pensar cómo sería la situación cuando llegaran a su destino. Había dado por sentado, en su ingenuidad, que el hotel sería inhabitable y se meterían en cualquier otro que hubiera disponible Pero la villa era habitable. Durante unos segundos se sintió mareada.

—Debería haberse quedado. De hecho, podría haber traído a su mujer y sus tres hijas para que se hicieran cargo de nosotros, pero

eso no hubiera estado bien ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Montones de habitaciones vacías y sólo ellos dos. Compartiendo la comida. Esperando la inminente tormenta. ¿Qué pasaba si fallaba la corriente como casi seguro ocurriría? Rose tuvo una visión de ellos dos metidos en una habitación oscura con sólo el otro como compañía. No era la situación ideal para mantener una segura charla sobre asuntos de trabajo.

—Será mejor que vayamos a ver cómo está la cocina y después organizaremos todo lo necesario para dormir.

Fuera, Rose podía escuchar el sonido de las olas y los ruiditos que hacían los animales nocturnos. Le recordó a Australia, lo que fue algo deprimente puesto que no debería haber estado allí con Gabriel porque iba a haber dejado el trabajo en busca de mejores horizontes.

Gabriel echó a andar a grandes zancadas y Rose lo siguió hastiada. Se sentía agotada y tenía calor, pero tendría que esperar para ducharse. Una ducha y un largo descanso era lo que necesitaba para recargar las baterías y poder afrontar el día siguiente.

Atravesaron varias habitaciones prácticamente terminadas.

—Creía que quedaba mucho por hacer, que tenías que venir por si el huracán dañaba la estructura.

Habían llegado a la cocina, equipada de un modo básico. Un refrigerador, evidentemente utilizado por los obreros mientras trabajaban en la villa y algunos otros utensilios de cocina, todos usados. No había horno, pero si algo provisional donde hacer comidas muy sencillas.

—Todo esto desaparecerá —dijo Gabriel dirigiéndose al refrigerador, abriéndolo y alegrándose de ver algo de comida: queso, huevos, mantequilla.

Sabía que habría más en lo armarios porque había hablado con el capataz en cuanto había decidido partir hacia la isla y le había dado instrucciones. Por supuesto, en ese momento no sabía que Rose iría con él.

Gabriel seguía sorprendido de que ella estuviera allí, aunque sabía por qué. A pesar de su exigencia de que se respetara el horario, Rose era una perfeccionista devota de su trabajo. Era su forma de ser y la admiraba por ello. Cualquier cosa que hiciera la

haría con todo el corazón. Había apelado a su talón de Aquiles. A diferencia de la mayoría de las mujeres, en realidad de todas las mujeres que conocía, el que un huracán pudiera pasar por encima de sus cabezas, no le había echado para atrás.

Y tenía un aspecto impresionante si se consideraba que llevaban todo el día viajando de todos los modos posibles. El pelo que había empezado suelto, estaba recogido en una coleta en proceso de soltarse lo que le daba un aspecto muy sexy. No podía llevar maquillaje porque su rostro tenía el mismo aspecto de limpio que cuando habían salido. Estaba algo desconcertada y seguramente hambrienta.

—¿Qué quieres? —Rose le dedicó una mirada de enfado y tuvo ganas de responderle que no le importaba —. Tienes hambre.

—No, estoy bien.

—No te hagas la mártir, Rose. No hay nada más molesto.

—Oh, claro. He recorrido medio mundo porque pensaba que me necesitabas para que te ayudara y de pronto soy una mártir y te pongo de los nervios.

—Voy a hacerte algo de comer y tú vas a decir gracias dulcemente y dejarás de estar a la defensiva.

Bueno, pensó Rose mientras veía a Gabriel saca latas y paquetes de los armarios. Era lo justo. Ella había cocinado para él una vez y él podía devolverle el favor, sobre todo considerando que la había manipulado para llevarla hasta allí.

Gabriel la miró por encima del hombro y Rose volvió a preguntarse cómo podía tener ese fantástico aspecto después de horas de viaje. Llevaba unos pantalones de lino de color indeterminado y, aunque estaban arrugados, parecían arrugados con gusto. La camisa oscura tenía el mismo elegante desaliño. Era irritante. Sobre todo cuando ella se sentía hecha un asco.

—Estos aparatos provisionales…

—Creía que estabas construyendo un hotel aquí, Gabriel. No tenía ni idea de que habías cambiado.

—Sigue siendo un hotel. O algo así. Un hotel a una escala más personal de lo que estaba pensado al principio.

—No hay nada de esto en el ordenador.

—Seguramente no has visto todo el papeleo. Este lugar ya no está bajo el paraguas de la compañía. Ahora es mi hijo.

—¿Tu hijo?

—Por supuesto seguirá siendo una opción rentable, pero ésa no será su función principal.

—¿Me has traído hasta aquí por un proyecto que no tiene que ver con el trabajo?

—Tú decidiste venir.

Para ser alguien cuya cocina estaba llena de los últimos artilugios de alta tecnología, parecía muy diestro en hacer las cosas con lo más básico. Estaba preparando algo que olía realmente bien a pesar de ser resultado de algunas latas y un paquete de pasta.

Rose se dio cuenta de que él había interrumpido lo que estaba haciendo para mirarla y se ruborizó.

—Pensaba que me necesitabas a nivel laboral.

—Así es. Todavía hay mucho que resolver aquí.

—Pero esto no tiene nada que ver con el trabajo.

—¿Por qué eres tan criticona, Rose? No hay ningún avión que salga dentro de poco. La cuestión es que estás aquí trabajando y que preguntarte si deberías estar o no es una completa pérdida de tiempo. Cuando volvamos a Londres, te compensaré económicamente.

—No es por el dinero —dijo Rose testaruda, pero se sintió mezquina y estrecha de miras.

Además tenía curiosidad por conocer el sitio que él había decidido quedarse. Curiosidad e interés por ver un poco más dentro del hombre.

—Oh, por favor — Gabriel se pasó la mano por el pelo desesperado —. ¿Por qué no tratas de asumir alguna responsabilidad aquí? Sabías que los planes habían cambiado. Suponía que habrías leído el informe financiero y visto que el proyecto entero se había transferido desde la compañía a mis bienes privados.

—Yo… —«miré por encima el informe financiero», pensó — . Tienes razón. Estoy aquí. Así que, ¿por qué no me cuentas qué te hizo cambiar de idea sobre. el objeto de este sitio?

Entre otras cosas, Gabriel era propietario de una pequeña cadena de hoteles de élite en lugares poco convencionales. Esa isla era ideal para ese propósito. Fuera de las rutas, ni un turista a la vista, lo bastante pequeña para ser exquisita, pero no tanto que no

hubiera nada que se pudiera hacer. Los turistas, había aprendido Rose después de años de tratar con las reclamaciones, quieren lo singular pero no lo incómodo. Singular era el ventilador en el techo, pero con la opción del aire acondicionado.

—Me involucré en el proyecto, tan simple como eso —acercó dos platos llenos de comida. Pasta, una especie de salsa de tomate con queso, unas rebanadas de pan y mantequilla. Olía delicioso y cuando Rose lo probó reconoció que sabía tan bien como olía.

—Tú te involucras en todos los proyectos —señaló ella — . Está bueno, por cierto.

—Me alegro de que pienses así —dijo Gabriel—. Aprécialo, no suelo cocinar para ninguna mujer.

Rose pensó que eso era evidente. Cocinar iba asociado a lo doméstico y lo doméstico no era algo que le gustara mucho compartir con sus amigas.

—Me estabas contando por qué cambiaste de opinión en este proyecto.

—Empezamos a tener problemas con el diseño hace unos dos meses. Me deshice del arquitecto que lo llevaba y decidí hacerme cargo yo.

—¿Por qué eres un arquitecto cualificado?

—Porque yo… — Gabriel la miró con el tenedor en la mano.

—Porque tú. — la mirada de Rose era de curiosidad.

—Tengo un título de ingeniería —se encogió de hombros — . Y el arte es algo que siempre. me ha gustado. ¿o no es algo muy masculino admitirlo?

—Es un reconocimiento extremadamente masculino — Rose sintió cómo se le secaba la boca cuando sus miradas se encontraron —. ¿No sabes que no hay nada más sexy que un hombre sensible?

—¿Es tu forma de decirme que me encuentras sexy?

—Es mi forma de decir que el arte es algo maravilloso — podía sentir su rostro ardiendo mientras él la miraba — . Y. y sé que te gusta el arte. Lo que no sabía era que te gustaba practicarlo.

—Arte era una de las cosas en las que sacaba sobresaliente junto a las matemáticas, el francés y la física.

—Así que podrías haber sido pintor.

—No —le dedicó una sonrisa torcida — . Carecía de creatividad, pero combinando las matemáticas y después la ingeniería, descubrí

que podía ser un diseñador práctico. Por supuesto no hay sitio para eso en el mundo de los negocios de la corporación, pero sí aquí cuando aparté a Jones del proyecto.

Rose no se había dado cuenta de que había terminado por comer hasta que Gabriel se levantó y se llevó su plato ordenándole que se quedara sentada mientras él fregaba.

—Así que todo esto. ¿es creación tuya?

—La mayor parte. ¿Qué te parece?

—Bueno, supongo que todos necesitamos algo que hacer en nuestro tiempo libre — dijo Rose prosaica —. Háblame de ello.

Rose se olvidó de que tenía calor, estaba cansada y se sentía pegajosa. Gabriel recogió los platos mientras ella se sentaba en la mesa y escuchaba lo que él decía. Para cuando se estaban tomando un café con leche, ella estaba viviendo su sueño. Quería hacer una especie de villa estilo rancho en la que pudiera caber toda su familia extensa.

Quería preguntarle si en su visión estaba incluida su propia familia, sus hijos, pero eso podría llevar las cosas demasiado lejos.

—Mañana será un gran día — dijo Gabriel a modo de conclusión después de que Rose le hubiera bombardeado con toda clase de preguntas — . Si el huracán llega, lo hará en las próximas veinticuatro horas. Deberíamos pensar en dormir

algº.

Rose se sintió agarrotada cuando se levantó.

—Necesitaría lavarme o darme una ducha. ¿Está la fontanería hecha?

—Terminada y loca por funcionar. Como te he dicho, los retrasos han sido desesperantes, pero lo básico está terminado, lo que es una bendición.

Gabriel le había dicho que se llevara una toalla y jabón. También repelente de mosquitos. No había camas, sólo colchones en el suelo que habían llevado especialmente para ellos. Había electricidad, pero le advirtió de que no esperara que funcionara si el huracán llegaba a la isla. Por si acaso, habían llevado velas. Después de todas esas indicaciones, Rose no sabía qué esperar, pero la habitación que le mostró era más que adecuada. Ni un mueble, pero era grande y fresca con un baño anexo. Como en el resto del edificio, excepto la entrada, el suelo era de madera. Las paredes

estaban pintadas y las ventanas francesas que daban al porche, tenían colocadas las contraventanas.

—Cuando esté funcionando —explicó Gabriel—, habrá hamacas en le porche de modo que la gente pueda relajarse sin estar al sol pero sí al aire libre.

—¿Idea tuya?

—Con algo de ayuda de mi hermana que dice necesitar relajarse más que yo debido a los niños — entró al baño y sé lo enseñó —. No hay mosquitera — le dijo apoyándose en la pared— ni aire acondicionado, así que vigila los insectos. Puedes quemar una de esas mechas — señaló con la cabeza en dirección al baño —, pero no son cien por cien efectivas. Mi recomendación es dormir con las ventanas francesas cerradas. Puedes dejar sólo una rendija abierta para que entre el aire y dejar la puerta abierta. No te morirás de calor, por la noche refresca. Me levantaré pronto y te despertaré. Seguramente estarás cansada, pero tenemos que darnos prisa en asegurar las cosas en previsión de lo peor.

—Muy bien.

—¿Estás asustada?

—¿De qué?

—¿De los bichos? ¿De pasar la noche en un lugar extraño? ¿Del huracán?

Rose se encogió de hombros y negó con la cabeza.

Nada daba tanto miedo como lo que sentía en presencia de ese hombre apoyado indolente contra la pared. Nada era más terrorífico que saber que estaban solos en ese lugar.

—Chica valiente —murmuró Gabriel y Rose pensó que había algo de sarcasmo en su voz.

—No a todas las mujeres les gusta hacerse las damiselas cuando hay problemas.

—La mayor parte no tienen por qué —dijo Gabriel—. Normalmente alucinan con los insectos y los truenos… Bueno… —se separó de la pared y pasó a su lado — … buenas noches. Si necesitas algo ya sabes dónde estoy, en la habitación contigua.

—Gracias.

Cerraría la puerta por si él decidía ir a ver si todo estaba bien. Sospechaba que se sentía culpable por arrastrarla hasta allí con falsedades. A lo mejor la culpa hacía de él un caballero.

Cerró la puerta y después cerró también la puerta del baño, aunque la ducha fue rápida y fría. La fontanería podía estar terminada, pero no había sido una experiencia muy agradable, aunque se sentía limpia y fresca.

Tuvo que dejar la toalla mojada en la ventana del baño para que se secara porque todavía no habían puesto los toalleros y el suelo estaba mojado debido a que no había mampara en la ducha. Pero el colchón era cómodo y por la ventana abierta entraba un sonido sedante.

Rose se durmió rápidamente. Cuando se despertó, repentinamente, con la sensación de que algo no iba bien, le llevó unos segundos orientarse y reconocer lo que había alrededor y entonces se dio cuenta exactamente de qué era lo que no iba bien.

Capítulo 7

Lo que despertó a Rose fue el silencio. Los sonidos de la noche, se dio cuenta transcurridos unos segundos, habían cesado. Por vivir en Londres estaba acostumbrada a un cierto nivel de ruido y su ausencia le resultaba espeluznante. Se levantó. Se sentía realmente bien considerando que había dormido en un colchón en el suelo. Fue hasta la ventana y la abrió. El silencio era ensordecedor, lo mismo que la falta total de movimiento. Nada de brisa, nada. Rose sintió un escalofrío y se preguntó qué hacer. ¿Despertaba a Gabriel? No sabía nada de huracanes. ¿Sería aquello normal en el trópico? Todo tipo de sonidos entre las seis y media y las doce y luego, miró el reloj, un poco después de las tres, completo silencio.

Sin pensarlo, Rose se puso uno de los dos vaqueros que había llevado para el viaje y se dejó puesta la camiseta con la que estaba durmiendo. Le pareció urgente decírselo a Gabriel, despertarlo, incluso aunque su respuesta fuera una carcajada y la mandara de vuelta a la cama.

La puerta de él estaba entreabierta y Rose la empujó y se abrió mostrando a Gabriel tumbado en el colchón, dormido. Ésa podría ser la única oportunidad que tuviera de mirarlo desprevenido y no pudo resistir la tentación. Se olvidó del temor que la había llevado hasta allí y se acercó de puntillas. Despierto era fascinante, pero dormido no lo era menos. Una sábana lo tapaba pero, seguramente debido al calor, se había destapado y mostraba una pierna y la mayor parte de la mitad superior de su cuerpo. Rose se mordió los labios incapaz de romper el hechizo que producía en ella mirar ese cuerpo perfecto. Parecía muy moreno sobre las sábanas blancas. El pecho era ancho y musculoso. Tragó y desvió la mirada, pero lo único que consiguió fue fijarla en la pierna, también musculosa.

Decidió que no tenía sentido despertarlo. Volvería a su habitación y el miedo se iría pasando. Estaba dándose la vuelta para marcharse, cuando él dijo algo.

—¿Has terminado de mirar o te vas a quedar un ratito más?

Rose casi se cayó de espaldas por el susto.

—Yo… creía que estabas dormido — se las arregló para decir.

—Lo estaba. Hasta que has entrado. ¿Qué pasa? —dijo incorporándose, lo que era un desastre porque suponía que una mayor parte de su cuerpo estuviera expuesta a la vista.

—Ya. ya sé que te va a parecer una estupidez, pero. No se oye nada y me he puesto un poco nerviosa.

—¿A qué te refieres con no se oye nada?

—Fuera. Ni un ruido. Es fantasmal — dijo Rose con una risa nerviosa — . Ya sé que me vas a decir que me vaya a la cama, pero.

—Lo que voy a decirte es que mires para otro lado si no quieres ver más de lo que esperas… —Gabriel tiró de la sábana un segundo antes de que ella pudiera apartar la vista. Fue tiempo suficiente para que se diera cuenta de que no llevaba los calzoncillos que esperaba. No llevaba nada. Dio un pequeño grito y se apartó justo cuando el se levantaba del colchón.

Sabía que le estaba diciendo algo sobre los huracanes y la forma en que evolucionaban, pero en su cabeza todo lo que tenía era que a menos de dos metros estaba su jefe buscando unos pantalones mientras ella permanecía de espaldas a él tratando de no imaginarse lo que vería si se daba la vuelta.

—… así que tenemos que salir y revisar todo —escuchó Rose que acababa — . Por supuesto, puedes quedarte ahí quieta, pero dos pares de manos y ojos lo harán mucho mejor que uno.

—¿Qué decías? — dijo volviendo a la realidad.

—Creo que está bastante claro — Gabriel se detuvo para mirarla mientras se ponía una camiseta.

Seguía teniendo la misma placentera sensación que cuando ella lo miraba. Era increíblemente excitante. Y cómo lo había mirado, con los ojos abiertos de par en par, tan femenina, después de las pullas con que le había obsequiado antes de acostarse y a las que ella había respondido que no le gustaba hacerse la damisela. Pensó en recordárselo, pero le pareció tentar demasiado la suerte.

Además tenían que revisar todo lo que él había pensado hacer

con luz diurna. Aun así no podía dejar de mirarla y apreciar, por holgada que fuera la camiseta, que no llevaba sujetador.

—La calma que precede a la tormenta. —dijo dirigiéndose a la puerta mientras ella lo seguía cada vez más asustada al verlo preocupado.

Gabriel no era un hombre que se pusiera nervioso fácilmente, pero en ese momento se movía a toda prisa, encendiendo todas las luces del edificio, advirtiendo que la electricidad era un lujo que podía no durar mucho.

—Rodearemos el edificio los dos juntos —dijo, deteniéndose una vez que salieron al exterior para mirar a su alrededor como para intentar valorar la gravedad de la situación—. No debería haber nada que arreglar, pero nunca se sabe.

Rose sintió un escalofrío y se acercó un poco más a él.

Sin el efecto refrescante de la brisa, hacía sensación de bochorno. Estaba muy oscuro. Las luces de dentro de la casa iluminaban un pequeño tramo del camino justo delante de la puerta, fuera de allí todo era negro como la tinta. Rose nunca había visto algo así. Estaba acostumbrada a una cierta cantidad de contaminación lumínica.

—Va a pasar, ¿verdad?

—No tienes que susurrar —Gabriel llevaba dos linternas, Rose no tenía ni idea de en qué momento las había agarrado.

Empezaron a darle la vuelta a la villa iluminando las paredes con las linternas. Descubrieron, para satisfacción de Gabriel, que todo estaba bien.

—Bien, ahora dentro — habían inspeccionado todo lo de fuera en menos de cuarenta minutos — . No hay línea de teléfono todavía, así que no puedo mirar en internet cómo evoluciona el tiempo, pero vamos a llenar algunos cubos con agua y a taparlos. Pueden venir bien para lavarse por la mañana. También podemos ir encendiendo algunas lámparas de aceite y velas, pero no velas donde pueda haber peligro de incendio. ¿Crees que te las podrás arreglar?

Rose se preguntó qué haría él si respondía que no.

—¡Claro que sí! — aseguró rápidamente.

—Muy bien.

No habían llegado a la puerta principal, cuando la espeluznante

tranquilidad se rompió dramáticamente por el destello de un relámpago que rasgó el cielo y estuvo acompañado casi de inmediato por un fortísimo trueno. Y entonces, un inquietante ruido que aumentaba de volumen según corrían hacia la casa esquivando los montones de escombros que había por todas partes.

—¡Lluvia! — gritó Gabriel justo en el momento que empezaba un furioso chaparrón acompañado por el aullido del viento.

Rose nunca había visto nada igual. En menos de treinta segundo estaba completamente calada. Al mirar a su izquierda pudo ver las palmeras inclinadas como si alguien estuviera tirando de ellas para tumbarlas en el suelo. Tenía que luchar para que el viento no la arrastrara.

Cerraron de un portazo la puerta en cuanto estuvieron dentro del edificio. Gabriel se puso a buscar las lámparas de aceite. Era evidente que había dado instrucciones detalladas al encargado. A Rose no la sorprendió. Había considerado todas las posibilidades.

—Supongo que estarás incómoda con la ropa mojada, pero vamos a encender primero las lámparas y luego nos cambiamos.

Incluso aunque su atención estaba centrada en otra cosa, Rose era terriblemente consciente de que tenía la camiseta pegada al cuerpo, mostrando sus pechos sin dejar mucho a la imaginación. Intentó sacudirla para mejorar la situación, pero no consiguió nada y no podía escabullirse para cambiarse en medio de una situación de emergencia, así que hizo lo que él había dicho y trató de no bajar la vista en dirección a su empapado cuerpo para no ser consciente de lo bien que se apreciaban los pechos a través del fino algodón.

Desde fuera llegaba el sonido aterrador del fuerte viento batiendo contra las paredes y el sonido distante de objetos que golpeaban, evidentemente cosas que no había visto durante su inspección.

Estaba empezando a sentir frío dentro de la mojada ropa y tenía que hacer un esfuerzo para que no le castañetearan los dientes.

En un golpe de buena suerte, estaban encendiendo la última de las cuatro lámparas, cuando se cortó la electricidad.

—Bueno — dijo Gabriel agarrando dos de las lamparas de aceite —, al menos tenemos esta luz y hay velas en las habitaciones, aunque de momento vale así, ¿no?

No, pensó.

—Sí, bien, soy un hacha en situaciones como ésta — a pesar de la oscuridad, pudo ver la sonrisa de Gabriel.

—Cuando todo lo demás falla, el sentido del humor es todo lo que necesita una persona para seguir adelante. ¡Mantenlo!

—Lo intentaré, pero nunca he sido buena como mascota.

Habían vuelto a la habitación. La de ella.

—Tendrás que cambiarte de ropa y despúes dormiremos los dos en una habitación por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si acaso el tiempo empeora de verdad. Un huracán fuerte puede arrancar el tejado de un edificio. Mejor prevenir que curar, si la situación se deteriora, no quiero tener que venir a buscarte.

Rose asintió rápidamente. No quería estar sola precisamente en ese momento.

—Estaré contigo en un minuto. En cuanto me haya cambiado.

Así lo hizo. Rápidamente. Se puso los otros vaqueros y una camiseta con el sujetador debajo. Dejó extendida la ropa húmeda, pero no pensó que se secara muy deprisa.

El viento conseguía entrar por todo tipo de grietas y diminutos agujeros provocando un ruido increíble. Casi esperaba que consiguiese tumbar las paredes y se los llevara volando, aun así se sentía segura mientras llamaba a la puerta de la habitación de Gabriel y entraba para encontrárselo con unos pantalones cortos y una camiseta.

—¿Estarás cómoda durmiendo con esa ropa?

—Estaré bien. ¿Traemos mi colchón?

—Dame un minuto.

Un minuto y estaba de vuelta con el colchón.

En ese momento, de pronto, la reconfortante presencia de otro cuerpo cerca de ella mientras el mundo fuera parecía haberse vuelto loco, no le pareció tan buena idea.

—Pareces asustada —dijo Gabriel—. No te preocupes el edificio no se nos caerá encima. He supervisado todo desde los cimientos hasta donde llegan los muros. Sé algo de estructuras y lo que las hace sólidas.

Rose se sintió aliviada de que hubiera malinterpretado su preocupación. También aliviaba que la única luz que había en la

habitación era la de las dos lámparas de aceite, las otras dos las habían puesto al mínimo y las habían colocado en el baño.

—¿Quieres comer algo? — preguntó él interrumpiendo sus pensamientos. Ella negó con la cabeza.

—De acuerdo, en ese caso, definitivamente necesitas beber algo. Espera aquí.

Antes de que tuviera tiempo de decir algo, había desaparecido. Estaba exhausta, pero la anticipación de dormir cerca de él era una fuerza mucho más poderosa y que prometía mantenerla toda la noche con los ojos abiertos. No solía beber, pero estaba segura de que no había un momento mejor para una copa, o dos.

Era ron moreno con soda. Los obreros tenían prohibido beber en las instalaciones, le dijo él, pero dudaba de que respetaran la norma cuando dormían allí la mayor parte de las noches. Había traído la botella de ron junto a seis botellines de soda y dos vasos.

Estaba bueno. Rose se bebió el primero deprisa sintiendo el agradable efecto casi de inmediato. Los nervios empezaban a desaparecer. De hecho, después del segundo, se sentó en el colchón con las piernas cruzadas, mirando hacia él y charlando sobre la experiencia de estar atrapados en medio de un huracán. La mayor parte de la charla corría de parte de Gabriel y ella estaba más que feliz de escucharlo. El rugido del viento y el diluvio que golpeaba las paredes eran más fáciles de soportar después del alcohol.

Rose bostezó.

—¿Sueño?

—Sí, de repente.

—No conseguirás dormir con esos vaqueros, lo sabes, y si lo consigues, inmediatamente te despertarás por el calor — manipuló la base de la lámpara de aceite y la bajó tanto que se quedaron casi a oscuras. Gabriel se metió debajo de las sábanas y ella se sintió más segura— en cuanto te des cuenta de que tienes calor, serás consciente de que no estás lo bastante holgada como para respirar bien y mañana te pasarás la mañana sintiéndote fatal porque no has dormido nada en toda la noche —bostezó y se dio la vuelta dándole la espalda para que pudiera sopesar, de un modo bastante desenfocado, sus palabras de advertencia.

Rose esperó un tiempo, pensándolo. Sí, los vaqueros resultaban muy ceñidos, ya que lo había mencionado. También resultaba

ridículo dormir completamente vestida. Era algo psicológico, claro, pero una vez que se le había metido en la cabeza que estaba incómoda, no podía quitarse de la cabeza que no iba a dormir nada a no ser que se quitara los malditos pantalones.

Así que lo hizo, tan discretamente como pudo. Y, ya que estaba, también se quitó el sujetador. Las dos cosas las dejó con mucho cuidado al lado del colchón muy a mano por si tenía que volvérselas a poner.

Gabriel estaba ya dormido. Podía notarlo por lo rítmicamente que subían y bajaban sus hombros. A ella también se le cerraban los párpados.

El alcohol estaba haciendo en ella un efecto anestésico. Casi podía sentir cómo iba cayendo en el sueño hasta que estuvo completamente dormida. La paz duró una hora y media. Entonces sintió necesidad de ir al baño, algo que había olvidado cuando se había tomado tranquilamente el ron con soda para relajarse.

El viento seguía aullando. Rose se sentía tentada de ir hasta la ventana para intentar ver lo que estaba pasando fuera, pero eso podía despertar a Gabriel, algo que quería evitar a toda costa.

Así que decidió ir al servicio sólo con la débil luz de la lámpara de aceite. De pronto vio que encima de la puerta había algo del tamaño de un plato pequeño, y estaba vivo. No se movía pero estaba vivo. Y era peludo. El sonido de la tormenta no era nada comparado con el latido de su corazón. ¿Podrían las arañas oler el miedo?, se preguntó.

Se lavó las manos. Luego, y ni ella misma sabía cómo, pasó de puntillas por la puerta con un ojo en la araña y otra en el suelo, la dejó abierta y se lanzó al colchón chocando con Gabriel, quien se despertó en estado de alerta.

—¿Qué demonios pasa?

—¡Hay una tarántula en el baño! —hablaron los dos a la vez, pero la voz de Rose superó en varios cientos de decibelios a la de Gabriel —. ¡Levántate! —exigió histérica — . ¡Tienes que matarla! ¡Ahora!

—¿Quieres decir antes de que ella nos mate a nosotros?

—No es gracioso, Gabriel —Rose estaba a punto de echarse a llorar — . Tengo… tengo pánico a las arañas —se la imaginaba saliendo del baño y cruzando el suelo de madera hasta su colchón y

se ponía a sudar de los nervios.

—De acuerdo. Espera aquí —se levantó, miró alrededor buscando algo, finalmente eligió uno de los vasos y desapareció dentro del baño tomando la precaución de cerrar la puerta tras él.

En su ausencia, Rose se envolvió todo lo que pudo en la sábana de su cama tratando de no pensar en pequeñas y salvajes criaturas descubriendo un camino hasta ella.

¿Dónde estaba la tranquila y práctica secretaria?, se gritaba a sí misma. Casi no podía mirar a Gabriel cuando salió del baño con una sonrisa en lo labios. Realmente no podía ver la sonrisa, pero sabía que estaba allí por la forma de andar.

—¿Dónde está? —preguntó Rose en voz baja — . Lo siento, no estoy ayudando mucho, ¿verdad?

Gabriel se tumbó y se giró hacia el lado de ella.

—La he tirado por la ventana. Tenía más miedo de mí que yo de ella — le quitó un mechón de la cara y ella no se puso tensa como ocurría normalmente —. Ya sé que no te gusta ser la damisela en apuros, pero no hay necesidad de disculparse por tener miedo de una araña. No eres una excepción. La mayor parte de la gente tiene miedo de las arañas.

—Excepto tú.

—Yo no tengo miedo de nada.

Eso hizo que ella sonriera, pero sólo un segundo, después sorbió y dijo tranquila:

—Pero no estoy aquí para eso. Para ser un estorbo del que hay que ocuparse: asustada por las arañas, por los rayos y los truenos… No estoy funcionando muy bien hasta ahora, lo siento.

—A lo mejor tienes nostalgia del hogar — Gabriel nunca se había sentido tan atraído por una mujer en toda su vida, si se acercaba a ella un centímetro más, explotaría — . A lo mejor echas de menos a como se llame. ¿Cuál es su nombre? ¿Me lo has dicho? Oh, sí. Joe. A lo mejor echas de menos a Joe. El amor puede provocar extrañas reacciones en las mujeres.

Rose se envolvió en una especie de capullo de seguridad para tranquilizarse. Con la galerna golpeando contra los cristales y la lluvia sonando como si lo que cayeran fueran piedras, la mención de Joe le hizo volver a la realidad. Joe, de quien se había olvidado por completo. Joe, tan agradable y apropiado y que se suponía que

iba a ser la forma de olvidar al inapropiado Gabriel. Se apartó consciente de pronto de lo comprometedor de su postura.

—Puede ser. Sí, supongo que sí.

No era la respuesta que Gabriel esperaba. No cuando estaba en el proceso de darse libertad para querer a esa mujer por alguna razón más allá de su entendimiento.

—¿Qué significa eso? — se descubrió a sí mismo preguntando.

—Creo que esta conversación no es apropiada.

—Nada de lo que pasa aquí y ahora es apropiado, ¿no lo has notado? Estamos a medio mundo de casa. Nos está golpeando un huracán. Estamos compartiendo un colchón en el suelo. Estoy casi desnudo y tú también…

—Yo… yo.

—¿Sí? —preguntó Gabriel suavemente—. Tú. ¿qué? ¿Quieres mostrar tu desacuerdo con algo de lo que he dicho?

—Creo que no deberíamos estar hablando de esto — Rose escuchó el pánico en su propia voz.

—¿Por qué? Podríamos hablar de trabajo, pero de algún modo. No creo que las circunstancias sean las adecuadas para ello.

—Podríamos dormir. Mañana va a ser un día largo. Hay mucho que hacer.

—Estaba durmiendo hasta que saltaste sobre mí.

—Con razón.

—Pero ahora estoy totalmente despierto lo mismo que tú. Así que podemos comentar ese repentino amor que crees haber descubierto. Tengo curiosidad por saber cómo ha ocurrido tan deprisa.

—¡Y yo tengo curiosidad por saber por qué tienes curiosidad! — la desesperación estaba empezando a vencer al pánico, pero la opción de volver a su cuarto no se contemplaba después del episodio con la araña.

—Porque no es típico de ti — dijo Gabriel—. Y algo que no es habitual, puede ser un error.

—Tú crees que me conoces, pero no es así — murmuró Rose convencida de que no sabía lo que sentía por él.

—¿Quieres decir que siempre te has lanzado a la cama con hombres a los que has conocido sólo un par de horas antes?

—¡Yo no me he lanzado a la cama con nadie! — objetó Rose e

inmediatamente se arrepintió al verlo sonreír.

—Eso es más de mi Rose — Gabriel se enorgullecía de conocer a las mujeres.

Rose podía ser más inteligente y divertida que las mujeres con las que siempre había salido, pero seguía siendo una mujer. Y una mujer que le gustaba.

Cada vez más. Y compartir un colchón con ella no era algo que ayudara a combatir esa atracción.

Todos sus instintos más primitivos se estaban despertando. Nunca había sentido algo así antes. Necesitaba tenerla allí, en ese momento. Acostumbrado a mantener el control, la sensación se ser arrastrado a una montaña rusa manejada por el deseo, era extrañamente erótica.

—¿Porque soy aburrida? — preguntó Rose.

—Ni mucho menos.

—No me he acostado con Joe porque todavía nos estamos conociendo — se preguntaba cómo se ajustaba esa situación con su objetivo de conocer a otro hombre.

Y, sin importar los sentimientos, cómo la reprimida excitación que sentía por estar acostada al lado de Gabriel se adecuaba a sus proyectos de sacarlo de su vida. ¿Cómo iba a progresar cualquier relación con otro hombre si su cuerpo estaba obsesionado con su jefe?

—No creo en las cosas rápidas — añadió ella —. No si tienen que durar.

—¿Y crees que porque hayas hablado con un hombre un par de veces más eso va a hacer que dure?

—¿Por qué no? —dijo Rose a la defensiva — . Todas las relaciones tienen que empezar en algún momento — susurró y se tumbó boca arriba para fijar la vista en el techo.

Él no le había puesto ni un dedo encima, pero parecía que lo había hecho porque su cuerpo estaba respondiendo por su cuenta a su sola proximidad. Le dolían los pechos y la humedad entre las piernas era un recordatorio constante de cómo se sentía atraída por él. Sabía que estaba respirando aceleradamente, pero no le importaba porque ya había sido una proeza haber conseguido dejar de mirarlo.

—Nunca se ha dicho algo más lleno de verdad — murmuró

Gabriel.

El suave tacto de un dedo de Gabriel en el brazo hizo que Rose se volviera a mirarlo.

—¿Qué… haces? — preguntó con voz ronca.

—Tocarte, ¿te gusta?

—No — dijo casi sin aire.

—Sí, te gusta —la voz de Gabriel era como la seda — . Todas las relaciones tienen que empezar en algún momento. Tienes toda la razón.

—No sé de qué hablas, Gabriel — el ruido de unas contraventanas sueltas por el embate del viento, apoyó sus palabras.

Gabriel saltó del colchón y luchó para volverlas a sujetar. Cuando lo consiguió, se volvió hacia ella, los brazos cruzados, y caminó hacia donde se encontraba sentada en el colchón.

—Voy a revisar el resto del edificio —le dijo— para asegurarme de que todo está lo más seguro posible.

—Voy contigo.

—No.

—Pero…

—Si hubiera que asegurar algo, tú no serías capaz. No soy autosuficiente, pero yo tengo más posibilidades de hacer algo que requiera fuerza bruta — además no quería que ella se volviera a poner en el papel de secretaria, quería que se quedara allí, con los ojos abiertos y tumbada cerca de él. Quería.

Pudo sentir cómo respondía su cuerpo cuando pensaba en lo que en realidad quería.

—No será ni media hora. Espera aquí.

Bien, pensó Rose en cuanto él salió de la habitación. Tiempo para pensar. Para ponerse algo de ropa, a lo mejor incluso llevar el colchón de vuelta a su habitación.

Podía tener miedo de las tarántulas, pero lo que más la asustaba era pensar en que a la vuelta, Gabriel la tocara, volviera a hablarle en ese tono.

Gimió ligeramente y tendió la mano en la dirección en que había dejado el sujetador de algodón. Estaba húmedo. Sólo había hablado y había conseguido incendiar su cuerpo. Una sola vez que la tocara y sabía que llegaría a rozar el orgasmo.

Para no seguir insistiendo en el calor de su cuerpo y en su deseo

de que él lo apagara con sus caricias, se puso de pie de un salto y empezó a arrastrar el colchón hacia la puerta. Pesaba mucho. Cuando lo había llevado él, había parecido ligero, pero claro, cómo él había dicho, estaba preparado para hacer trabajo relacionado con la fuerza.

Estaba de espaldas a la puerta y luchando con el colchón para colocarlo en una postura más manejable cuando escuchó su voz detrás de ella.

—¿Qué haces?

Rose parpadeó confusa.

—Creía que tardarías por lo menos media hora — seguía agarrada al colchón y se dio cuenta de que él estaba mojado, probablemente por la lluvia que entraba en alguna de las habitaciones. Le brillaba el pelo negro.

—Todo estaba sujeto. ¿Qué haces?

—Vuelvo a mi habitación — murmuró Rose—. Creo que es lo mejor.

—¿Te importa que pregunte por qué?

Rose soltó el colchón que golpeó en la parte trasera de sus piernas haciendo que se tambaleara. No iba a poder salir de la habitación sin atravesar el cuerpo de Gabriel que estaba en medio de la puerta con los brazos cruzados.

—Porque la situación parece que se está yendo un poco de las manos — Rose intentó emplear su voz de siempre, pero ésta la había abandonado —. No he venido aquí a… para… —vaciló y se aclaró la garganta — . El tiempo está provocando que no nos comportemos normalmente y.

—El tiempo no tiene nada que ver con esto —interrumpió Gabriel—. Y nos estamos comportando con absoluta normalidad.

—No sé qué quieres decir — dijo Rose vagamente.

—No puedes salir corriendo a tu habitación, Rose. No voy a interponerme en tu camino, pero no te equivoques, nos gustamos. No tiene ningún sentido que pretendas que has encontrado al hombre perfecto y te lo has dejado allí. Puede que sea el hombre perfecto, pero no es el hombre perfecto para ti, si no tu cuerpo entero no se estremecería cuando lo toco.

—¿ Cómo te atreves? — dijo Rose con debilidad—. Eso no es cierto.

—¿No? Entonces no te importara que haga una prueba.

«¡Sí, sí, me importa!», pensó Rose frenética, pero cuando abrió la boca, no salió nada. Peor, parpadeó varias veces y, cuando la besó en los labios, sintió como si se le licuaran los huesos. Eso explicaría por qué acabó apoyada en él, agarrada de su cuello con las dos manos y devolviéndole el beso.

Nada la había preparado para aquello. El primer beso había sido una prueba, pero éste era algo real. Le había dicho que ella le gustaba, sólo por si había alguna duda, su beso lo había dejado claro.

La lengua de Gabriel invadió la ansiosa boca de Rose mientras la sujetaba de la cintura atrayéndola contra él para asegurarse de que pudiera comprobar la dureza de su excitación.

Rose gimió y cuando él se separó de ella, reclamó que volviera.

—¿Todavía quieres volver a tu habitación? —murmuró Gabriel —. Porque si es así, dímelo ahora y te llevaré el colchón. Pero si te quedas, entonces. —dejó sin terminar la frase porque Rose sabía exactamente de qué estaba hablando. Si se quedaba no habría vuelta a atrás.

Harían el amor y al infierno con lo que pasara después, al diablo con la realidad que esperaba a la vuelta de la esquina. Gabriel le estaba dando la oportunidad de cambiar de idea.

—¿Qué pasa… manana…? —tenía que hacer la pregunta. No estaba pensando en mañana en sentido literal. Él lo entendió enseguida.

—Para mí, mañana es un puente que cruzar. Pero no ahora. Demasiados planes para mañana hacen que no gocemos del hoy. Pero eso es para mí, para ti. Decídelo ahora, Rose.

Rose lo conocía bien y sabía de qué estaba hablando. Si quitabas toda la decoración de los puentes y todo eso, le estaba diciendo que disfrutara del momento porque no habría nada después. Lo miró a los ojos y después sonrió:

—Siempre podré echarle la culpa al tiempo — dijo antes de acercarse a él y acariciarle la cara con la palma de la mano.

Capítulo 8

Gabriel volvió a poner en su sitio el colchón y después se volvió hacia ella.

—No te quites nada, quiero desnudarte yo. Ha sido mi fantasía desde hace tiempo.

—¿De verdad? — sería en ese momento que, pensó Rose, era sexy y no antes cuando, él, el objeto de sus fantasías desde que pudiera recordar, ni siquiera se había dado cuenta de que existía.

—Oh, sí —murmuró él —. No tienes ni idea de lo eróticas que pueden resultar algunas de tus camisas abotonadas hasta arriba — recorrió con las manos su cintura y después despacio, muy despacio, empezó a tirar hacia arriba de la camiseta saboreando cada minuto de la gradual visión. Primero el vientre, suave y plano, después, casi sin respiración, los pechos, llenos y perfectos con sus grandes pezones rosados que anhelaban entrar en su boca.

Pensó en ella, sentada delante de él en la oficina, con las piernas cruzadas, el cuaderno en las rodillas, el paradigma de la eficiencia. Cuando la comparaba con la imagen de la mujer que tenía delante de él, medio desnuda y gimiendo mientras acariciaba sus pechos con las manos, tuvo que proponerse ir despacio.

La llevó hacia el colchón, pensando en lo que le hubiera gustado hacerle el amor en su enorme cama de Londres. Después reparó en que había un montón de lugares más en los que le gustaría hacerle el amor, no todos factibles, así que un par de colchones en el suelo no era gran cosa.

Aunque la tormenta de fuera le daba algo de interés al ambiente.

Se desnudó mientras ella estaba tumbada en el colchón mirándolo. No había sido nunca la clase de hombre que se vanagloria de su buen aspecto, pero era realmente excitante

representar un strip-tease delante de ella. Rose aún llevaba las bragas, blancas, de algodón A Gabriel le gustaban. Las prefería a otras que tapaban tan poco que no dejaban nada a la imaginación.

Se inclinó suavemente sobre ella. Lo haría todo muy despacio. Saborearía cada minuto de placer. Y empezaría por la boca. Debajo de él, notaba la suavidad de los pechos. Llegaría hasta ellos después. La anticipación era insoportable.

Tenerla tumbada debajo, sentir la erección rozando sus muslos… Rose sabía, sin ninguna duda, que estaba haciendo lo correcto. Al menos de momento. Los años, podía verlo en ese momento, habían hecho que soñara con algo más, más profundo, y mientras que para él era un acto puramente físico, para ella era mucho más. Gimió mientras la boca de él recorría su cuello y llegaba hasta los hombros. Cuando alcanzó los pechos se estremeció y después empezó a jadear mientras chupaba los pezones y los saboreaba como si se tratara de un plato exquisito.

Crecía la tormenta en el interior de ella. Incluso a pesar del salvaje ruido del viento y la lluvia, podía escucharse a sí misma gimiendo mientras la exploraba con la boca.

Gabriel no tenía prisa. Parecía que se iba a quedar para siempre en los pechos. Rose siempre se había sentido cohibida por su cuerpo. Su rostro era normal, algo que podía manejar, pero sus pechos eran demasiado grandes. Adelgazar sólo había empeorado las cosas.

No sentía ningún tipo de vergüenza mientras Gabriel continuaba dedicando su atención a los pechos y cuando alzó la cabeza y le dijo que tenía los pechos más bonitos que había visto nunca, se sintió embriagada por el placer.

—Unos pezones fantásticos —murmuro el mientras se incorporaba para besarla y al mismo tiempo presionaba con su sexo el sensible clítoris haciendo que ella se retorciera de placer — . Podría lamerlos siempre. ¿Te gustaría? — Rose asintió y él le murmuró en la oreja — . Entonces, ¿por qué no me lo dices…?

—Sí. Me gusta. Sabes que me gusta.

—¿Sí?

—Deberías saberlo y por si tienes alguna duda. Me encanta que chupes mis pezones, los acaricies, juegues con ellos con la lengua.

—Bien —Rose sintió la sonrisa de él contra su cuello — . Voy a

explorar un poco más antes de hacer que me vuelvas a hablar así.

Lo hizo. Acarició los pechos, disfrutando de su tamaño en sus manos. Rose había perdido peso, pero mantenía las curvas de su cuerpo. No se le notaban las costillas. Tomó la punta de uno de los pezones entre los dientes, haciendo que ella respondiera inmediatamente con un gemido de placer y después sintió cómo jadeaba mientras recorría los alrededores del ombligo con la lengua.

La agarró firmemente de las caderas y aspiró profundamente su aroma de mujer a través del algodón de las bragas.

Rose lo agarró del pelo y le levantó la cabeza para mirarlo.

—No puedes.

—¿Nunca has.?

—No. yo.

—Te prometo que no haré nada que no te haga disfrutar. —Gabriel se concentró. Estaba tan cerca del límite que tuvo que hacer una pausa de unos segundos.

Nunca antes se había sentido tan fuera de control en la cama. La miró brevemente. Rose tenía la espalda arqueada, la cabeza apoyada y sus pechos subían y bajaban como si hubiera corrido una maratón. ¡Sabía exactamente cómo se sentía ella!

Estaba tan cerca del orgasmo. Sabía que todo lo que tenía que hacer era entrar en ella y los dos llegarían juntos. Pero no iba a hacer eso. Todavía no.

Apartó hacia un lado las braguitas y respiró suavemente en el delicado, aterciopelado pelo. Rose gimió. Cuando deslizó la lengua en el húmedo centro, se retorció entre sus manos y se apretó contra su boca.

Gabriel le quitó del todo la ropa interior y la arrojó al mismo sitio donde había quedado la camiseta. Ya estaban los dos desnudos, piel contra piel. Le separó las piernas y se las apoyó en los hombros y, en medio del ruido del viento y la lluvia, la llevó hasta un lugar donde nunca había estado antes.

La sensación de su lengua invasora desencadenó un éxtasis salvaje en ella. Rose gemía y jadeaba y habría llegado al orgasmo en su boca si él no se hubiera detenido y hubiera entrado en ella.

El clímax no tardó mucho en llegar. Para los dos. Después ella se acurrucó a su lado y suspiró.

—¿Son imaginaciones mías o la tormenta está empezando a

amainar?

—¿Es sólo eso, querida, todo lo que tienes que decir?

Acababa de llamarla querida. ¿Hablaba así a todas las mujeres después de hacer el amor con ellas?

—¿Qué quieres que diga? —bromeó pasándole los brazos por detrás del cuello.

Incluso después de hacer el amor, podía darse cuenta de que él seguía excitado y eso le hacía sentirse muy poderosa.

—Podrías decirme que ha sido un terremoto…

—No… No creo que fuera moralmente aceptable que inflara tu ego más de lo que ya está.

Gabriel rió y la besó en los labios.

—Dime ahora que sigues interesada en como se llame.

Rose se quedo quieta.

—Es por eso que. ¿porque querías demostrar que te encuentro más atractivo

a ti?

—¿Qué clase de hombre crees que soy? —preguntó Gabriel—. Nunca me acostaría contigo para demostrar nada. Lo que no quiero es que te levantes por la mañana y me digas que tenemos que hacer como si nada de esto hubiera pasado y pretendas que sigues interesada en alguien que, evidentemente, no te preocupa mucho.

—¡Me gusta Joe! — aunque encontraba difícil siquiera recordar cómo era.

El pelo rubio y los ojos azules que le habían impresionado habían sido completamente eclipsados por un pelo oscuro y una belleza que podían volver loca a cualquier mujer.

—Pero no te sientes atraída por él. Olvídate de lo agradable que es. Rápida y furiosa… ésa es la señal de la atracción física.

A Rose le hubiera gustado mostrar su desacuerdo, pero ¿cómo?

—La prisa y la furia no son siempre buenas — dijo nostálgica.

Sólo funcionaba cuando era parte de una relación en marcha.

—Mientras sean divertidas —dijo Gabriel deslizando la mano entre los muslos de ella en busca de su sexo en un gesto casi territorial. Y, por mucho que odiara reconocerlo, muy placentero.

—Y la única razón por la que quiero que admitas lo que sientes por mí es porque yo egoístamente quiero que sigamos disfrutando este.

¿Cuánto tiempo?, pensó ella.

—Eres mi jefe.

—¿Así que puedo decirte lo que hacer. umm?

Rose no pudo evitarlo. Arrugó los labios.

—Sólo en lo relacionado con el trabajo — dijo gravemente.

—Entonces, ¿si te digo que vamos a hacer el amor otra vez.?

—Puedo estar de acuerdo o no. —pero sus dedos ya la estaban explorando haciendo puré su cerebro.

Cerró los ojos y buscó con las manos hasta que encontraron su erección y empezó a acariciarla, después presionó su cuerpo contra ella.

—¿Qué pasa si te digo que vamos a hacer el amor otra vez.? — murmuró perversa —. ¿Estás preparado para darle la vuelta a la tortilla?

—Absolutamente. Soy feminista. Estoy más que preparado para recibir órdenes de una mujer.

Más tarde, después de hacer el amor lenta y perezosamente, de acariciarse mutuamente cada parte de sus cuerpos con la fascinación que un niño abre los regalos de Navidad, se quedaron dormidos.

Cuando Rose abrió lo ojos fue para ver que Gabriel ya no estaba a su lado y que la luz del sol entraba a través de las rendijas de las contraventanas. Los recuerdos de la noche anterior llenaron su cerebro y se quedó un rato tumbada saboreándolos.

La fría realidad hizo que se precipitara al baño para que le diera tiempo a cambiarse antes de que volviera Gabriel. Podían haber hecho el amor despreocupada y salvajemente, pero las circunstancias extraordinarias habían pasado y no quería que él volviera, a lo mejor arrepintiéndose de lo que había pasado por la noche, y la encontrara en la cama esperando soñadora su regreso. Se dio cuenta de que tenía un hambre voraz y pensó que no tenía ni idea de dónde iban a sacar comida. Tampoco sabía los daños que el huracán habría provocado en el exterior de la villa o en la isla.

Se vistió deprisa con una pequeña falda de seda que había comprado en Australia. La había llevado porque se recogía en una pequeña bolsa y al sacarla estaba en perfecto estado. Además se puso una camiseta azul. Se hubiera puesto unas zapatillas, pero como desconocía el nivel de destrucción que podría encontrarse,

siguió con las chanclas.

La estructura del edificio parecía intacta según vio al abandonar la habitación y dirigirse hacia la puerta principal. Encontró algunos escombros por el suelo, pero no parecía haber ningún daño estructural. Cuando salió fuera, la escena era completamente distinta.

Rose se quedó de pie con la boca abierta. Las furiosas tormentas no eran parte del clima de Inglaterra. Nunca había sido testigo directo de la destrucción que podían provocar, así que estaba conmocionada por lo que veía a su alrededor: árboles arrancados de raíz, ramas arrastradas y esparcidas por todas partes, los restos de la obra que llegaban hasta el último confín. Parecía increíble que el sol brillara y el mar fuera azul y estuviera en calma. Desde donde estaba no podía ver la playa, pero se imaginó que estaría tan llena de basura como los alrededores de la casa.

Después, al mirar a su izquierda, descubrió a Gabriel en animada conversación con dos hombres. No miraba en la dirección que estaba Rose, así que ésta puedo tomarse unos segundos para admirarlo. Llevaba unos pantalones cortos de color caqui y una camiseta blanca con un logo indescifrable en la espalda. Los dos hombres de color eran de menor estatura que él y asentían.

Respiró hondo y se dirigió hacia donde parecían inspeccionar el horizonte, sin olvidar que su función en la isla tenía una naturaleza práctica, incluso aunque la noche anterior lo hubiera hecho tan borroso que casi no se distinguía.

Tampoco podía olvidar que el sexo, para Gabriel, no significaba nada, al menos según la idea que ella tenía de la palabra significado. Podía ocurrir que él ni siquiera quisiera recordar lo que había pasado la noche anterior y, aunque lo recordara, no esperaría que la actitud de ella hubiera cambiado sustancialmente. Estaba preparada para cualquier eventualidad. Iba a comportarse como una adulta. Se había acostado con su jefe y sí, había sido impresionante, pero no podía permitir que eso le destrozara la mente.

Se acercó más y ocultó su ansiedad bajo una sonrisa fácil.

En cuanto Gabriel le sonrió, supo que por lo menos no iba a mirarla disgustado por su conducta de la noche anterior, y cuando se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros, Rose trató de no

interpretarlo de ninguna manera. Aquello no tenía nada que ver con el amor y él compromiso, simplemente había satisfecho las necesidades de un hombre y éste anticipaba futuras satisfacciones.

Recordó qué maravillosamente había él satisfecho sus necesidades y qué relajada se había quedado entre sus brazos. Después de unos momentos se sintió de lo más natural unida a él y empezó a prestar alguna atención a lo que decía. Parecía que por mucho que a ella aquello le pareciera el infierno de la destrucción, la isla sólo había sufrido el azote de la cola del huracán. Lo más duro había pasado lejos reservando su poder para la zona continental. A pesar de algunos daños en casas y tejados, la carretera principal y las secundarias estaban intactas. La electricidad volvería a media mañana y limpiarlo todo no llevaría más de un par de días.

Cuando ella mostró interés por saber cómo se limpiaría el jardín, le dijeron que no se preocupara. La mayor parte de los obreros volverían a la mañana siguiente y ya vería cómo todo se arreglaba.

Wilson, el capataz, era optimista sobre los plazos de los arreglos y más optimista sobre la finalización de la obra. Para Navidad, le dijo a Gabriel, todo estaría listo. Podrían ir a pasar unas pequeñas vacaciones y disfrutar del sol. Rose pensó que las posibilidades que tenían de seguir juntos en Navidad eran prácticamente nulas, a pesar de que Gabriel, siempre diplomático, asentía todo el tiempo.

Cuando acabaron la conversación con Wilson, Rose empezaba a sentir calor. Y mucha hambre. Eran casi las once. Realmente no se habían dormido hasta la madrugada y ella había descansado como si estuviera drogada. ¡No sabía desde que hora estaba levantado Gabriel!

—Lo siento, me he levantado muy tarde — fue lo primero que le dijo cuando volvían a la villa — . Deberías haberme llamado —lo dijo sólo por si él pensaba que dado que se había acostado con ella se iba a tomar libertades.

—Estás muy sexy —dijo Gabriel abrazándola más fuerte — . ¿Te has traído esa falda para seducirme?

—¡Claro que no! — pero apenas tuvo tiempo de protestar porque su boca capturó la de ella y el cuerpo de Rose reaccionó inmediatamente.

Pensó que era como si su cuerpo estuviera programado para

responder a sus estímulos. Él la besaba y ella le devolvía el beso con ansia. Las manos de Gabriel buscaban sus pechos, como en ese momento, y sus pezones inmediatamente se volvían ultrasensibles, tan sensibles que tuvo que sujetarle las manos debajo de la camiseta para que dejada de tocarla allí, en el medio del jardín donde cualquiera podía verlos.

—Llevas sujetador —le dijo al oído — . Muy mal. Hace calor, reducir la circulación de la sangre puede ser peligroso.

Rose se rió a carcajadas.

—¿Me recomiendas que me lo quite?

—Sin demora. Ahora mismo.

Rose se puso colorada y miró a su alrededor. Ser atrevida estaba bien en la oscuridad de una habitación pero en pleno día, a plena vista del espectador era algo distinto.

—No hay nadie —dijo Gabriel poniéndole las dos manos en las nalgas y atrayéndola hacia él—. De hecho podrías usar el traje con que naciste con la seguridad de que estarás a salvo de miradas indiscretas.

—¿Qué pasa con Wilson y el otro con quien hablabas?

—Se han ido. Y como estamos en la cima de una colina, podemos ver a cualquiera que se acerque. Además están todos muy ocupados limpiando después de la tormenta. Habrán guardado los prismáticos — deslizó las manos debajo de la camiseta y desabrochó el sujetador. Cuando vio la expresión de los ojos de ella, sonrió malicioso —. ¿No lo has probado antes, Rose?

—No hay muchas oportunidades de desnudarse en mi jardín trasero — le dijo —. No, al menos que quieras tener público.

—¿Así que nunca has hecho el amor en un lugar público?

—¡No!

—Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Cierra los ojos y déjate llevar…

Dejó que le sacara la camiseta por la cabeza seguida del sujetador. El sol resultaba maravilloso en la piel desnuda, lo mismo que la entrecortada respiración de Gabriel al ver sus abundantes pechos.

Había un millón de cosas que deberían hacer. Para empezar tenían que bajar a la ciudad, encontrar un bar y un teléfono para

conectarse con el mundo exterior y empezar a trabajar. La vida en Londres no se habría detenido porque hiciera mal tiempo en una isla en medio del Atlántico.

También, pensó Gabriel, tenía que empezar a pensar en hacer algunas revisiones básicas. Los obreros se ocuparían de los exteriores, pero él tenía que cerciorarse de qué clase de daños habían ocurrido, si había alguno, en el interior de la villa, ver qué cubría el seguro y empezar a trabajar en su reparación.

Por otro lado… Podía, como le había recomendado a ella, dejarse llevar… ¿Qué daño podía hacer escabullirse del trabajo un par de días cuando tenía ante sí semejantes manjares?

—Eso sí, si vas a disfrutar del sol, tendrás que echarte algo de crema — recorrió con los ojos los pechos desnudos —. ¿Por qué no echamos un vistazo por aquí para asegurarnos de que no hay nada urgente que hacer y después nos bajamos a comer a la playa? — los delicados manjares eran una tentación demasiado poderosa y Gabriel pasó los pulgares por los dos pezones. Rose se quedó sin respiración.

—Buena idea — dijo casi sin aire.

—Me quitaré la camiseta yo también para acompañarte. Ahora los dos tenemos que echarnos crema.

Rose pensó que el viaje estaba tomando una dirección maravillosamente surrealista. Que Gabriel le extendiera crema por los pechos superaba ampliamente todas sus fantasías, y había tenido unas pocas en los últimos años. No tenía ni idea de adónde llevaría todo aquello pero, por primera vez en su vida, estaba viviendo el momento y en cada momento deleitándose en cada segundo.

Recorrieron las sendas del jardín que habían sido dañadas por el viento pero no gravemente. Gabriel señaló lo que había que hacer y le contó sus planes para el sitio. Mientras tanto ella daba vueltas a cómo iba a poder seguir siendo una consumada secretaria cuando se había acostado con su jefe y paseaban juntos sin otra cosa encima que unos pantalones cortos y una falda.

La escena de preparar algo ligero para bajarse a comer a la playa resultaba casi doméstica. Charlaban como si se conocieran desde hacía años, de hecho era así. Cuatro años juntando todas las piezas que conforman la personalidad de alguien, reflexionó Rose. No habían compartido ni un solo momento íntimo en todos esos años,

pero ella sentía como si lo conociera íntimamente y estaba sorprendida de lo mucho que la conocía él aunque nunca le hubiera permitido entrar en su vida privada.

La playa era más de lo que habían esperado. Mientras bajaban, Gabriel le había contado sus planes de convertir una cornisa rocosa a medio camino en una terraza para tomar el sol.

—Con una vista perfecta sobre el tranquilo mar azul — dijo él.

—Con tal de que el tranquilo mar azul se comporte así. —se había acostumbrado a sentir el sol en los pechos desnudos.

Se sentía maravillosamente libre. Delante de ella, Gabriel llevaba una caja donde habían metido unos sándwiches, algo de agua y una caja de galletas. Era lo único que habían podido encontrar.

Rose pensó que ninguna comida campestre podría ser mejor. Ni siquiera el desorden de las ramas y los cocoteros esparcidos por la playa, sin mencionar las algas y corales que habían sido arrastrados por la tormenta, eran capaces de arruinar la experiencia perfecta.

Se las habían ingeniado para hacer una enorme manta a partir de unos cuantos retales de sábanas que habían encontrado en un armario. Para Rose, aquello era lo más parecido al paraíso.

—Ahora —dijo Gabriel sentándose a su lado en la manta — , creo que es el momento de aplicar la crema solar teniendo en cuenta que tendrás que quitarte esa falda tan poco práctica.

Sacó la crema de la caja y se echó una generosa cantidad en la palma de la mano. Rose se dejó hacer, disfrutando del olor de la brisa, el calor del sol y las expertas manos de Gabriel mientras extendía la crema en sus pechos, prestando una desproporcionada atención a los pezones, que se mantenían duros y erectos. Se sentía como un gato de lujo. Cada vez que se movía él le decía que se recostara y se relajara. Necesitaba, le dijo con voz áspera, que permaneciera completamente quieta si quería hacer el trabajo de forma minuciosa.

—Y cierra los ojos — ordenó.

La necesidad que tenía de poseerla, mental y físicamente, era demasiado fuerte. Siguió camino del vientre, extendiendo la crema con un suave masaje, pero entonces, antes de que la llevara hasta un punto sin retorno, Rose se incorporó y lo empujó en la manta echándolo de espaldas.

—Esta vez voy a hacerte el amor yo — le dijo —. Harás todo lo que te diga… y lo primero es que te estés completamente quieto. para que pueda extender la loción sobre cada centímetro de tu cuerpo.

Rose pensó que podría hacer el amor sin problemas en un lugar público, o al menos en una isla en medio del océano. Con ese hombre. El hombre a quien amaba y amaría hasta el final de los tiempos. No quería pensar en nada más allá de la manta que tenía debajo, el sonido del mar, la sensación de la brisa en sus cuerpos. Si Rose hubiera podido atrapar ese momento en un frasco, lo habría hecho porque sabía que una vez que terminara, sería para siempre. Nunca se repetiría. Y tampoco podía existir en una burbuja, viviendo de momento en momento.

—. como me gustaría hacerlo. — terminó de explicarle.

Acababan de hacer el amor de la forma más impresionante y se habían dado un largo baño en el agua, tan transparente y tranquila que resultaba increíble la fuerza con que había golpeado contra las rocas la noche anterior. El sol secaba rápidamente sus cuerpos. Mirando el cielo azul sin una nube, era difícil creer que estuvieran manteniendo esa conversación.

Gabriel se apoyó en el codo y la miró inclinando la cara de modo que ella no pudiera esquivar su mirada.

—¿Quién ha dicho algo de vivir en una burbuja? — preguntó él.

—¿Cómo llamas a esto…?

—Lo llamo. mi secretaria perfecta. —deslizó los dedos por entre sus pechos, después rodeó un pezón, después el otro para finalmente tomar la sensible parte entre los dedos. La recorrió perezosamente con la mirada, la plana llanura de su vientre, ya ligeramente dorada, el triangulo de suave y aterciopelado vello que cubría su madura feminidad. Su sabor todavía permanecía en su boca.

Rose se puso de lado y lo miró seria.

—Pero esto no es la realidad —insistió tranquila — . La realidad es Londres. La realidad es que trabajo para ti, llego a la oficina con un traje, me siento a la mesa. La realidad no somos los dos en una playa. Esto es tiempo robado.

—Es robado sólo si lo dejamos aquí — dijo Gabriel inclinándose para besarla en la comisura de los labios.

Le llevaban los demonios de pensar cómo podía haber tardado tanto en darse cuenta de lo perfectos que eran sus labios.

—Cuando volvamos a Londres las cosas pueden seguir como antes. en la oficina. Y como ahora en mi cama.

Pero ella quería pasar el resto de su vida así, pensó.

El beso en la comisura de la boca se convirtió en algo más urgente, algo que hizo que su cuerpo empezara a fundirse. Tiró de ella y se frotó contra su cuerpo que respiraba ahogada ante la sensación de su erección en el vientre. Cuando metió el muslo entre sus piernas y empezó a empujar, ella dejó volar sus pensamientos.

Y eso, para Gabriel, dio la conversación por terminada. Rose sabía con instinto infalible que estaba preparada para disfrutar de la oferta espectacular que tenía delante. Hicieron el amor con una pasión casi incontrolable. ¡Y superaron el programa original de cuatro días! Rose se divertía porque para Gabriel aquello era algo inaudito. A una de las islas mayores se podía ir en barco y luego un breve vuelo y pasaron un día allí, comprando ropa y otros lujos que no se encontraban fácilmente en la pequeña isla.

Se quedarían una semana, le dijo Gabriel.

Las cosas en la villa marchaban bien y, además, necesitaba el descanso. Pero la semana se convirtió en dos. Llenaron el tiempo con viajes a otras islas, algo de trabajo, mucho hacer el amor. Eligieron juntos azulejos y accesorios. Por la noche, despierta mientras Gabriel dormía y aún caliente por la sensación de sus caricias, Rose ponderaba todas sus opciones.

Antes o después, Gabriel despertaría de su sorprendente sueño y la llamada de las armas sonaría en su trompeta. Podía ser que a él le gustase la idea de continuar con su aventura en Londres, pero Rose había visto demasiados casos de lo que les pasaba a las mujeres con las que él se acostaba: todas tenían fecha de caducidad. No había duda de que tarde o temprano, probablemente temprano, acabaría por enviarse a sí misma las clásicas flores de despedida.

Y Gabriel no tenía intención de comprometerse con algo distinto de una aventura. Nunca lo había hecho y nunca lo haría, no hasta que encontrara la mujer adecuada y ella no lo era.

Rose no iba a esperar hasta convertirse en una carga. No iba a presionarlo con preguntas. Así que cuando después de dos semanas él empezó a hacer comentarios sobre lo inevitable de volver al

trabajo, ella hizo lo único que podía pensar en hacer.

Se arregló una llamada a sí misma. Era un pequeño truco. Llamó a su vecino y le dijo que la llamara dejándole un recado urgente. Rose lo recibiría. Su vecino estaba desconcertado, pero por suerte al día siguiente a la hora de comer, corriendo desde el teléfono público en la ciudad y con expresión ansiosa, Rose le dijo a Gabriel que tenía que marcharse inmediatamente. Una emergencia. Había pensado en varias emergencias y había elegido una que no podía arreglarse con dinero.

—Ha muerto un familiar — le dijo haciendo el equipaje mientras tanto para evitar el contacto visual—. Una tía… —cruzó los dedos— …muy repentino. Tengo que ir. bueno. sí. estaban bastante unidas.

La ruptura limpia que había pensado cuando había vuelto de Australia era la única opción en ese momento. Si no lo hacía, se arriesgaba a que su amor por él se transmitiera, como por osmosis, fuera de ella y pasara a él y su mente se venía abajo cuando contemplaba esa posibilidad tan humillante.

Se verían en Londres, mintió, acabando de meter lo último en la maleta sabiendo que tendría que deshacerse de todo, cada recuerdo. Tres días. rió medio vuelta hacia él., nada más.

Sintió algo agridulce cuando la agarró desde atrás, cuando las manos encontraron esos lugares que podían llevar su alma hasta las nubes, cuando más tarde hicieron el amor, disfrutando los dos de lo que pareció una eternidad. Rose quería grabar cada segundo en su memoria.

Capítulo 9

Gabriel miró las fotografías de la villa que le habían mandado por correo electrónico. Estaba prácticamente terminada. Dos meses y medio antes había soportado la furia del huracán y eso había sido un catalizador del cambio. Los equipos y materiales que siempre habían sido un problema, de pronto estaba a plena disposición. Los obreros habían retomado la obra con renovadas energías.

Cerró el gestor de correo y se apartó de la mesa para mirar por la ventana el día que terminaba.

El sol, la isla, la pasión, aquella noche de lluvia y viento y sexo salvaje, seguida de dos semanas de la más liberada práctica sexual que había vivido nunca, parecían como un sueño. Ella parecía un sueño. Y no porque a Gabriel le gustara especialmente que apareciera en su cabeza cuando menos se lo esperaba. Como en ese momento.

Tres días después de haberse ido ella por la muerte de un familiar, Gabriel había vuelto a Londres para encontrarse con una oficina vacía.

No creo que esto pueda funcionar. Por favor, no contactes conmigo. He buscado una suplente para que empiece a trabajar en cuanto vuelvas. Rose.

Podía recordarla palabra por palabra porque había guardado la nota. La tenía siempre cerca para recordar lo estúpido que era implicarse emocionalmente con una mujer. Y sí, él se había implicado emocionalmente. No mucho, por supuesto, pero suficiente. Demasiado.

Había seguido la pauta habitual de reemplazarla por otra y había ido a los sitios adecuados con la rubia altísima colgada de su brazo, pero la fórmula había fallado. Había estado distraído e

incapaz de reunir la energía necesaria para cortejarla. Ella, sin embargo, había estado hiriente, mortificante y al final enfurecida aparentemente por su carencia de observaciones sobre lo atractiva que era.

Gabriel se había entregado al trabajo. Habría sido un éxito si no hubiera sido por momentos como ése, cuando se descubría a sí mismo en manos de los caprichos de la memoria.

No tenía ni idea de por qué no podía liberarse de la imagen de ella en su cabeza. Asumía que era porque por primera vez en su vida había dado un paso en falso con una mujer. En todos los demás casos había sido él quien había pronunciado el discurso de despedida. Esta vez había probado su propia medicina.

Se levantó, se dirigió a la ventana. Se metió las manos en los bolsillos y miró el día que declinaba. La curiosidad, una visitante que siempre trataba de rechazar, lanzaba sus preguntas desde el fondo de su cabeza. ¿Qué sería de ella? ¿Habría empezado ese curso? Daba por sentado que habría vuelto con el señor como se llame. Pensar en eso le hacía rechinar los dientes de rabia. ¿Cómo podía volver con ese tipo después de haber probado su compatibilidad sexual? Por la seguridad, supuso.

Había tenido tres meses para meditar su desaparición y había llegado a la conclusión de que debajo de la mujer sexy y sensible, latía un corazón que anhelaba seguridad. Por supuesto, se había quedado aterrorizada por tener una aventura con él, aterrorizada por las posibilidades de libertad sin límites que él ofrecía. Había despertado la fiera sexual que había dentro de ella y ella había decidido que era demasiado.

Tenía derecho a elegir una vida de trabajo y monotonía con un hombre al que era evidente que no amaba y nunca amaría.

Gabriel volvió a sentarse y miró a la pantalla del ordenador que le ofrecía la relajante visión de las cuentas de la empresa. Pulsó una tecla y apareció en la pantalla un informe que tenía que revisar.

Era normal que se hubiera esfumado si lo que buscaba era seguridad. Él era el último hombre del mundo que la ofrecía. Ya llegaría el momento de sentar la cabeza, pero aún estaba lejos. ¡Lo último que necesitaba era una situación complicada en la que estuviera implicada una persona que trabajaba para él!

No podía evitar especular con que ella se estaría arrepintiendo

de haberse marchado. Cuando se le hubiera pasado el impulso inicial se habría dado cuenta de las condiciones financieras que había rechazado. Estaba completamente seguro de que estaría sufriendo.

Reforzado por ese pensamiento, Gabriel volvió a las fotos de la villa y las contempló con ojos menos ofendidos, pasando sobre ellas con satisfacción porque el lugar parecía impresionante incluso sin estar terminado totalmente.

Se preguntaba si empezaría a hacer publicidad ofreciéndola como una lujosa instalación turística para un selecto puñado de gente dispuesto a alquilar una isla o si se la quedaría sólo para él, para dejársela a sus amigos, disfrutarla con su familia cuando encontrara tiempo. Su madre siempre estaba reclamando una reunión familiar. Podría hacerla allí.

En eso estaba cuando escuchó la tímida llamada de su secretaria y sintió inmediatamente una ola de fastidio.

Karen Davis había demostrados ser una excelente suplente si la eficiencia era lo único que se valoraba. Desafortunadamente, en los demás aspectos, no acertaba con él. Era demasiado joven, veinte años, demasiado tímida y reacia a la hora de tomar la iniciativa Se decía a sí mismo que tenía que darle tiempo para que se acostumbrara a sus formas, pero siempre acababa pensando en Rose y de ahí su mente galopaba a otros lugares.

—¿Qué? — soltó y después cambió su voz para decir un más educado —. ¿Sí? — cuando Karen asomó la cabeza por la puerta.

Era delgada. Algo que podría llamarse delgada a la moda, pero para él resultaba demacrada. Tenía el pelo muy largo y era muy pálida y tenía la tendencia a mirar al infinito cuando se dirigía a ella. Era, sin embargo, extremadamente buena en lo que se refería a los mecanismos básicos de su trabajo. Trató de suavizar su expresión.

—Hay alguien que quiere verlo, señor…

Gabriel había tratado por todos los medios que lo llamara por su nombre, pero ella persistía en el «señor» y él había abandonado.

—¿Quién? No tengo a nadie en la agenda.

—No, bueno, señor.

—Dile que concierte una cita contigo. Me quedaré trabajando hasta tarde.

Karen dudó y miró por encima de su hombro.

Rose, detrás de la puerta, sabiendo cómo era Gabriel, le dedicó una sonrisa de simpatía a la chica. Pobrecilla. Seguramente ése era su primer trabajo de verdad. Se puso un dedo en los labios y le hizo saber que no persistiera en su empeño provocando en la muchacha una mirada de alivio. Karen asintió a Gabriel y cerró la puerta.

—Vete a casa —le dijo Rose con suavidad— y yo entraré.

—Pero. —Karen miró la puerta y se mordió nerviosa el labio — , me matará si entras en la oficina. Parte de mi trabajo consiste en. ya sabes. filtrar a la gente que quiere verlo.

—No te preocupes. Me aseguraré de que sobrevivas — sonrió aunque le dolió la boca al hacerlo —. No olvides que trabajaba para él. No estás permitiendo que entre una completa extraña a su santuario. —Rose había conocido a Karen brevemente el día que había ido a recoger sus cosas dos días antes de que Gabriel volviera de la isla, así que para Karen era un rostro conocido y no estaba segura de que fuera alguien completamente bienvenido, pero estaba encantada de no tener que resistirse, aunque eso supusiera salir rápida y silenciosamente de la oficina.

Con la puerta de fuera firmemente cerrada, Rose empezó a respirar profunda y entrecortadamente.

Había pasado los últimos cuatro días intentando adivinar cómo se sentiría allí de pie, dentro de la oficina. Podía haber ido más temprano, pero sabía cómo funcionaba la oficina, sabía que si llegaba cuando la mayor parte del personal se hubiera marchado, sería mucho mejor.

Se pasó la sudorosa palma de la mano por la falda para alisarla y se obligó a caminar hacia la puerta. ¿Llamaba o no? Rose llamó y escuchó lo que había pensado:

—¡Sí! ¿Qué pasa ahora? —incluso menos cortesía que cuando Karen había llamado antes.

Abrió la puerta.

Gabriel ni siquiera se molestó en alzar la vista. Miraba con el ceño fruncido al ordenador y, durante un segundo, ella tuvo la oportunidad de mirarlo.

Su belleza, como siempre, la asaltó dejándola sin respiración. Parecía más delgado que la última fatídica noche que había estado con él antes de salir de su vida.

—¡Gabriel! — su voz pareció demasiado alta dentro de la habitación, pero logró el efecto deseado.

Gabriel levantó la cabeza y su expresión fue de auténtica conmoción rápidamente remplazada por otra de indescifrable tranquilidad.

Se miraron uno a otro. A Rose le parecieron horas. Sentía las piernas cada vez más débiles, pero no iba a ir hasta la silla, esa silla en frente de él que solía utilizar cada vez que entraba a tomar notas. Fue él quien rompió el silencio.

—¿Qué haces aquí? — Gabriel se separó de la mesa de modo que podía cruzar las piernas y mirar a la mujer que tenía delante tan nerviosa como un gatito.

De pronto Rose descubrió que el discurso que había preparado no le salía de la garganta.

—Siéntate. Aunque tengo que decirte… —miró el reloj y después a ella— que no tengo mucho tiempo para hablar contigo. Tengo una cita y no creo que la dama en cuestión aprecie mucho esperar por la visita de una antigua aventura — no había ninguna cita, había cancelado la de la pelirroja hacía unos días. Prefería la opción de un poco de soledad. También sabía que referirse a ella como «antigua aventura» la cortaría, pero no dejó de mirarlo a los ojos — . Así que dime, ¿qué quieres?

—Yo. yo.

—¿.pasabas por aquí y pensaste que podías subir y ver cómo estaba? — Gabriel levantó las cejas para dejar patente su incredulidad — . ¿Por qué me parece completamente increíble?

—Imagino que te quedarías muy sorprendido cuando volviste a Londres. y descubriste. que me había ido. —así no era como había planeado abordar la conversación, pero sólo con mirarlo había perdido su equilibrio.

—¿Qué te dio la idea? — preguntó Gabriel sarcástico —. ¿Fue porque la noche antes de que te marcharas habíamos hecho el amor persistente y apasionadamente? Yo estaba obviamente engañado con la idea de que tú querrías prolongar nuestra aventura.

—Las cosas cambian.

—¿Cuándo decidiste que desaparecer era una buena idea? — Gabriel se dio cuenta de que estaba deseando conocer la respuesta a preguntas que no sabía que tenía en la cabeza aunque era evidente

que estaban allí—. ¿Cuándo volvías a Inglaterra? Cambiaste de idea antes, ¿verdad? — ella no negó ni confirmó. Su silencio era una respuesta en sí mismo. Lo había utilizado.

Gabriel sintió como si le hubieran golpeado en el estómago con un mazo.

—No entiendes, Gabriel… —Rose se sentía descendiendo a una vorágine de acusaciones muy desagradables.

—Oh, sí, entiendo muy bien. ¿Te cuento cómo veo yo las cosas?

—¡No!

Rose trataba de controlar el temblor de sus manos, pero estaba hipnotizada por su cruel y hermoso rostro. No quería escucharlo, pero sabía que no tenía otra opción porque Gabriel cuando estaba de ese humor era una fuerza imparable.

—Te convertiste en mi amante porque estabas frustrada con ese novio tuyo. No me preguntas por qué, a lo mejor descubriste que no te satisfacía.

Rose lo miró boquiabierta por la incredulidad. Se habría echado a reír si no hubiera estado tan interesada en conocer su absurda teoría.

—Y, por obra del destino, acabamos en la cama. Aunque. mi destino interpretó menos parte de lo que pensaba. Después de todo, fuiste tú quien vino corriendo a mi cama al primer trueno y fuiste tú quien salió volando de mi cuarto de baño huyendo de un araña y, sólo accidentalmente, aterrizaste encima de mí.

—Si te acuerdas, fui yo la que dijo que no quería que nada. ocurriera entre nosotros.

—Algo imposible. Y lo sabías —rechazó Gabriel—. Tú deberías haber sabido que acabaríamos haciendo el amor. Dime, ¿ha disfrutado tu novio de lo que aprendiste conmigo?

Rose apretó los puños con fuerza. Si hubiera estado un poco más cerca le habría aplastado su hermosa nariz. ¿Cómo se atrevía a haber llegado a esas terribles conclusiones y rebajarla de ese modo en el proceso? ¿Por qué molestarse en decirle que Joe ya no era nada? ¡El hombre con quien había tenido una cita! Parecía un chiste, pero cuando había vuelto había sabido sin ninguna duda que para ella no habría ningún hombre que no fuera Gabriel. Al menos durante una buena temporada.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí, Gabriel? ¿Cómo puedes

pensar que puedo ser lo bastante calculadora como para meterme en la cama de un hombre para poder practicar?

—Entonces, ¿cuándo tomaste la decisión de dejarme y por qué? — Gabriel se odió por su debilidad al preguntar eso.

—Te hice un favor — lo miró serena aunque por dentro sentía que los nervios se le hacían nudos — . Sabía que te cansarías de mí antes o después. Te ahorré la molestia de hacerme saber que te deshacías de mí y a mí el dolor de…

—¿El dolor de qué?

—No importa. No tiene nada que ver con la causa de que esté aquí. Nada de eso tiene que ver.

Como él no decía nada, frunció el ceño y preguntó:

—¿No quieres saber por qué he venido?

—Ya lo sé.

Rose abrió los ojos de par en par.

—¡No! ¿Cómo podrías?

—Es fácil —dijo Gabriel encogiéndose de hombros — . Al final todo se reduce al dinero.

—Pero.

—¿Qué tal tu curso? — dijo interrumpiéndola con un gesto de la mano.

—En realidad no he. empezado. ¿Pero qué tiene eso que ver?

Gabriel no pudo reprimir el gesto de desagrado. ¿Realmente había llegado a pensar que ella era diferente que el resto de los humanos?

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué? — preguntó ella confundida.

—¿Cuánto dinero necesitas para pagar el curso? —se puso en pie y se acercó hasta la ventana —. Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que te dieras cuenta del buen acuerdo económico que tenías aquí. Supongo que podría no tener corazón y decirte que desaparecieras, pero demonios, qué es un poco de dinero en reconocimiento a tus. ¿esfuerzos?

—Olvídalo, Gabriel — Rose se levantó con las piernas temblorosas y se dirigió a la puerta.

Había sido un error ir a verlo, pero lo había hablado con su hermana y habían visto que era la forma decente de hacerlo. Después de eso ya sabía que no había nada de decente en alguien

que pensaba que el mundo entero se movía exclusivamente por el dinero.

—¡Siéntate! — ordenó él, pero ella ya estaba a la altura de la puerta.

No llegó muy lejos. De hecho no había alcanzado ni la puerta exterior cuando él estaba a su lado, haciendo que diera la vuelta y obligándola a mirarlo.

Sintió los dedos en su brazo como acero caliente. Lo miró hasta que la soltó.

—¡No he venido aquí para escuchar tus acusaciones! —dijo de forma áspera —. ¡No he venido para que me acuses de ser una cazafortunas o algo peor!

—Oh, ¿entonces por qué has venido? ¿Para asegurarte de que la nueva secretaria hace todo bien? Lo hace bien, no tienes de qué preocuparte.

—¡He venido a decirte que estoy embarazada!

Él silencio que llenó la sala era ensordecedor y, por primera vez desde que lo conocía, Rose tuvo el excepcional placer de ver que su ex jefe se había quedado mudo, sin palabras. Se quedó pálido y la miró fijamente durante unos segundos.

Pero rápidamente se repuso y la conmoción dejó paso a la suspicacia.

—¡Eso es imposible! Tuvimos cuidado.

—Tuvimos cuidado la mayor parte de las veces, Gabriel, pero no la primera noche… ¿Te importa si me siento? —si no lo hacía se caería redonda porque sus piernas eran como de goma.

Se sentó en la silla. No sabía lo que estaba pasando por su cabeza, pero estaba segura de que no le gustaría nada. La paternidad era un precio demasiado alto por un par de semanas de sexo con una mujer que estaba destinada a ser otra más de las que pasaban por su cama. Nunca habría entrado en su agenda si no hubiera vuelto de Australia con algunos kilos menos, ropa nueva y más reservada, lo que la hacía atractiva.

No se atrevía a mirar el horror que estaría impreso en su hermoso rostro.

Lo oyó caminar hacia ella, sobrepasarla y seguir hacia la ventana por la que se quedó mirando en completo silencio.

Quería decirle que lo sentía, pero que nunca se hubiera

imaginado, ni un minuto, que podría quedarse embarazada por un solo desliz. Estúpidamente había dejado que la pasión la dominara y no había tomado precauciones. Gabriel, erróneamente, había asumido que tomaba la píldora y al día siguiente, cuando ella le había dicho que no, pero que la noche anterior había sido algo seguro, había decidido asumir él la responsabilidad de la anticoncepción.

Ni se habían imaginado que ya era demasiado tarde.

¡A su hermana le había llevado seis meses quedarse embarazada!

—¿Cuándo te has enterado? —preguntó Gabriel con frialdad volviéndose a mirarla.

—Hace diez días —dijo desviando la mirada — . Yo. no pensé en el periodo hasta que fui al dentista y me preguntó si podía estar embarazada porque tenía que hacerme una radiografía. Entonces me di cuenta de que hacía mucho que no lo tenía — no le gustaba nada lo que veía en los ojos de él.

Cuando había ensayado lo que iba a decirle, la escena nunca era así. Estaba embarazada y asumiría toda la responsabilidad sobre lo que había pasado. Sólo quería que estuviera al corriente de la situación, pero no quería imponerle nada, ni emocional ni económicamente. En su cabeza, a pesar de lo complicado de la situación, imaginaba una orgullosa independencia, abierta a negociar las visitas que él quisiera, pero también abierta a aceptar que serían muy pocas. Después de todo, un hijo nunca había sido parte de los planes de él.

—¿Qué te hace pensar que te creo? — preguntó Gabriel.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —dijo con un tono de voz que implicaba que lo que iba a afirmar era lógico y estaba fuera de toda discusión—, que de repente descubro que me encuentras irresistible. Has trabajado para mí durante años y entonces, cinco segundos después de llegar a la isla, me he vuelto de pronto en el hombre de tus sueños. Extraño, ¿no? — refutar aquella afirmación hubiera supuesto abrirse y ser vulnerable, así que Rose permaneció en silencio para que siguiera hablando — . Especialmente extraño —continuó — , si consideramos que acabas de empezar a tener novio…

Gabriel pensó en cómo había huido de él y su orgullo herido era como un cuchillo afilado, haciendo que vertiera acusaciones que la

expresión de ella decía que sólo eran tonterías. No podía evitarlo. Especialmente cuando pensaba en como se llame y la posibilidad de que estuviera acostándose con él.

—Ahora apareces aquí, meses después de haber dejado tu trabajo, con una historia sobre que estás embarazada —hizo una mueca de cinismo — . Si lo estás, y no es que lo esté admitiendo, ¿quién me dice que no estabas ya embarazada cuando viniste de viaje conmigo? ¿Quién me dice a mí que tu incontenible deseo de meterte en la cama conmigo no era una treta de tu amante y tú para sacarme dinero?

La conmoción de Rose y la increíble palidez de su rostro, hicieron que Gabriel sintiera una punzada de culpabilidad por lo que acababa de decir.

Rose intentó levantarse, pero él se puso delante de ella antes de que lo hubiera conseguido del todo, así que se volvió a dejar caer en la silla.

—¡Ni lo pienses! —rugió él—. No pienses que puedes venir aquí, decirme que estás embarazada de mi hijo y largarte.

—¡Y tú ni pienses que puedes acusarme de ser una cazafortunas o de utilizarte! ¡Es lo más insultante que me han dicho en mi vida! ¿Cómo te atreves a pensar que tenía algún motivo oculto para acostarme contigo? ¡Dice mucho de ti, Gabriel Gessi, que tengas semejante. vil opinión de otro ser humano!

Gabriel paseó por el despacho con las manos en los bolsillos. Se pasó los dedos por el pelo y se giró a mirarla.

—¿Qué esperabas? —murmuró — . Has aparecido aquí con una bomba y la has hecho estallar encima de mi mesa.

—Lo siento — una calma glacial se asentó en ella.

Ni siquiera estaba segura de por qué estaba tan sorprendida por su reacción tan desmesurada. Gabriel estaba forrado y tenía las clásicas desconfianzas de cualquier rico. Y ella tenía que reconocer que un embarazo podía ser el camino más corto para llegar a la cartera de un hombre. Lo más doloroso había sido la frialdad con que había abordado la cuestión.

—Y ahora estás conmocionado —dijo sin entonación—. Me debatía pensando si debía venir o no y al final decidí que debías saberlo. Y, antes de que me vengas con más acusaciones, déjame que te diga que no quiero tu dinero. Esto no es parte de una

elaborada estrategia para echarte el lazo. No puedo dar marcha atrás y deshacer lo que pasó en la isla, pero no me confabulé para provocar que sucediera — se arriesgó a mirarlo y sintió una punzada de compasión—. Y es tuyo, Gabriel. No he vuelto a ver a Joe desde que volví a Inglaterra y nunca me he acostado con él.

De pronto se sintió terriblemente cansada. Los últimos diez días habían sido una lucha. De hecho, los últimos dos meses y medio habían sido una lucha. Había vuelto a Londres, sin empleo, y había encontrado inmediatamente un trabajo temporal que no estaba mal, pero le dejaba mucho tiempo para pensar en lo que había dejado atrás. Estaba atormentada por la idea de que debía haberse quedado, haber seguido con la aventura y haber esperado a ver qué pasaba. Había salvado su orgullo, pero su cama estaba fría y sola por la noche y en su cabeza discutía dándose razones a favor y en contra.

Había abandonado sus planes de hacer el curso de negocios. No se sentía lo bastante positiva como para iniciarlo, así que se había arrastrado miserablemente de día en día hasta diez días antes cuando dos brillantes líneas azules en la prueba de embarazo la habían sacado del depresivo letargo.

Y ahí estaba, haciendo lo que se debía, afrontando un chaparrón de acusaciones. Apretó los dientes para reprimir el deseo de gritar.

—De acuerdo, digamos que te creo… —la creía, la verdad estaba escrita en sus ojos.

Nunca había creído que se hubiera acostado con él para luego endosarle un embarazo. La creía, llevaba dentro a su hijo.

Gabriel, que nunca había contemplado la posibilidad de la paternidad excepto como algo distante que llegaría o no al final de los tiempos, estaba impactado por el hecho de que su sentimiento inicial había sido de pura satisfacción masculina.

Se sentía como si hubiera triunfado.

—¿Sí…? — preguntó Rose recelosa.

—Lo que no significa —siguió él— que en algún momento no pida una prueba de ADN — no lo haría.

—No te estoy mintiendo, Gabriel. ¿Me creerás si te digo que no he venido a pedirte dinero? ¿Qué he venido porque he pensado que era lo que debía hacer desde un punto de vista ético?

—Deberías saber que es imposible que permita que un hijo mío.

—¿Hijo? Espera un momento.

—O hija, por supuesto — se encogió de hombros con elegancia y después se puso a recorrer la sala haciendo que ella se tuviera que mover para seguirlo con la mirada —. Lo que sea. Un hijo o hija mío no estará abandonado.

—Por supuesto, depende de ti decidir en qué medida quieres contribuir a su bienestar.

—¿Contribuir? —soltó una carcajada y la miró con incredulidad — . ¿Contribuir? ¡Hablas como si mi propia carne y sangre fuera el receptor de un donativo! No, mi implicación será mucho mayor que enviar un cheque todos los meses.

Por primera vez desde que ella había desaparecido, Gabriel sentía que la desagradable angustia que se había instalado dentro de él, empezaba a decrecer mientras contemplaba, con tranquila aceptación, un futuro que no había considerado.

—¿Qué estás pensando? — preguntó Rose con cautela.

—Así las cosas, Rose. — se sentó detrás de su mesa y la miró —. Ningún hijo mío será ilegítimo.

—¿O sea.?

—O sea. Que tendrás que casarte conmigo.

Rose lo miró conmocionada por la draconiana solución que proponía.

—¡Ni se te ocurra hacer algo así! —dejó claro — . Ya no estamos en la Edad Media, Gabriel. Los niños nacen fuera del matrimonio continuamente. No hay ningún estigma social asociado a ello.

—Irrelevante.

—No, no es irrelevante —casarse con él. Toda la vida sabiendo que se había atado a ella por un niño. ¿Había mejor forma de convertir en matrimonio en una tortura para los dos?— . No puedo casarme contigo porque esté embarazada — Rose luchó para hacerle ver su punto de vista sabiendo que estaba dando puñetazos contra el corazón tradicionalista de un dinosaurio —. Es la peor idea que he oído nunca. Tú no pediste esta situación.

—Eso no voy a negarlo… — entonces por qué no se sentía tan mal.

—Y lo siento, pero no permitiré que te entierres en un matrimonio conmigo porque te sientas obligado.

—No creo haber mencionado que tengas elección.

Rose pensó en el matrimonio y lo que esperaba de él. En la lista no estaba amar a un hombre, tener un hijo suyo y esperar a que un día el hombre te ame también. Un hijo podía ser muchas cosas, pero pegamento no era una de ellas y un matrimonio sostenido de modo artificial acabaría convirtiéndose en un infierno.

—Te casarás conmigo, Rose. Podemos hacerlo discretamente o con toda la parafernalia, pero nos casaremos.

Capítulo 10

Gabriel, en lo que se había convertido una situación habitual de incertidumbre, apagó su móvil frunciendo el ceño.

Estaba seguro de que había escuchado una voz masculina de fondo. O a lo mejor era su imaginación que le jugaba malas pasadas. Lo había estado haciendo últimamente, desde que había recibido la última decisión de Rose: nada de matrimonio.

Naturalmente, había pensado que podría desmontar sus objeciones y lo había intentado.

Por cada argumento que daba ella, él le ofrecía diez en contra.

Cuando lo acusaba de ser un tirano Victoriano, le decía que lo único que quería era que su hijo o hija se criara con un padre y una madre que vivieran bajo el mismo techo.

—Nunca podrás acusarme de no hacer lo correcto — le había dicho a Rose con orgullo.

Además le había enumerado las ventajas de que se casara con él.

El beneficio de la seguridad para su hijo. O hija, había tenido que añadir. El beneficio para ella porque tendría seguridad económica para poder disfrutar de la maternidad sin tener que ir a trabajar. Además, le había dicho, se llevaban bien y se sentían mutuamente atraídos. ¡Parecía como si fueran enemigos irreconciliables obligados a establecer una alianza!

Para superar posibles obstáculos, le había dicho incluso que lo mirara como un buen negocio.

—¿Cómo haces tú? — le había preguntado ella suavemente y él había asentido pensando que realmente tenía sentido.

Y, por encima de todo, estaba que a él le hacía sentirse bien. Nunca había pensado que la perspectiva del matrimonio le hiciera sentirse bien, pero, en contra de todo lo que había pensado, se

había dado cuenta que la paternidad era algo mucho más poderoso de lo que había imaginado. Así que había sido un impacto brutal cuando ella se había plantado y había dicho que nada de boda.

Todos sus intentos de llevarla al altar se habían encontrado con un silencio pétreo. Y cada vez que agitaba delante de ella una zanahoria económica, se daba la vuelta y se marchaba. Si no dejaba de molestarla, no sólo no se casaría con él, sino que le resultaría difícil hacer cualquier cosa juntos, había dicho ella.

¡Era evidente que no era una cazafortunas! De hecho, le había sorprendido lo poco impresionada que estaba por su fortuna.

Estaba ya de seis meses y no había ninguna perspectiva de que el anillo siquiera se acercara a su dedo.

Gabriel incluso había consultado a su madre sobre la mejor manera de echarle el lazo esperando su apoyo en esa materia, después de todo, su familia era de lo más tradicional, pero había salido terriblemente decepcionado. Su madre le había preguntado todos los detalles, se había solidarizado con él y después lo había dejado confundido al decirle que no podía obligar a nadie a hacer lo que no quería.

Había quedado reducido a visitarla, tanto como podía, y se había organizado el trabajo para poder hacerlo.

No había dicho nada cuando ella le decía que no hacía falta, pasado el tiempo había dejado de decírselo. No le gustaba que ella siguiera trabajando, pero cada vez que se lo había dicho ella se había echado a reír y le había dicho que el embarazo no era una enfermedad, que era completamente natural y que si no hiciera nada seguramente engordaría demasiado.

Aparte del tema del matrimonio, que parecía ir a toda velocidad hacia ningún sitio, las cosas parecían ir bien y en privado, Gabriel, había estado diseñando un plan para comprarle una casa. Quería dejar que la eligiera ella. Que se enamorara de la casa, y entonces, a lo mejor, podía tentarla para que quisiera más y más…

¿Había oído una voz masculina de fondo? Además parecía como con la respiración entrecortada. Eran las nueve y media de la noche ¿Por qué tenía la respiración entrecortada? Gabriel, de camino al aeropuerto, golpeó en la mampara que le separaba del chófer y le dijo que diera la vuelta.

No se volvía para controlarla, se dijo. Evidentemente no había

ningún hombre en la casa, ¿por qué iba a haberlo? ¡Estaba de seis meses! Además con el paso de los meses se había dado cuenta de que ella no era mentirosa por naturaleza. No podía mentirle lo mismo que no podía desplegar los brazos y volar hasta la luna.

Por otro lado, no estaban casados. Ella había mantenido su libertad aunque le había dicho que no pensaba utilizarla. ¡Maldición! ¿Y si todavía estaban haciendo el amor? Él había hecho los deberes: leído sobre el embarazo. Se había convencido de que el sexo en las últimas fases del embarazo era absolutamente bueno, no había ninguna contraindicación.

Durante unos segundos la mente de Gabriel hizo un agradable recorrido sobre su apasionada práctica sexual. No le avergonzaba reconocer que su maduro cuerpo le encendía completamente. Sus pechos se habían vuelto más que generosos y los pezones habían crecido y se habían oscurecido y parecían ser ultrasensibles a juzgar por la forma en que ella se estremecía cada vez que pellizcaba sus puntas.

Le dijo al chófer que se diera prisa. Si tenía la respiración entrecortada, entonces tenía que ver qué pasaba Su viaje tendría que esperar. Llamó a su secretaria sin importarle molestarla, y le dijo que cancelara todos sus compromisos de los próximos dos días.

Pensó que no se iría de casa de ella hasta que no la convenciera de que se fuera a vivir con él. De acuerdo no había aceptado casarse con él, a pesar de sus razonables propuestas, pero vivirían juntos. No era lo ideal, pero eso le permitiría poderle echar un ojo.

El viaje duró treinta y cinco tortuosos minutos y cuando el chófer aparcó el coche delante de la casa, Gabriel fue testigo de algo que no quería ver.

La voz masculina no había sido una ilusión de su mente. Había sido completamente real y Gabriel no tuvo que mirar mucho para conocer la identidad del misterioso invitado. ¿Quién podía ser si no su ex novio?

Permaneció sentado unos segundos, apretando y soltando los puños, mirando al hombre ponerse el abrigo y pasar de largo al lado del Jaguar. Gabriel salió del coche y se recordó a sí mismo que no tenía ningún derecho a controlar lo que ella hiciera con su vida.

Se sentía superado por un sentimiento de fracaso, de vacío que no estaba acostumbrado a experimentar. Se frotó los ojos con los

pulgares para aclarar su mente, después le dijo al chófer que podía irse, que volvería solo a casa. Cerró la puerta del coche. Los celos estaban consiguiendo dominar su autocontrol. Llegó a la puerta antes de que ella hubiera tenido tiempo de empezar a subir las escaleras.

Rose oyó la llamada e inmediatamente supuso que sería Joe que había olvidado algo.

No estaba preparada para encontrarse a Gabriel de pie frente a su puerta. No porque no fuera una maravillosa sorpresa, que lo era, sino porque pensaba que estaría en Heathrow. Sonrió y esperó que él hiciera lo mismo, pero no fue así. En su lugar, entró sin decir nada en la casa y se dio la vuelta para mirarla.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Rose dudando ante la expresión de su cara —. Pensaba que estabas de camino a Hong Kong…

—Parece que ha habido un cambio de planes —su instinto le decía que arremetiera con el tema de por qué había un hombre en su casa, pero se contuvo.

Durante los últimos meses había descubierto que tenía una paciencia que desconocía y recurrió a ella. Discutir no sería bueno para ella en su estado y, además, reconoció, casi nunca ganaba él.

Un cambio de planes así que había decidido pasar a verla. Rose trató de no parecer adulada pero lo estaba. El hombre que jamás había perseguido a una mujer la estaba persiguiendo y tuvo que hacer un esfuerzo para recordar cuál era la causa. El bebé. Si no fuera por eso no sería parte de su vida. Ni siquiera se había molestado en buscarla cuando había vuelto de la isla. Todo aquello era por el bebé, aunque respetaba lo pronto que había asumido responsabilidades, pero él no estaba más cerca que meses antes de ver que una unión sin amor era peor que ninguna unión. Estaba deseando cuidarla porque era la madre de su hijo, pero nunca había mencionado el amor.

Rose podía ver todas las ventajas que tenía casarse. Gabriel sería un marido generoso y un padre fantástico, pero lo conocía bien. Hacer de marido de una mujer a la que no amaba supondría que antes o después empezaría a buscar otra cosa.

No había nada parecido al matrimonio con fidelidad garantizada, pero para Rose, la mayor parte de los matrimonios al menos empezaban con esa esperanza.

Era duro. Cuando hacían el amor, el sentimiento de complementariedad total era tan grande que casi dolía.

—¿Cómo es que han cambiado los planes? — preguntó Rose llevándolo hacia el salón.

Normalmente se sentaba al lado de ella en el sofá pero esa vez se sentó en la silla que había al lado del fuego.

—Tenemos que regular esta situación — dijo Gabriel bruscamente.

Había esperado que ella sacara el tema del hombre que acababa de salir de su casa, pero no lo había hecho. Se sentía enfermo de rabia y celos.

—¿Regular…? — Rose estaba desconcertada por la declaración.

Bostezó y se sobresaltó cuando él le preguntó que si le importaba mantenerse despierta para que así pudiera escuchar lo que tenía que decirle.

—¿Qué pasa? — dijo Rose —. ¿Qué va mal? ¿Es algo del trabajo?

—El trabajo no podría ir mejor —digo Gabriel con frialdad — . Y si parece que estoy de mal humor es porque estoy enfadado conmigo mismo por haber permitido que esta situación haya llegado tan lejos. No es satisfactorio para ninguno de los dos vivir separados. En tres meses darás a luz a nuestro bebé y no quiero seguir siendo un visitante ocasional en tu casa.

«No», pensó salvajemente, «no dejaré que otros hombres tengan contacto con mi hijo».

—Pero Gabriel, ¡ya hemos hablado de esto!

—Y, como un idiota, he respetado tu loco deseo de mantener tu libertad.

—¡No tiene nada que ver con mantener mi libertad! —dijo Rose dolida — . ¿Qué se supone exactamente que quiero hacer con mi así llamada libertad que tan desesperadamente quiero mantener cuando esté en casa con un bebé?

Gabriel ignoró lo que había dicho. No podía pensar bien. En su cabeza lo único que había era la imagen de un hombre saliendo de la casa. Se moría por preguntarle a qué demonios estaba jugando invitando a otro a su casa.

—Bien. Entonces lleguemos a un acuerdo. Y no me importa si lo rechazas porque voy a quedarme hasta que aceptes.

—¿A qué se debe este cambio?

—A tener la mente clara —soltó Gabriel—. No quieres casarte conmigo. Bien. Tienes razón. No puedo arrastrarte al altar, a pesar de que creo que estás comprometiendo la estabilidad de nuestro futuro bebé.

—No sé cómo…

Gabriel hizo un gesto con la mano para interrumpir su protesta.

—Pero hay un límite que no puedo tolerar. Si no quieres casarte conmigo, al menos vive conmigo.

—¿Quieres que sea tu amante?

—Llámalo como quieras — dijo encogiéndose de hombros sin dejar mirarla a los ojos.

—No le veo sentido — murmuró Rose, pero estaba agotada de su técnica de gota a gota.

Había utilizado un mazo para romper una nuez, pero una vez que había visto que ella no iba ceder, había cambiado de estrategia y durante meses se había convertido en el maestro de la sutileza. Algunas veces tenía la sensación de que parte de su persistencia provenía del hecho de que ella era un reto que él tenía que superar.

—¿Por qué la urgencia de presentarte aquí a estas horas para discutir esto? — preguntó reprimiendo un bostezo —. Estoy realmente cansada.

—Seguro.

Algo en su voz hizo a Rose sentirse incómoda. Ya estaba segura de que algo iba mal.

—¿Qué significa eso?

—¿Qué crees tú que significa? — dijo Gabriel en tono beligerante.

—No tengo ni idea. ¿Me estás diciendo que me vas a hacer que adivine?

—¿Quién era él? —se oyó Gabriel preguntar como si sus cuerdas vocales actuaran por su cuenta.

—¿Quién era quién? ¿De qué estás hablando?

—No me vengas con esas milongas. No he nacido ayer, Rose — se puso de pie y empezó a pasear por la sala.

No se creía su expresión de desconcierto. Tenía que saber de qué estaba hablando.

Francamente molesta, Rose fue hasta donde se había detenido él,

al lado de la ventana, con los brazos cruzados y los ojos agresivamente entrecerrados. Le puso la mano en el hombro y él lo sacudió.

—No tengo ni idea de qué me hablas.

—Del hombre que salía de esta casa cuando he llegado —dijo Gabriel intentando mantener la compostura — . ¿Por qué crees que he venido volando? ¿Qué te imaginabas cuando te he dicho que había cambiado de planes? Oí su voz de fondo cuando hablamos por teléfono. Vengo y ¿qué me encuentro? Un hombre saliendo de esta casa. ¡Y tú actuando como si no pasara nada! ¡Te vas a venir a vivir conmigo y se acabó!

—¿Estás celoso, Gabriel? — Rose no pudo reprimir un escalofrío de esperanza.

Si estaba celoso seguramente era porque lo que sentía por ella era algo más que lujuria.

—¿No es para estarlo? Llego aquí y veo salir a un extraño de tu casa, a estas horas… Dime, ¿no es para estarlo? Además, me he dado cuenta de que todavía no me has dicho quién es. No hace falta. ¡Puedo adivinarlo! ¡El como se llame del curso de negocios! ¿Tengo razón? — apartó la mirada y trató de imaginarse lo peor. En su interior sabía que sus temores eran infundados, pero no era capaz de controlarlos —. No sabía que seguíais en contacto.

—No lo estamos.

—¿No? ¿La persona que salía de aquí ha sido sólo fruto de mi imaginación?

—Joe me ha llamado un par de veces.

—Joe te ha llamado un par de veces.

—Bueno, sí — se sintió culpable por no haber mencionado las llamadas.

En parte por que se le había olvidado y en parte porque sabía que la reacción de Gabriel habría sido no entenderlo.

—Pero no sé de qué estás preocupado, quiero decir, que no hay por qué ponerse celoso. —Rose rió y se dio cuenta de que esa vez no había negado que estuviese celoso —. Mírame y dime lo que ves — con la bata y la chaqueta de punto y como estaba de gorda, parecía una oveja.

—Una mujer muy sexy. — afirmó con los dientes apretados.

Rose se derretía. Fue por su bolso que estaba en una silla, hurgó

en su interior y sacó una tarjeta blanca que le tendió a Gabriel. Él la miró y después la leyó.

—Nos ha invitado a su fiesta de compromiso —dijo Rose—. Llamó hace unas semanas porque es un tipo educado y quería saber cómo llevaba mi embarazo. Me contó que había conocido a una mujer y que iban en serio. Me alegré por él.

Gabriel miró la invitación.

La miró y tomó su divertido, agradable y burlón rostro entre sus manos.

—De acuerdo. Éste es el trato —dijo sombrío — . Tienes que venirte a vivir conmigo porque me está volviendo loco vivir separado de ti.

—¿Qué dices? — Rose quería aguantar la respiración, cerrar los ojos y desear con todas sus fuerzas que dijera lo que quería escuchar, pero como eso nunca funcionaba, se limitó a esperar.

—Digo que… —Gabriel se pasó los dedos por el pelo y se movió nervioso. Finalmente la llevó hasta el sofá e hizo que se sentara a su lado lo bastante cerca como para poderle acariciar la cara — . Digo que. que no puedo pensar bien contigo viviendo sola aquí. Lo llevo sintiendo un tiempo, pero lo negaba. Ahora lo sé —suspiró e intentó ordenar sus ideas — . Al ver a ese hombre salir de aquí. imaginé. bueno, no te lo puedo decir. parece una locura pero eso es lo que provocas en mí: me vuelves loco — la besó suavemente en la boca, pero se separó antes de que fueran incapaces de parar. Necesitaba hablar sin la distracción de su maravilloso cuerpo, pero como necesitaba tener algún tipo de contacto físico, apoyó la mano en su vientre y ella apoyó la suya encima — . No puedo concentrarme totalmente, lo siento —la miró con cuidado — . Creía que quería casarme por el bebé, pero en algún momento las cosas han cambiado. No. las cosas habían cambiado antes. Algunas veces me pregunto si lo que sentía por ti ha estado siempre ahí esperando el momento adecuado para revelarse.

—¿Qué sentías por mí? ¿Qué sientes por mí?

—Te necesito. —Gabriel se sentía como al borde de un precipicio — . Estoy enamorado de ti.

Rose lo miró y sonrió, una lenta sonrisa que sólo representaba la superficie de su felicidad.

—¿Te casarías conmigo? —preguntó ella — . Porque también

estoy enamorada de ti y no tienes idea. He esperado tanto tiempo que me dijeras que también me amabas. Nunca tuve la esperanza. —el bebé dio una patada y los dos miraron hacia abajo.

—Querida mía — murmuró Gabriel, maravillado de cómo su frenética vida adquiría sentido de repente—. Soy tuyo para siempre.

Fin